

acentos voluptuosos y escépticos del *Eclesiastés*, el más senil e inmoral de los libros bíblicos? ¿Por qué?, imitando la versátil ligereza de Horacio, tras haber tantas veces entonado el *Iustum et tenacem*, el *Rectius vives* y la *Angustam amici* con bronceína trompa, hace sonar hoy el muelle *Carpediem* en la enervante y lánguida flauta lidia? Es la misma afectación censurable que afeó los últimos años de la digna y laboriosa existencia de Renán. Sólo que en Renán la coquetería con la inmoralidad disfrazada una ironía sutil de sí propio, se encubre en sonrisa enigmática y parece decir: "La virtud es más elegante y artística cuando se muestra tan liberal y descuidada que no espera recompensa ni aun en la aprobación íntima, y hasta duda de su mismo mérito y justificación". Mientras que en Prada el tono es decidido y de formal dogmatismo:

*No dejes por el fruto de Verano
La flor de primavera, el bien cercano
Es el mejor, el único; no vayas
Tras el redoble de un tambor lejano.*

*¿A qué purificarte, engrandecerte,
Ser el varón incorruptible y fuerte?*

La índole de la mayor parte de las poesías del volumen no permite creer que esto sea un sarcasmo, porque casi todas concurren a dar igual impresión de estímulo a los placeres fáciles; a la imprevisión y la molicie. Y esto es mucho más grave que la mera indulgencia para con los excesos eróticos (que son al cabo asunto de interés subalterno si se logra que no influya en otras esferas de la actividad); es instituir como regla de vida en vez del deber y el esfuerzo, el deleite, el capricho, el apetito ciego, el abandono a todo género de disolución y a toda especie de flaqueza. No es imaginable abdicación mayor de la voluntad. Inútil es que en otra página diga:

*Y si es un corto sueño la existencia
Soñemos la bondad y la justicia.*

Más que soñarlas, hay que realizarlas, tales como cada uno las entienda; pero es mal camino para procurar su empeñosa realización el que por los consejos de *Exóticas* se indica.

En un conmovedor rasgo de generosidad —al fin en obra de Prada, tenían que encontrarse—, se subleva el anciano poeta contra los que desaniman a la juventud con pregonar de antemano las fatigas y amarguras de la vida:

*Si hondos pesares un ay nos arrancan,
Muera una sonrisa el ay importuno;
Si herido llevamos el pecho,
Cubramos de flores la herida.*

*Nunca digamos al crédulo joven
Que ávido y ágil emprende la ruta:
Los goces encierran acíbar,
La senda conduce al sepulcro.*

Pero algunos jóvenes prefieren a estas mentiras piadosas, que no engañan, la verdad fuerte y desnuda; y hallan, al contrario, desgarradora la mueca de los labios marchitos que quieren ocultar con sonrisas la crispación de los sollozos. A aquellos les parece que cubrir con flores las heridas, hace resaltar por terrible contraste el trágico y sangriento dolor vanamente embozado, y tal vez lo profana; y más que las expectativas de peligros y combates, los afligen los ejemplos de laxitud y desmayo. Y los que admiramos y queremos de veras a González Prada, a pesar de profundas divergencias doctrinales que jamás hemos disimulado; los que en la adolescencia nos hemos nutrido con el alimento de su viril prosa, necesi-

tamos, para no turbarnos y descorazonarnos, para salud y fortaleza de nosotros mismos, y para que su figura no descienda del solio en que la colocaron nuestros juveniles entusiasmos, convencernos de que la inspiración principal en *Exóticas* es en él circunstancial y efímera, un tema indiferente de entretenimientos prosódicos (según parecen indicarlo numerosas contradicciones de pensamiento), o un extravío pasajero a que lo arrastró su prurito de combatir a todo trance el cristianismo; y de que, pagano de más alta prosapia que Aristipo y los vulgares vividores, antepone hoy como siempre a la muelle danza y la regalada música de las horas voluptuosas, el redoblar de esos tambores lejanos que llaman desde las cumbres para los arduos deberes, las gloriosas lides y las nobles empresas.

X I V

ANGELICA PALMA

Forman este capítulo dos escritos sobre *Angélica Palma*: el prólogo a su novela *Por senda propia* (Lima, 1921), fechado en París, el 12 de mayo de 1921; y el discurso pronunciado, a nombre de la Sociedad Amigos de Palma, en el homenaje tributado a la memoria de *Angélica Palma* en la Sociedad Entre Nous, el 18 de marzo de 1936. El texto íntegro del discurso apareció el 19 de marzo de 1936 en *El Comercio* y en *La Prensa*, y parcialmente en *La Crónica*, de Lima, pp. 6 y 7, y luego en el libro de homenaje editado por la Sociedad Amigos de Palma (*Angélica Palma*, Lima, 1937, pp. 25-41).

PROLOGO A LA NOVELA POR SENDA PROPIA

NO desmiente con esta agradable novela Angélica Palma la herencia literaria de su ilustre padre ni el crédito que ya ella misma ha adquirido con *Vencida* y otros relatos, de tan fina emoción y tan melancólica gracia.

Más aún que en la narración, luce su ingenio de limeña neta y de hija de D. Ricardo, en los diálogos y sobre todo en las cartas. Innegables son la destreza y el encanto con que maneja la forma epistolar. Y en las conversaciones femeniles que copia, acierta a expresar, con fidelidad fonográfica, el tono suave y chancero, la adorable coquetería, la inconfundible donosura y el lánguido acento de nuestras paisanas. En las páginas de esta novela se oye hablar con toda verdad a las mujeres de Lima. Quienquiera que las conozca, creará escuchar, evocadas con naturalidad admirable por una de ellas, las inflexiones de sus voces y el eco de sus risas. Nos parece que todas las que figuran en el presente libro son nuestras amigas, que las hemos tratado desde hace largo tiempo: lo mismo

a la pícara Enriqueta, seductora en su malacrianza y su instintiva perversidad, que a la dulce Inés y a las excelentes viejas de Soto Umbrío, impregnadas en devoción, criollismo y prejuicios coloniales.

También tipo conocidísimo, familiar para cualquier limeño, es el del protagonista *Alfonso*, simpático aunque mediocre y débil; verdadero representativo del mozo elegante peruano en los primeros años del siglo XX, injerto en lo físico y moral de las contradictorias mezcolanzas sudamericanas; que si bien es Soto-Umbrío por la madre, y muy claro lo muestra en carácter y gustos, tiene por padre a un mero comerciante italiano. Ingenua y provincianamente deslumbrado por este París, de veras delicioso y único, no saborea, de sus infinitas excelencias, a juzgar por las conversaciones del regreso, sino las más superficiales y frívolas, que se hallan al alcance de cualquier *rasta*. Vanidoso y liviano, indolente y despilfarrado, Alfonso Lércari del Soto-Umbrío encarna en todo y por todo el tipo medio del criollo genuino; y es veracísima la pintura que de él hace la autora. Por eso, para personaje de moralidad tan endeble y psicología tan somera, parece desproporcionado castigo el que su mujer, la ofendida Inés, le impone, trocada la ingénita mansedumbre en implacable rigidez. La propia inconsistencia de Alfonso debería disculparlo. En la excesiva severidad de la conclusión se transparentan el carácter y los principios de la autora; pero es ilícito al lector suponer y desear, como definitivo desenlace, anunciado o insinuado en las últimas líneas de la novela, que el arrepentimiento del infeliz Alfonso y la vida común en la soledad de la hacienda ablandasen al cabo la resolución de la esposa. Debió ella de preveer tan ordinario accidente, pues desde antes del matrimonio conocía muy bien, por propia experiencia, la condición flaca y voluble de Alfonso; y no es profunda moral la que excluye la indulgencia.

Como generoso representante de la antigua generación peruana, aparece el buen D. Manuel Arévalo. Tuvo un hijo, mozo bizarro, muerto en una revolución; y tiene una hija monja, Sor Mariana del Crucificado, sin duda en uno de aquellos vastos, frescos y apacibles monasterios criollos, a los que va dejando huérfanos la moda de las devociones modernas, para reemplazarlos con tristes conventillos extranjeros, sin tradición, ambiente ni poesía. Incansable repetidor de anécdotas históricas, D. Manuel Arévalo exagera de buena fe los méritos del tiempo viejo, por la corriente ilusión de la senectud y lo pasado, y porque inconscientemente embellece él mismo aquella edad, reflejándola en la pureza de su ánimo. Tiene Ud. razón que le sobra, mi querido D. Manuel, en su condenación de los calamitosos y abyectos años presentes; pero no data de hoy el mal, aunque contemplemos acongojados la inesperada magnitud de su explosión. Acumulándose ha venido lentamente, desde las mismas épocas que Ud. añora: porque ni en 1850 ni nunca han sabido en el Perú mandar sin tiranía ni obedecer sin servilismo. La indisciplina mental, no obstante los esfuerzos de Herrera, que Ud. recuerda; y como consecuencia de ella, la disolución política, el desbarajuste demagógico y pretoriano, remontan a muy atrás; y desde allí se han precipitado, acelerándose, a pesar de engañosas treguas y remisiones, hasta el actual desborde. Los revolucionarios han sido siempre los peores déspotas; y la futura regeneración del Perú, para no ser de nuevo ilusoria, ha de ser una verdadera y honda reacción, que ciegue las fuentes del daño, abiertas de muy antiguo en lo intelectual y moral.

Hechas tales salvedades, mis sentimientos reaccionarios simpatizan fervientemente con las remembranzas de la Lima de mediados del XIX, todavía tan española y castiza, en que se deleita D. Manuel Arévalo. Aplaudo su cariñosa pintura, que bien descubre ser trazada por

mano para quien estos temas son como vínculo familiar; y participo de su nostalgia por los *caserones de puertas hospitalarias*, de anchos patios, de ensortijadas rejas, de zócalos de azulejos, y de traspatios con jazmines y madre-selvas. Fue en verdad *pintoresca* y artística la *desordenada* Lima de nuestros abuelos. Por estulticia, la han despojado de lo pintoresco; y cada vez la ponen más desordenada y deshecha en todos sentidos. Como se vé, el progreso es indiscutible.

Pero lo que más me emociona en la simpática novela que prologo, es la sentida descripción de Chorrillos. ¿Qué limeño no ha paseado sus primeras ilusiones a la luz de la luna en el clásico Malecón? De todas las cercanías de Lima, es la bahía de Chorrillos el paisaje más hermoso, aunque así no lo crea el vulgo de los turistas, que ya abunda en la América Meridional. Hubo escritor viajero que al ver los médanos y el calvo Morro Solar en derredor del balneario, habló de la aridez agobiadora de Chorrillos: no tuvo ojos ni alma para apreciar el contraste africano de su vegetación de oasis con las arenas circundantes; ni la armoniosa curva de la alta costa, esmaltada de verde, sonora y brillante como una lira, cuando el sol del verano barre las nieblas. En la mansedumbre del golfo, las olas se tienden con una molicie casi mediterránea; y en los días claros, el fondo violeta de la gradería de los Andes, levantándose tras los pinos de Miraflores, hacia el noreste, da la impresión del escenario de un lago entre suizo e italiano. Cierta que al sur, el grueso Morro, deforme como un megaterio, rompe el puro equilibrio de las líneas del cuadro; pero su propia mole, ennoblecida por las tradiciones indígenas que lo divinizaron (*Marcahuillca*, la altura sagrada) y por los recuerdos de la guerra con Chile, exalta de súbito el paisaje, contrastando con la serenidad del valle y la quietud del mar.

En las playas de Chorrillos, desde el tiempo de los Incas, existió una casa de baños (*Armatumpu*) donde terminan los rectangulares muros de adobe de Surco el Viejo, pegado al cerro. En las mismas playas y junto a las vertientes de agua dulce que les dieron nombre, fueron en 1670 las fiestas al virrey Conde de Lemos. Los académicos del virrey Marqués de Castell-dos-Ríos celebraban a principios del siglo XVIII en letrillas y romances las regocijadas meriendas de los limeños en Chorrillos. Y a mediados del siglo XIX en la ficticia prosperidad de la República peruana, las lujosas temporadas anteriores al saqueo e incendio del 81, fueron como un lejano reflejo de los derroches y elegancias del Segundo Imperio francés.

Muy bien describe Angélica Palma, en las primeras páginas de este libro, las transformaciones de Chorrillos, desde las patriarcales costumbres que la Colonia legó a los primeros decenios de la Independencia, retratados en las comedias de Segura y Pardo, hasta los esplendores del apogeo, hacia 1870. Y en el moderno Chorrillos, en el reconstruído después del desastre, en el Chorrillos entristecido y pálido como una convalecencia, transcurre, según es casi de rigor en la sociedad de Lima, el noviazgo de los personajes, Alfonso e Inés.

Aprécie el lector curioso de las costumbres limeñas, tan discretos y suaves capítulos. Resaltan en ellos las dotes de observación delicada y sencilla elegancia que caracterizan a la que, sin ofensa de nadie, es hoy indiscutiblemente la más distinguida de las literatas peruanas.

HOMENAJE A LA MEMORIA DE
ANGÉLICA PALMA

EN esta velada fúnebre, que solemniza la repatriación de los restos de Angélica Palma, vengo, por espontáneo y efusivo impulso, a pagar la deuda afectuosa de mi amistad constante, y a cumplir con un deber de justicia crítica.

La escritora cuya desaparición lloramos, fue mi mejor amiga intelectual, aunque en ideas sociales y políticas no coincidiéramos siempre. El recuerdo vivo de sus cualidades: conversación amena, juicio sólido, ingeniosidad discreta ornada por leve melancolía, distinguida modestia, delicadeza moral exquisita, consecuencia generosa, probidad y lealtad acrisoladas, imposibilita el consuelo; porque no es fácil hallar, en la vida literaria aquí ni en parte alguna, un conjunto de virtudes tan seguras, apacibles y

límpidas; y tales pérdidas no se reparan ni compensan. Hace muchos años la conocí, dulce y risueña. Antígona, junto a su glorioso y caduco padre. Hija amantísima, desempeñaba, al lado del ilustre anciano, aquella triple tarea de lazarillo, enfermera y secretaria, que otra limeña, dechado de amor filial, ejerció con D. Felipe Pardo, el precursor y émulo de Palma. Mi peruanismo y mi limeñismo entusiastas, me condujeron, desde la primera juventud a frecuentar, con cariñosa reverencia, el trato de D. Ricardo que encarnaba literariamente el alma de nuestro país y de nuestra ciudad. Esta mi admiración al tradicionista eximio de la que he dado bastantes pruebas, consubstancial con mi patriotismo, y necesariamente incomprensible a la ruindad de criticastros rastros, fue el lazo poderoso de mi amistad con Angélica. Prototipo de abnegación, encarnación perfecta de la piedad doméstica, sacerdotisa del hogar paterno, después de haber prolongado, a fuerza de desvelos entrañables, la octogenaria vida de D. Ricardo y de haberle cerrado los ojos, se consagró al culto de su fama. Viajó a España, para dirigir la edición oficial de sus escritos: publicó tres volúmenes sucesivos sobre su biografía: *El Palma de la juventud*, en 1922; *Ricardo Palma en Figuras de la Raza* (Madrid, 1927) y el otro más extenso *Ricardo Palma* (Buenos Aires, 1933), llenó de numerosas y sabrosas anécdotas, con motivo de su centenario; y luego, en artículos y conferencias, no cesó hasta el fin de escudriñar y realzar aspectos de su influencia y de su arte. La excursión a la Argentina, en que le sorprendió la muerte, la emprendió para asistir a la inauguración de un monumento a su padre y disertar acerca de las *Tradiciones*. No adoró menos a su madre, doña Cristina Román de Palma, que tuvo aficiones literarias y cuidó mucho de la instrucción de la tan despierta hija. Con tiernos elogios la rememoró en los estudios biográficos sobre

su padre, que llevo citados, y le dedicó su primera novela. *Vencida*.

También dimanaba en ella de su honda piedad filial, y era como la heredada fuente de su caudal artístico, el criollismo hispanizante, el amor a la Lima vieja, al histórico Perú y a la Madre Patria, España. Dócil a las inspiraciones paternas, a la continuidad en la sangre, en el espíritu y en el tiempo, era la cabal antítesis de los desarraigados y los descastados. Su vida y su obra evocan la imagen de una suave lámpara votiva.

Formada con la lectura de las castizas páginas de D. Ricardo, de la Pardo Bazán y de Galdós, y apasionada de la poesía española, italiana y francesa, en especial de la de Musset y del nítido Stecchetti, debió de ensayarse en componer desde muy joven cuentos y versos; pero nada conozco de esas precoces producciones, y las primeras que han llegado a mi noticia son las crónicas quincenales, intituladas *Cartas a una turista*, de Febrero a Septiembre de 1907, y varios artículos y novelas cortas en *Prisma*, el año del 1909, para todo lo cual usó el pseudónimo galdosiano de *Araceli*. Después lo cambió por el de *Marianela* (otro personaje de su autor favorito), con el que ya firma relatos en prosa y rimas, originales o traducidas, en *Arequipa ilustrada* y en diversos periódicos norteamericanos. Su soneto *De saya y manto* es de 1913. Por entonces la absorbía mayormente la abundante correspondencia de su padre, en la que sirvió de verdadera auxiliar. Cuando los años y los achaques dificultaron la redacción al patriarca de nuestras letras, pasó la hija predilecta a ser colaboradora asidua; y para quien distingue los estilos, es llano descubrir, en las últimas producciones de D. Ricardo, por ejemplo, en los discursos a Sáenz Peña y a los estudiantes americanos, y en la carta sobre la muerte de Piérola, retoques finales de la mano de Angélica. Es de 1918 la novelita epistolar *Cartas son*

cartas, publicada en el *Mercurio Peruano* y en la que intercala fluidos versos, siempre bajo el disfraz de *Marianela*. Su pudorosa y extremada reserva literaria, que frisaba en timidez, no le permitió declararlo y revelarse hasta después de la muerte de su padre, y a poco de haber publicado las novelas *Vencida* y *Morbus Aureus* (1918), a las que siguió, a los tres años, *Por senda propia*, que me cupo el honor de prologar.

Aunque estas narraciones se imprimieron respectivamente en las indicadas fechas, 1918 y 1921, las había elaborado mucho antes, de 1913 a 1916. Su composición casi fue simultánea. Por eso ofrecen tantas semejanzas, de inspiración, estilo y caracteres. *Inés* en *Senda propia*, nos parece la misma *Nelly* casada. *Alfonso* y el *Alfredo Borja* de *Morbus Aureus*, en su pasividad y abulia, sólo se diferencian del *Javier* de *Vencida* en ser más ricos y elegantes. Las damas jóvenes, las heroínas de estos relatos y hasta de los posteriores (como la *Rosario* en *Patria vieja*, *Paulina* y *Consuelo* en *Uno de tantos*), índices de la psicología de la autora, constituyen en el fondo el propio idealizado tipo de mujer candorosa, sensitiva y sufrida, aun tan abundante en Lima, a Dios gracias. No tan bien parados salen los protagonistas masculinos, insubstanciales, inconsistentes, engraidos y enervados. *Animulae, vagulae, blandulae et pallidulae*, como en los metros del decadente Adriano. Angélica comprendía y expresaba la general inferioridad de los hombres respecto de las mujeres entre nosotros; observación no por antigua menos exacta. La monotonía de los personajes principales se extiende a los secundarios. El simpático viejo D. *Manuel Arévalo* es casi el noble D. *Rodrigo* de la *Patria Vieja*; *Queta Salas* es la *Maruja* de *Vencida*; y el amargado *Antuco* preludia, en otra esfera social, la triste malignidad de *Abelardo* en *Uno de tantos*. Rescata con creces tal limitación por el imponderable agrado y la chancera do-

nosura de los diálogos y las cartas, y la sobria pero sentida y profunda coloración local. Sobre su galería de galanes muelles y desfallecientes y de limeñitas decepcionadas, abandonadas o martirizadas, se tiende nuestra velada atmósfera, de tibio sol y de garúas, y nuestro ambiente moral de fusión inarmónica entre razas dispares, de país contradictorio, a la vez nuevo y retrasado. Con perspicacia singular, nuestra novelista presenta a su *Nelly*, al par tan animosa y tan sensible, tan denodada y tan frágil, como fruto del enlace de una yanqui con un caballero limeño de antigua y colonial prosapia. *Alfonso*, en *Senda propia*, es hijo de un advenedizo tendero italiano y de una empobrecida señora, vástago de linajuda familia extremeña, secularmente acriollada, “que dió odores a Lima y Santiago, abadesas a la Encarnación y Nazarenas y obispos a Charcas” y que todavía conserva el caserón solariego de la calle de Negreiros. De estas y otras inadecuadas mezclas provienen las tradiciones bastardeadas, los sentimientos desequilibrados, los íntimos resortes inconexos, “la dualidad latente y el eterno combate de muchos hijos de nuestras tierras”, como con propias palabras la autora lo reconoció en una de sus hermosas crónicas para la revista *Raza Española*.

Problema aun más grave y palpitante examinó en *Uno de tantos*, (1926) que es para mí su libro de mayor alcance, su novela definitiva y capital. Aquí descubrió con escalpelo vengador y exhibió en su repugnante desnudez la pésima de nuestras modernas lacras, la baja fauna del izquierdismo gacetillero; el estudiantuelo presuntuoso e inadaptado engendro de la debilidad y la inconsciencia, vistiendo con el ropaje de reivindicaciones altruistas sus rencores y apetitos, a quien la envidia y los vicios empujan por rápidos escalones a la demagogia virulenta, al periodismo venal y a la apostasía de la familia, de la patria, de todo precepto, de toda dignidad y de todo decoro,

hasta convertirse en un harapo humano. *Uno de tantos*, vigoroso estudio de patología social actualísima, representa en nuestro pequeño medio lo que *La etapa* de Bourget y *El fermento* de Eduardo Estaunié significan en la gran literatura francesa.

Alternando con estos extensos y severos cuadros, Angélica Palma iluminaba lindas miniaturas históricas o psicológicas. A las últimas pertenece el folleto *Al azar* (Madrid, 1926, Colección *Los Novelistas*), bosquejo del mundo sudamericano, entre *snob* y *rastacuerdo*, avencidado en París. Eufemista y benignamente lo calificó de "sociedad criolla matizada, compleja e irónica". En ella, por contraste, muestra un peruano de garra, aventurero y dominador. La chica, heredera rica y coqueta, es la apática y fatalista, que remite la decisión de su matrimonio a la casualidad. Igual resignación a los vaivenes del destino, igual aceptación pasiva del fortuito sendero que los accidentes señalan, caracteriza a la marquesita de la Vega del Genil, *Doña Violante*, en *Coloniaje romántico* (premiado en el concurso de Buenos Aires de 1921, e impreso en Barcelona dos años después). La virtud meramente ocasional de *Violante* me recuerda la de *Cecchina*, creación burguesa de la novelista napolitana Matilde Serao. El criterio de Angélica, no obstante su idealismo, era pesimista, quizá en demasía, al describir y valorar la personalidad de nuestros compatriotas, así de uno como de otro sexo. A hombres y mujeres los dibuja débiles, maleables, inconstantes, siervos del acaso, o prontos al desaliento y la abdicación; aunque a las mujeres, menos abúlicas y remisas que a los varones. Si formulo excepciones y reservas acerca de la somera interpretación psíquica, aplaudo la fresca factura, la sencilla manera y el color de los accesorios. *Coloniaje romántico*, más que a las *Tradiciones* de D. Ricardo, se asemeja a las novelitas de Lavalle. Es un *palmismo* del que se ha evaporado casi toda ironía,

y en que ha aumentado de fragancia la nostalgia del ayer. Abunda lo pintoresco, se pormenoriza el escenario. Gruesas rejas del locutorio y campanario rococó de las monjas de La Concepción, repiques argentinos en el aire puro de la misa del alba; moradas señoriales de patios empedrados y traspatios enladrillados, columnas de altas zapatas, pesadas cortinas de damasco verde en las cámaras suntuosas, mesas enconchadas y candelabros churriguerescos de plata, cuadras y gabinetes blancos de filetes dorados en las mamparas y en los artesonados, miradores macizos, azoteas, balcones con celosías moriscas, huertas de arirumas y chirimoyas, paltos, pacaes y lúcumos; y estanques de azulejos circundados de ñorbos y azahares.

Otra acuarela de Fortuny o de nuestro Teófilo Castillo, es la novela *Tiempos de la patria vieja*, escrita en Madrid a mediados de 1924 é impresa en 1926. Galdosiana hasta en el ingenuo progresismo que la anima, y en la región peninsular donde parte del relato se desenvuelve (Capítulo IV, Cádiz, La Carraca, Puerto de Santa María y Sevilla), viene a ser como una hija menor de los acelerados y suscintos *Episodios nacionales* del Galdós de la última época. Porque los *Tiempos de la patria vieja*, más que un lienzo histórico, es un esbozo rápido. Así mismo no faltan en él placenteras pinturas limeñas, como las breves de la quinta del Cercado o la iglesia de Santo Domingo. Las hay en todas las obras de Angélica embebida hasta la médula en la Lima antigua. Desfilan sus templos, sus barrios populares, sus procesiones. San Francisco de Paula, en la ancha y arbolada calle de Malambo, es el fondo de los primeros capítulos de *Uno de tantos*. San Agustín aparece en *Por senda propia*, como en muchas de las *Tradiciones* de su padre. El Carmen y El Prado de las monjitas dulceras, en el cuento patético *Desolación*. Las calles de Santa Teresa, Beytia y San Pedro, en *Vencida*. En *Morbus aureus*, la romería del Señor de los Milagros.

Repetió, y con mayor felicidad, dicho tema descriptivo, en una de sus mejores correspondencias al *Sol* de Madrid (5 de Diciembre de 1926). Me vienen a la memoria algunas pinceladas: "La luz rojiza de los cirios, contrasta con la blanca de los focos eléctricos, las sombras agrandan las ondulaciones de la multitud. Vibran en el aire la voz de las campanas, el pregón de los turroneiros y los cantos femeninos. ¡Oh Andalucía del Pacífico!". Tales aciertos se multiplican en las crónicas de sus viajes europeos para *Varietades*, en particular las dedicadas a Andalucía (Bética florida) y a Portugal, comarcas meridionales de su más decidida predilección. No habréis olvidado ciertamente sus conferencias en este mismo local de Junio de 1925, y en el Consejo Nacional de Mujeres de Mayo de 1932, sobre escritores y paisajes españoles. Cuando vistió a la madrileña, en *Dos hipótesis (Raza Española)*, el asunto sentimental que ya había tratado a la limeña en *La tía de Paquita* (Barcelona, *Hojas selectas*, 1915), produjo un cuento precioso, que figuraría sin desdoro entre los de la Pardo Bazán. La novela aun inédita, *Sombra alucinante*, redactada en Madrid el año de 1931, y dedicada al literato venezolano Pedro Emilio Coll, es del género misterioso, supersticioso y sobrenaturalista, que la gran polígrafa gallega puso en boga con *La Sirena Negra*.

Con la tristeza de los recuerdos necrológicos, pienso en nuestros paseos por las alturas del Guadarrama, por las arcaicas ciudades de Castilla, las catedrales góticas o platerescas con capillas barrocas, la radiante isla mallorquina, las sierras y quebradas de Sóller, y las estalactitas de Manacor, de columnatas fantásticas. Yo hacía reminiscencias de mis viajes andinos, de las agujas y pirámides de Paucaray. Ambos, como fieles nietos, buscábamos en la Metrópoli dondequiera, en sus vistas y costumbres, edificios y espectáculos, los rasgos de parecido, casuales los menos, atávicos los más, con nuestro querido Perú. Nos

indignábamos de consuno contra la insubstancialidad e ignorancia edilicias, que han dejado estropearlos y desnaturalizarlos. Reconozco los ecos de nuestras charlas en su artículo sobre la vetusta Segovia (*Variedades*, Noviembre de 1924). Allí se refiere a las vandálicas modernizaciones y al desdén de los vanguardistas por las antiguallas coloniales y exclama, en son de protesta: "Lima no puede ostentar opulento pasado artístico, pero tiene su historia y su leyenda genuinas. Atentar contra lo que nos habla de ellas pretextando la supuesta pobreza de nuestro ayer, es lo mismo que conceder únicamente a los ricos el derecho de estimar las joyas de familia. Los reyes custodian los diamantes de la corona: los humildes guardan amorosamente el sencillo aro que ceñía el anular de su madre cuando fundó el hogar". Así, con esa nobilísima finura de alma, la autora que conmemoramos sentía y escribía a cada momento.

En sus estudios relativos a mujeres célebres, mucho más formal, nutrido y valioso que las dispersas notas, en conferencias y artículos, tocantes a Flora Tristán, le resultó el volumen sobre *Fernán Caballero* (Madrid 1931). Y era natural que mayor interés y mayor simpatía, por consonancia de índole, suscitara en su ánimo la amable narradora andaluza que la alborotadora aventurera y socialista francesa. Tardía como Cecilia Bohl en la publicidad, prudente, reservada, tradicionalista en gustos y propensiones, si nó en principios; desengañada y resignada ante los contratiempos de la suerte, según lo confesó en uno de sus versos, Angélica pertenecía a la misma familia espiritual que la creadora de *Clemencia*. Había leído mucho sus libros y claro se le conoce: la escena de la muerte repentina de D. Manuel Arévalo en *Por senda propia* es reflejo innegable de la de D. Martín de Guevara en la citada obra de *Fernán*. Por lo demás en esta su devoción literaria, seguía el ejemplo de la anterior generación pe-

ruana ¡Novelas cordiales y bondadosas de *Fernán Caballero*, esparcimiento favorito de nuestras madres, tomos de románticas pastas anticuadas, venerables y conmovedores, que tapizaban las recámaras de nuestra niñez y nos traen soledosos efluvios de remotas añoranzas! ¡Música de las primeras lecturas, imágenes y resonancias hogareñas, qué bien se avienen, en su decente y pulcro naturalismo, y en su fresco *folk-lore* andaluz, con la selecta tradición de Lima que Angélica cultivaba! *Fernán* describió de preferencia la Andalucía baja y marítima, el litoral atlántico que va de Tarifa al Guadiana, y que tanto se parece a nuestra costa. Arenales del Puerto de Santa María y Huelva, interrumpidos por las hoyas de los navazos, que son lo que nuestros *mahamaes* de Chilca y Villacurí; despobladas llanuras de médanos, salinas, albuferas y tabladadas de gramadales; arrecifes y rompientes, morros o *cabezos*; toros bravos, primorosos potros enjaezados; casas toscas de hacienda enjalbegadas, de grandes patios y corrales, rústicos callejones polvorosos, corredores con piso de ladrillo, encalados campanarios, cruces en poyos de mampostería, capillitas abandonadas, conventos arruinados; pueblos decaídos como Puerto Real y Chiclana, salientes ventanas de reja como en San Fernando; traspacios de mármol canoros de aves y floridos de macetas; techos planos de azoteas, torrecillas; en las huertas, palmeras y jazmines; en los campos, olivos e higueras, sandías y saucos. Casi igual el teatro físico; la atmósfera moral homogénea, aunque entre nosotros atenuada; derivados de allá nuestros modismos y nuestros decires burlescos; tomados de acá, por el influjo perulero, algunos de nuestros criollos usos sibaríticos. Cuando *Fernán Caballero* pinta a la Chiclana de su juventud, no omite decir que, en las quintas de recreo de los epicúreos mercaderes gaditanos, las estancias se aromaban con mixtura de flores y pastillas de sahumerio, a la moda de Lima (No

transige la conciencia). Angélica, en la tierra y en las páginas de su maestra, se hallaba como en casa propia. Por eso su ensayo biográfico y crítico se lee con deleite, aún después de saborear el animadísimo y palpitante que sobre la misma escritora publicó el Padre Coloma. Este, que fue amigo personal y confidente de la Bohl de Faber, luce mayor gracia y vivacidad. Nuestra compatriota, más objetiva, se explaya en la apreciación literaria, a que se refiere toda la tercera parte de su volumen; y con el auxilio de documentos recién exhumados, rectifica al Padre Coloma en no pocas particularidades.

El postrer libro impreso por Angélica Palma fue, el año pasado, con motivo del cuatricentenario de Lima, el álbum del añejo acuarelista mulato Pancho Fierro, antecedido de la sugestiva conferencia que sobre dicho pintor pronunció en Madrid en 1930 y repitió aquí en octubre de 1931 en esta misma sala de Entre Nous, su predilecto foco intelectual. No es su único trabajo sobre historia de la pintura; en diciembre de 1933 publicó un interesante artículo acerca del desaparecido retrato hecho por Goya de nuestro ciudadano D. Tadeo Bravo del Rivero, el hermano del Marqués de Castelbravo; y todavía en enero de 1935, otro sobre el primitivo italiano donado por Bacaflor a la Cruz Roja de Lima. Acrecida por sus viajes y por diario estudio, su cultura se depuraba y dilataba cada vez más, y le permitía dominar muy varias materias. Pero donde más a sus anchas se sentía era en aquel goyesco ambiente de principios del siglo XIX, que en Lima fue el perennizado por el franco pincel de Pancho Fierro, nostálgica despedida del Virreinato, últimos días alegres del buen tiempo viejo; interiores rococos o neoclásicos, saraos con minués, bajo las perfumadas bujías de enormes arañas de cristal, entre antepuertas de damascos y estrados de terciopelo, refrescos servidos por lacayos negros uniformados, y afuera, cabalgatas cortesanas de Alcaldes,

lances de las corridas de toros en Acho, primeras temporadas de Chorrillos, zamacuecas de Amancaes, tapadas con sayas de medio paso y caballeros de capas granas que dialogan en las alamedas, de los Descalzos o de la Piedra Lisa, junto a calesas doradas y a frailes dominicanos vestidos de blanco y negro, o franciscanos de hábitos azules. Todo eso bulle y revive en las láminas de Pancho Fierro y en los párrafos de su encantada comentarista. Ese era el mundo poético en que, por juro de heredad, vivía Angélica Palma; y a él volvía los ojos para consolarse de la descolorida vulgaridad de nuestra época. Hasta cuando intentó panegirizar el advenimiento de la República, en la *Patria vieja*, lo que le salió más sentido fue, con la evocación de las costumbres criollas antañosas, la muerte desgarradora, el sacrificio heroico de D. Rodrigo de Hines-trosa, que envuelve en rendido y soberano homenaje a la España antigua.

Del propio modo que *Fernán Caballero*, gustó de escribir cuentos para niños, recamándolos con refranes provinciales (*Contando cuentos*, Burgos, 1930). Una de esas narraciones infantiles, *Las dos voces*, es un joyel de inspiración indígena, de realismo serrano. Y es que Angélica no fue enemiga de la literatura indigenista, del peruanismo andino, del mestizaje incaico; ni su recto juicio le hubiera permitido jamás tan impía exorbitancia. Lo que la indignaba, como a nosotros, era el radical y cerril autot-tonismo, que pretende menospreciar y renunciar la incomparable e indestructible hijuela de la civilización española. Esa misma cauta moderación inspiraba su feminismo, quizá en tal punto excesiva, pues limitaba sus anhelos a la instrucción y a las actividades sociales de la mujer, posponiendo las políticas; mientras que nosotros, los derechistas netos, reclamamos su plena accesión al sufragio, inobje-ctable en teoría y que determinaría en la práctica el dominio de nuestro programa.

Fuera de Pérez Galdós y de los heredados alamares liberales de D. Ricardo, estaban en la Derecha sus principales figuras inspiradoras: *Fernán Caballero*, la Pardo Bazán, su eminente y cariñosa amiga Doña Blanca de los Ríos y varias grandes poetisas sudamericanas. Lo estábamos también algunos de sus amigos del Perú. Y en efecto, no obstante su manera de apreciar la revuelta actualidad metropolitana, y sus conexiones con *El Sol* y otros periódicos de izquierda, ella, amante de lo pasado, tradicionalista sentimental, obediente a las voces de la continuidad anímica, leal a los profundos dictados del atavismo, respetuosa del secular tesoro acumulado en la historia, devota ferviente de las grandes santas de la raza, de Teresa de Avila y de Rosa de Lima, por incoercible impulso de alma sana, por afán de coherencia y lógica interior, se aproximaba paulatinamente, pero cada día más, a nuestro campo. Mi amistad solícita, concedora de las vías del retorno, aguardaba con ansia el momento de la definitiva adhesión. Su acendrada espiritualidad, su reavivado cristianismo, su religiosidad indudable, se advierten en muchos trozos de sus escritos, en las escenas finales de *Por senda propia*, en los apuntes descriptivos de las misas campesinas de Miraflores, en sus versos sobre la fiesta de Navidad. La muerte imprevista la ha sobrecogido, truncándola en mitad de lo que denominó, con sugerente frase, "la tela de su faena honrada", en el lleno de su obra bien intencionada y generosa. Todo hace creer que Dios escuchó la exoración de su bella *Plegaria*:

*Señor, cuando mi cuerpo se incline hacia la fosa...
Permite que en mi espíritu brille siempre un
destello...*

*De franca simpatía o tierna compasión...
Permite que conozcan mis manos temblorosas...
Afables ademanes de paz y bendición.*

Se fue rodeada de los testimonios de aprecio y de ternura de cuantos supieron conocerla; y hoy sus restos vuelven a estas patrias riberas, a su nativa ciudad de Lima, que tanto amó, y ensalzó, y se le rinde la aclamación debida a su virtud y a su talento. Es como una reparación póstuma; porque no puedo ni quiero disfrazar la verdad: Angélica Palma, que, en la intelectualidad femenina peruana ocupaba lugar excepcional y supremo, fue agasajada, aplaudida y condecorada en España; en la Argentina fue invitada, celebrada en vida y glorificada en muerte, con los más merecidos elogios; en el Perú... obtuvo comisiones y honores oficiales, pero mientras vivió le faltaron el estímulo admirativo del medio, el aliento del entusiasmo, la acogida triunfal, el enardecido séquito condigno a sus esfuerzos, las manifestaciones que sus estimadores invocábamos y que habrían centuplicado los frutos de su labor. Su propia circunspección y señoril reserva la dañaron. No quiso lograr la barata popularidad del bullicio. En ella se comprobó su sentencia sobre las reputaciones literarias y artísticas de toda la raza hispánica, pues en una ocasión declaró a ese propósito: "No nos enorgullemos de nuestras personalidades ilustres cuando viven". Lo que hubo para Angélica, no fue hostilidad y antipatía: mujer tan discreta y educada, suave y casi modosa, no podía infundirlas. Fue mera incuriosidad, falta de criterio para avalorarla en su significación verdadera, frivolidad lamentable e inconsciente: bárbara, glacial y sórdida indiferencia para con las empresas de cultura: el sopor que aquí todo lo aletarga, la acidia y la modorra que todo lo deslustra y esteriliza. Dentro de su urbanidad y altivez tranquila, se dolía la amada difunta de la frialdad circundante. Sus novelas se conocían poco. La mejor, *Uno de tantos*, no tuvo el éxito que le hubiera correspondido. En la prensa diaria, salvo excepciones contadas, los manidos loores de fórmula, equiparándola con producciones

harto inferiores. Confortémonos al cabo, por lo que a nosotros respecta, con que siempre le rendimos el jubiloso tributo de nuestra justicia. También vosotras sois inculpables, porque en esta institución y entre estos muros recibió Angélica Palma las muestras más inequívocas de amistad y de aplauso, que la a veces distraída sociedad de Lima le otorgó. Ahora, en la recta comprensión del valer mental y ético que suele acompañar a la pérdida irreparable, proclamemos muy alto, con el dolor de que ella ya no puede oírnos, que si D. Ricardo Palma como dice Rubén Darío fue el primer limeño de Lima, su hija Angélica fue la más culta, la más delicada y la más finamente limeña de todas nuestras conciudadanas de su tiempo.

X V

CABOTIN

En tres ocasiones comentó Riva-Agüero la obra literaria de Enrique A. Carrillo, Cabotín: con motivo de la publicación del libro de versos Apice le escribe con una carta desde Chorrillos, en septiembre de 1930, que se publica en el F. J. de los Opúsculos (Lima, 1937, pp. 209-213); el 12 de noviembre Carrillo es incorporado a la Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua y en esa ceremonia Riva-Agüero pronuncia las palabras de recepción que luego se publican en el libro Discursos Académicos (Lima, 1935, pp. 17-24), el 17 de noviembre de 1936, en los funerales de Carrillo pronuncia Riva-Agüero el discurso, siempre en representación de la Academia, que se publica al día siguiente en La Prensa y en El Comercio, de Lima.

CARTA A ENRIQUE A. CARRILLO

Chorrillos, 18 de Septiembre de 1930.

Sr. D. Enrique A. Carrillo

Mi querido amigo:

ESTA última semana, que pasé en la clínica, leer y releer el exquisito libro de versos de Ud. ha constituido mi profundo deleite espiritual. Necesito expresarle mi agradecimiento y mi fruición.

Muchos años hace que estoy habituado a saborear su elegantísima prosa; he admirado, como el que más, la maestría y fina técnica de las traducciones poéticas que ha consentido Ud. en publicar; y recuerdo que desde 1915, en nuestra contigüidad del Barranco, aplaudí como merecen la versión del soneto de Machado de Assis y la

sutil emoción del original de Ud. *La Muerta Viva*, cuando tuvo Ud. la amabilidad de recitármelos. Pero ahora, al apreciar en conjunto la tan bella y selecta antología de sus versos, que ha intitulado Ud. *Apice* y que es uno de los más pulcros, inspirados y tiernos libros peruanos que conozco, se reafirma mi convicción del alto y señorial puesto que corresponde a Ud. en nuestras letras. Cierto que yo no tengo calidad para adjudicarlo; mas, entre la muchedumbre de los meros aficionados, quiero que conste mi voto, modesto pero muy sincero y vehemente.

¿Quién, desde que existe literatura en el Perú, ha aventajado a Ud. en delicadeza de sentimiento, tersura de forma, noble melancolía en el fondo, y honrada y docta brevedad en la expresión? Y repárese que siempre, y más en Ud., la claridad es penetrante fuerza; la nítida elegancia, energía depurada; y la concisión, justo desdén de la broza y de la retórica barata.

¡Qué perfume de buen tono se respira en las páginas de este su lindo volumen! Las nostalgias y tristezas se matizan en las *Damas de Gai Coteau* con reminiscencias de Samain, sin duda el maestro predilecto. En la pieza anterior, el soneto *Encanto*, los tercetos tienen una apacible gravedad, horaciana auténtica. Otros sonetos, como *Siluetas* y *El sillón vacío*, me parecen magistrales. Y el romance *La ternura vespertina*, lo más netamente tradicional y castizo de *Apice*, lo hallo, en su leve gongorismo, sencillamente delicioso. Emula a ratos la conceptista y colorista destreza de los escasos versos que dejó el malogrado Navarro Ledesma, dignos de su espléndido libro en prosa sobre Cervantes. Aun más propiamente diríase el primoroso fruto de una academia palatina, algo así como la superación y el ideal modernizado de la antigua nuestra de Castell-dos-Rius, si en su seno hubieran existido legítimos talentos poéticos:

*Juvieron amor y tiempo
milagrosa coincidencia.*

*Se enfervorizó en suspiros
por dormidas alamedas,
lo melificaba el viento
con olor de madre selvas.*

*Cuando moría la tarde
sobre lecho de violetas,
coronada de oro bajo
dosel de nubes sangrientas . . .
iba el cielo adelgazando
su original transparencia,
las golondrinas trazaban
en raso azul zetas negras,
las doncellas siderales
encendían sus fenestras
y el deseo nos unía
con serpentinas de seda . . .
Mi sed aplacaba ardores
en dulce botín de fresas.*

Gentiles discreteos post-renacentistas, semejantes a los eufemismos de los vates ingleses isabelinos. Así, en la recordada *Flor de Academias* limeña habría podido escribir Bermúdez de la Torre, —perdóneme mi remoto antepasado— si por maravilla el Rector de San Marcos a fines del siglo XVII hubiera poseído verdadero estro.

Otro romance, *El pregonero*, es también encantador, de inefable hechizo.

Poco antes de partir de Europa, hojeaba yo de nuevo las poesías de D. Juan Valera, tan ignoradas o aparentemente menospreciadas en su tiempo de bárbaros románticos, como apreciadas por los entendidos de entonces

y de hoy; y a la luz de mis refrescadas memorias, no vacilo en declarar que la musa de Ud. es consanguínea de la del insigne Valera, uno de los mejores clásicos de nuestro idioma en el pasado siglo. Bien sé que no es Ud. helenista, y que entre sus versiones poéticas no hay ninguna de la literatura arábica, siquiera indirecta (como fueron las de Valera), ni de la germánica; pero con horizontes menos varios, y correspondiendo sólo en esto a nuestro medio, ofrece Ud., con más modernos ritmos, el mismo fenómeno de sabio *diletantismo*, y de exquisita y casi milagrosa distinción, en contraste con la afectada obscuridad o la vana retumbancia de la inmensa mayoría de los circundantes.

En el postrer soneto, *Alas*, se lamenta Ud. soledosamente:

*¡O sentir las corrientes rumorosas
que besan la raíz aridecida,
mientras, suprema floración perdida,
se me mueren de sed todas mis rosas!*

Deseche tan infundada desconfianza. Si en el Perú no sucumben definitivamente la cultura, el gusto y la razón, las composiciones de *Apice* han de figurar, con preferente sitio, entre los trozos selectos de la lírica patria; y será perdurable el aroma de las lozanas flores que ha reunido Ud. en tan alabastrino vaso.

Lo felicita cordialmente su amigo.

RECEPCION DEL ACADEMICO D. ENRIQUE A.
CARRILLO

MI amigo Enrique Carrillo, el escritor ingenioso, ático y refinado, a cuyo reglamentario discurso me toca el placentero honor de contestar, decía hace veinticinco años, en una de sus inolvidables crónicas: “Si la *Academia correspondiente de la Española* y los diversos centros de cultura como el *Ateneo de Lima* y el *Instituto Histórico del Perú* creados en horas de fugitivo entusiasmo tuvieran entre nosotros vida propia, el estímulo alimentaría el amor por las cosas del espíritu, y se iniciaría tal vez un período de producción intensa. Pero es la triste verdad que nuestras falanges intelectuales vegetan en el aislamiento y el desamparo”.

Muy acertada fue, como de costumbre, la apreciación de nuestro colega. Hasta las tareas académicas llegaron,

y nó una vez, las influencias paralizadoras del ambiente. Bien lo deploraba en sus cartas el insigne reorganizador de esta institución, D. Ricardo Palma. El turbión del miope materialismo que todo lo inundó y arrasó y que desquiciándonos aún en lo económico, aumentó el pueril despego por las disciplinas de la mente y las letras; el frívolo desasimiento de los lazos tradicionales; el escepticismo enervante e irrazonado, y la punible inconstancia, que son desdichadas dolencias del carácter nacional, fomentadas o paliadas por mil menudos accidentes involuntarios, produjeron en varias ocasiones aquellas dilatadas ausencias o catalepsias de nuestra corporación, a que con justicia ha aludido el recipiendario. Por tan lastimosa discontinuidad, no pudimos celebrar recientemente, con acto propio y privativo, como debe ser inexcusable rito nuestro, la centenaria conmemoración de los ilustres académicos Palma, García Calderón y Lavalle. Fatal omisión, de la que otra vez me conduelo, porque es obligación primordial de un país, el culto de sus grandes muertos; y porque sin memoria fiel y tradición robustecida, no pueden subsistir patria, civilización ni genuina literatura.

Cuando hace meses me honrásteis encargándome la Dirección de la Academia, decidimos reanudar las juntas públicas. Fue la primera el 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes, que solemnizaremos, Dios mediante, todos los años. Hoy nos hemos reunido a festejar el centenario del nacimiento de Monseñor Roca y Boloña, famoso orador limeño y miembro de este docto cuerpo. Entre vivas muestras de singular complacencia y aplauso, hemos escuchado su elogio, pronunciado por el elegantísimo y pulcro estilista Enrique Carrillo, el cual con tan grato asunto desempeña la formalidad de su académica recepción, retardada largo tiempo, muy sin culpa suya, por las circunstancias que dejo explicadas.

Si de los literatos nacionales que han llegado a la plena madurez y entre nosotros residen, quisiéramos escoger los que mejor personifican la tersa levedad del ingenio peruano, la exquisitez sentimental en que se adunan la sonrisa de Lima y su melancolía señorial y discreta, uno de los primeros puestos en tales calidades correspondería seguramente a Carrillo. Su prosa esmerada, pulida y musical, recamada con tiernas y fúlgidas metáforas, es una mixtión preciosa, que armoniza la cultura cosmopolita del diplomático, preferentemente francesa; la herencia hispanista y clásica, en particular por semejanzas o reminiscencias muy bien asimiladas del sutil Valera; y la inspiración propia, la innegable originalidad de quien avalúa, refleja, acendra y hermosea nuestro medio. Su juvenil novela corta *Cartas de una turista*, es ya un primoroso dije, miniatura incomparable de la antigua sociedad veraniega, del apacible Chorrillos a fines del siglo XIX. El crepúsculo de la carta VIII, que algunos adolescentes de entonces sabían de memoria, es uno de los más gallardos trozos descriptivos de toda la literatura peruana. Los delicados artículos de *Viendo pasar las cosas*, los cuentos, y los capítulos y fragmentos de novela que ha publicado parsimoniosamente, son otras tantas deliciosas alhajillas, en que la vida criolla contemporánea se depura y ennoblece, con tintas de ironía que recuerdan las inmarcesibles páginas de D. Felipe Pardo. El tema es muy análogo; el contraste y la pugna entre la educación extranjera y los usos vernáculos, que al cabo sujetan y cautivan al mismo extranjerizante, porque al pintarlos le interesan, y hasta en la sátira agradan y se saborean.

Los méritos literarios de Carrillo se afinan todavía más, se aquilatan y quintaesencian en sus versos, juntos casi todos en el breve volumen *Apice*, por el que no oculto mi fervorosa predilección. Verdadero regalo de experto, libro de contenida emoción y de nítida hermosura, flori-

legio de una alma elegantísima, encierra en su aristocrática sobriedad, e indudable maestría técnica, muy diversos metros y muy variados tonos, desde los alejandrinos del *mester de clerecía*, la medioeval *cuadernavía* del buen Berceo, empleada con giros y sentimientos de íntima modernidad, hasta el actual verso libre, en la composición dedicada a Eguren y alguna otra como *Kiskif* y la traducción de la *Arieta* de Shelley, pasando por los castizos y atildados sonetos de *Encanto breve*, la *Muerte viva* y *La estrella*, la españolísima *Postrera mirada* y los conceptuosos romances vespertinos.

Podrían conjeturarse, como predominantes influencias forasteras, las de Samain, Henri de Regnier y Rubén Darío. Directas impresiones hay de los viajes y estancias diplomáticas del autor en las comarcas tórridas de América:

¡Oh tardes tropicales, llenas de fuego triste!...

No son pocas las imágenes que parecen nacidas en nuestro suelo. ¿A cual de los limeños balnearios, tantas veces descritos por Cabotín, corresponderán las cadenciosas estrofas:

Al pie de tu terraza mueren las olas?...

¿A qué intacto rincón de arcaica ciudad peruana, a qué ángulo de la vieja Lima, de los destacados en las acuarrelas que en este edificio de Bellas Artes se exhiben, habrá que atribuir el siguiente hechicero pasaje?

*Por dormidas alamedas,
Buscaba nuestro deliquio.
El tosco banco de piedra
Que de un convento de monjas.*

La vida furtiva otea.

.....
 En la bruma gris de perla
 Y en la escondida calleja,
 Después una campanita
 Nos cantaba su tristeza,
 Rasgaban después la noche
 Los clarines de la queda,
 Y a mi vuelta, me inundaban
 De ternura las estrellas.

No hay en él afectismos chillones, ni estrépitos de danzas bárbaras y frenéticas. Es un sabio compositor de música de cámara, que en los ritmos de sus canciones y madrigales concierta las flautas y los violines. Vena delgada, pero honda y purísima. La venustidad de su musa desdeña los burdos afeites. Ha comprendido siempre que la aglomeración no suele ser la belleza, ni la incoherencia el vigor. Frente al estéril desorden, la algarabía delirante y la presuntuosa vaciedad de los vanguardistas, erige Carrillo en la luz sus tanagras proporcionadas y gráciles; y decora el fondo con alegres festones, sombrías guirnaldas de ciprés o geométricos meandros, a la manera de un pintor helenizante. Su horacianismo epicúreo reposa en su amable quietud,

Como en tranquilo mar nave de vela.

Tal un vástago peruano de Anatole France. Como su maestro, en la crítica no tiene por lo común sino una sobra: el exceso de indulgencia. Salvo cuando, en injusto y excepcional arranque, se desató una vez contra el venerable e insuperado Bartolomé Herrera, cabeza de la escuela conservadora y una de mis más entrañables devociones. Pero yo, desde 1906,

fecha del referido artículo, me dije que eran circunstancias atenuantes del desacato, el título *Palabras juveniles* y el no hablar Carrillo de por sí en aquél, sino refiriendo un diálogo del Club. Sea como fuere, habréis advertido señores por el tono general y algunas muy sugestivas frases de su elogio de Monseñor Roca, que ambos, Carrillo y yo, hemos vuelto al mismo campo, a la paterna y protectora sombra de la granítica montaña tradicional.

¡Con qué simpática efusión, con qué fácil y suelta amenidad ha evocado la carrera, talentos y virtudes del ejemplar varón cuyo centenario conmemoramos! Poquísimos he de agregar a tan cumplida epopeya, temeroso de que desluzcan mis añadidos y toscos trazos la gentil semblanza que acaba de embelesarnos. Reconstituída por el alado pincel de Carrillo, hemos admirado la fisonomía del que apellidaremos *Fenelón criollo*. Así podemos legítimamente llamarlo; porque el calificativo de *criollo* nunca tuvo en nuestra auténtica historia la significación peyorativa y despectiva, de bastardía moral y étnica, que ahora algunos, por ignorancia o torpe malicia, pretenden asignarle. El nobilísimo personaje que ensalzamos, es precisamente la más clara apología de las excelencias del criollismo blanco. Espontáneo tipo patricio y seráfico, alma lamartiniana y mística, toda generosidad, desinterés, elevación y dulzura, José Antonio Roca fue immaculada encarnación de nuestra raza. Bastaría su recuerdo para redimir y honrar a una generación entera. En lo intelectual y artístico no era sólo el orador romántico, disertísimo y florido de sus dos discursos en esta Academia; sino muy principalmente ante todo y sobre todo, el eximio orador sagrado, el predicador de cálida dicción, de ademán prestantísimo y de acento soberano, cuya imagen, nimbada por igual de unción religiosa y de humana distinción nativa e inafectada, perdura en cuantos fueron sus maravillados oyentes y hasta en cuantos ho-

jean sus páginas impresas, privadas hoy del vivificador aliento de su voz.

Como muy bien lo ha indicado Carrillo, este dulce contemplativo, este arrobado asceta, halló tonos de elocuencia sublime para alabar a los héroes y plañir los males de la patria. Su estilo no tenía el acicalamiento arcaizante y preciosista del de su amigo y contemporáneo Piérola, que a menudo repetía, con aire virreínicio, las nerviosas y conceptistas sentencias de la época de Felipe IV. No alcanzaba tampoco nuestro Roca y Boloña la viril desenvoltura, la fortaleza del temple teológico y la precisa trabazón de D. Bartolomé Herrera, aunque se le acercó en ciertas oraciones fúnebres; así como emuló las dotes de D. Mateo Aguilar, en el sermón de sus exequias, compitiendo allí con él en esa valentía y grandiosidad que recomiendan, sin duda alguna, el célebre *Panegírico de San Ignacio*, menospreciado atropelladamente por mí en mi primer ensayo crítico. Ofuscaron entonces mi gusto las malezas de amanerada retórica y manidas metáforas que a medias encubren su muy efectivo valer, y que se advierten en todos los géneros, y especialmente en la cátedra sagrada, en aquel período de nuestras letras, de la primera mitad del siglo XIX. No ocurría lo mismo en lo posterior, que fue el de Roca, por más que le quedarán ciertos resabios. De ahí que, a pesar de ellos, su abundosa y galana elocución no desdiga con frecuencia de la caudalosa gravedad y enérgica pompa de su inseparable compañero, el Arzobispo Tovar.

Años amargos, tempestuosos e infaustos, los que a todos ellos les deparó el vivir. Hacía ya mucho que en el Perú faltaban las condiciones primarias para el fecundo sosiego y la sólida prosperidad; y el desconcierto político inevitablemente contribuyó a las desventuras individuales de los mejores. Las dos instituciones básicas, las dos columnas centrales de toda sana estructura nacional, la Igle-

sia y el Ejército, habían decaído desde larga fecha entre nosotros, mientras florecían admirablemente en el vecino país del Sur; mas para demostrarnos que la enervación y la inferioridad eran reparables y transitorias, lucían consoladoras y radiosas excepciones. El Presbítero Roca hablando en las honras fúnebres del Contralmirante Grau, fue una escena dignificadora, un díptico de simbolismo estupendo, que unía y consagraba los dos más puros dechados que conservábamos.

Estos numerosos centenarios que el Perú celebra al presente, nos sirven de lección fortalecedora. Las sombras excelsas de los que fueron nos alientan y nos protegen contra las mismas mezquindades e insidias, incertidumbres y ceguedades que ellos señalaron y combatieron, y cuyas huellas como trofeos yacen al pie de sus anales y de sus gloriosas obras.

DISCURSO EN EL FUNERAL DE
ENRIQUE A. CARRILLO

POR coincidencia de muertes inesperadas, estoy en un período de melancólicas despedidas. Desde el año último, se han ido de pronto, fulminados y arrebatados de improviso, muchos de mis mejores compañeros, en el trato frecuente y en lo intelectual y literario. Los senderos de la vida se van quedando solos; y cae sobre el horizonte el manto de la tristeza, anunciadora del íntimo y desolado invierno. Porque no es ciertamente un cumplido, no un vano convencionalismo, no la vulgar y consabida hipérbole funeraria lo que vengo a expresar aquí, como cordial amigo y como Director de la Academia, diciendo con meditadas, justas y estrictas palabras, que el fallecimiento de Enrique Carrillo nos hace perder en esta ciudad de tan escasas personalidades substantivas, un hombre caballe-

resco y de excelente índole, diplomático de veras discreto y benemérito, ingenio cultísimo, conversador y contertulio de amenidad incomparable, delicado y armonioso poeta, sutil novelista, escritor pulcro y refinado, de gracia a la vez limeña y parisiense, periodista ático, agudo y brillante, artista cabal e impecable, el estilista mejor de su generación y de su círculo. Era el cronista delicioso de *Viendo pasar las cosas*, acuarelas leves y amables de la Lima de hace un treintenio, que popularizaron su pseudónimo de *Cabotín*; era el autor blandamente irónico de las inolvidables *Cartas a una turista* y de tan sabrosas novelas cortas; era el áureo versificador de *Apice*. En varias ocasiones he manifestado mi admiración por éste su folleto de hermosísimos versos; y en especial cuando tuve el placer de recibir a su autor en mi Academia, hace hoy muy poco más de dos años. Desde entonces, nuestra amistad y nuestra cariñosa estima, que fueron reales y hondas siempre y nuestra semejanza de ideas políticas, de gustos literarios, y de sentimientos sociales, religiosos y patrióticos, se habían crecido y estrechado. Era uno de los amigos y colegas con cuyas opiniones y actitudes me sentía ahora más solidario. El antiguo discípulo de Anatole France y de Juan Valera había cesado de ser escéptico. La senectud cercana, como un sereno ocaso, proyectaba el resplandor de la gravedad moral sobre las páginas de madurez y las recientes estrofas del que fue eximio en sutiles elegancias mentales. El Congreso Eucarístico del año pasado, los impulsos ciudadanos que en el presente interrumpieron el marasmo y la menguada indiferencia del pueblo, le suscitaron nobles, atinadas y profundas reflexiones. Su fina pluma, delgada, afilegranada, ingrávida, incrustada con preciosas labores y pedrerías, dedicó los postreros rasgos a ensalzar las más generosas causas. Y es de justicia recordar que, no obstante las sugerencias del medio, Carrillo desde la juventud abominó de los destructores radicalis-

mos, y estimuló el amor patrio, y el respeto y el culto de las tradiciones cardinales.

Atávicos influjos, las misteriosas pero infalibles voces de la herencia, lo llamaban y atraían a tan buenas disposiciones. De su honrado y cristiano hogar paterno, salió una monja admirable, nueva demostración de la superioridad de la mujer limeña; y era muy próximo pariente de sus abuelos aquel clérigo D. Francisco Navarrete, activo y abnegado propagandista de la instrucción pública, y émulo del insigne D. Mateo Aguilar en la ímproba tarea de corregir la sociedad peruana de la primera mitad del XIX, estragada por el liviano epicureísmo del XVIII y la vergonzosa anarquía que sucedió a la Independencia. Carrillo el europeizante, el cosmopolita, el diplomático experto, el bruñido literato parnasiano, el mundano consumado, comprendía como pocos las urgentes necesidades y las fallas de nuestra débil nacionalidad; y su patriotismo ilustrado y vigilante le hacía prorrumpir en amargas quejas contra lo que nos enerva, nos rinde o nos menoscaba. A fuer de artista, resultó algunas veces profeta. Este escritor de salón y de cenáculo, de tan rara y acendrada aristocracia intelectual, compitió a ratos, casi involuntariamente, con los grandes satíricos vengadores; y lanzó como al desgaire, entre los cristalinos párrafos de su prosa, refulgentes y punzadoras flechas. Recojamos una acerada, que data de veintidos años, en los artículos finales de *Viendo pasar las cosas*: "La raza es triste. No conoce sino la sonrisa torcida y muda del conejo, la sonrisa servil de los aduladores o la sonrisa amarilla de la envidia. Reina un morboso silencio. Sentados sobre nuestras ruinas, con indolencia de faquires, vemos con ojos mortecinos cómo se disuelve el país". Meditemos estas sus palabras. Quizá si la muerte le ahorra en lo porvenir aflicciones mayores.

Combatido por mil circunstancias adversas, truncado por el depresivo y letárgico ambiente, muy limitado en su vista por amenazas de ceguera, que al cabo casi le impedían leer y escribir, a pesar de todo nos lega una selecta obra literaria, finísima, sugestiva, de legítima y pura belleza. Bajo este cielo gris y tedioso, en medio de la callada, palúdica y estéril planicie, se alza su clásico templete de mármol, pequeño pero airoso y exquisito, en cuyas claras metopas danzan las esculpidas figuras de las Musas y en cuya interior penumbra arden los perfumes de la más tierna y poética melancolía.

X V I

JOSE GALVEZ

Forman este capítulo tres textos de Riva-Agüero sobre José Gálvez: el prólogo a Bajo la luna (Poesías), (París, s.a.), fechado en Lima, el 23 de enero de 1909, que se reproduce en La Prensa, de Lima, el 24 de mayo de 1909; el discurso de ofrecimiento en la despedida de soltero, en Lima, el 23 de mayo de 1913, publicado al día siguiente en La Crónica, de Lima, y el discurso en el homenaje al Ministro de Justicia e Instrucción, el 23 de abril de 1931, que se publicó al día siguiente en El Comercio, de Lima, p. 10.

PROLOGO A "BAJO LA LUNA"

MUDA, estéril, incapaz de altas empresas, cansada desde la cuna, sería la generación que no produjera un verdadero poeta; —no uno de aquellos efímeros, cuyos versos fugaces son fruto de la exaltación juvenil y cuyas veleidades artísticas ahoga en breve la vida, sino de los que por vocación irresistible se consagran a hermosear con sus cantos la existencia de los hombres, y a conservar o aumentar los tesoros sentimentales, de entusiasmo o de dulzura, que son la profunda base de la civilización.

Y la necesidad de que apareciera entre nuestros jóvenes un legítimo poeta, era tanto más premiosa cuanto que en la anterior generación la figura de Chocano —que libre ya en buena parte de las vanas sonoridades de su primitiva manera, adquiere día a día significación mayor— exige un continuador, quizá un émulo; y que en nuestra misma generación dos prosistas de verdad, los dos hermanos García Calderón, hacen lujo de brío y brillantez tales que reclaman una renovación semejante en la poesía.

Parece que el anhelo va a cumplirse y la necesidad a llenarse: José Gálvez, con este volumen en que ofrece sus primicias, promete ser, andando el tiempo el sucesor de Chocano, y es desde ahora en nuestra juventud literaria el digno compañero de los García Calderón.

No desestimo por cierto los méritos de ninguno de los del grupo juvenil, —de todos los que, con mayor o menor éxito pero con laudable empeño, trabajan, ora en las graves tareas de la Ciencia, ora en los risueños campos del Arte—; pero es proclamar una verdad indiscutible afirmar que los García Calderón y José Gálvez son los más altos y genuinos representantes de la nueva generación. Ellos, cada uno en su terreno y con inspiración personal, dan forma precisa a lo que pensamos y deseamos, a nuestras ideas y sentimientos, aspiraciones y sueños: Francisco García Calderón, con sus artículos y crónicas de tan rica variedad, de tan fecunda levadura, que traen a nuestro pesado y monótono ambiente los vivos ecos del movimiento intelectual europeo, y sobre todo con *El Perú contemporáneo*, obra de encendido patriotismo, de inquebrantable fe en los destinos nacionales, comparable por el espíritu que le anima y los ideales que encarna a aquellas de Balbo y Gioberti precursoras del *Risorgimento* italiano, férvida exhortación dirigida desde la penumbra del Presente al Futuro esplendoroso que habrá de conquistar nuestra constancia; Ventura García Calderón, ironista exquisito, con su prosa delicadísima, de suavidad de seda fina y brillante, como un maravilloso tapiz antiguo, y José Gálvez, con sus versos en los que alienta una alma de gran poeta, y en cuyo estro vienen a fundirse, como nobles metales en magnífico bronce, las influencias imitativas de diversos modelos, —necesaria imitación del artista joven— resultando de ellas un instrumento que es ya individual, propio, y en el que van las voces desde la dulzura mágica de la flauta hasta la mar-

cialidad del clarín sonoro. No es degenerada la juventud que tiene tales representantes; y renace audaz la esperanza cuando vemos cómo esa juventud piensa y siente, y cómo los apellidos históricos que han ilustrado la época republicana, lejos de decaer y extinguirse, producen los sanos renuevos que decoran con vivientes promesas la heredada gloria.

Porque este poeta lleva uno de los nombres de familia que inspiran al Perú justísimo orgullo; y muy pocos pueden ufanarse de contar como él, en su raza, timbres de tan grande heroísmo. Su abuelo José Gálvez, jefe del partido liberal, luchador formidable e incansable, puro y altivo tribuno, murió soberbiamente en la Guerra con España, en el combate del Dos de Mayo, en medio del triunfo que él había preparado y obtenido, envuelto en las llamas de la victoria como un semidios clásico. Otro José Gálvez, hijo del anterior, realizó en la guerra con Chile hazañas de arrojo inaudito, presentes en la memoria de todos los peruanos. Y ahora la generosa estirpe, en honrosísima y venerable pobreza, engendra a este tercer José Gálvez, que canta noblemente, con elevación y fe, como sus parientes y su abuelo lucharon, porque sabe, como dijo cierto conde francés, célebre poeta, que bien parece sobre el casco centelleante de los antepasados ilustres, colocar—nuevo y filial trofeo— la erguida pluma del escritor.

De las más bellas composiciones de este libro, es precisamente *El canto de mi raza*, en que Gálvez alaba al héroe, su abuelo. ¡Cuán ardorosa resonancia, cuán vigorosa amplitud en las estrofas, y, al mismo tiempo, qué delicadeza al hablar de España! Esa lucha de 1866 no ha dejado rencores tras de sí; fue una pasajera querrela de hermanos; y hoy podemos celebrar los valerosos hechos que la enaltecieron, sin que los transitorios y personales errores de intemperancia política de que provino, entibien nuestro culto a la madre España. Así lo siente y lo dice

Gálvez; y en él esa declaración adquiere solemne significado: parece que la sombra del guerrero que con su muerte glorificó la contienda, hablara por boca del amante nieto para expresar la reconciliación con sus dignos adversarios:

*Lejos de mi alma desmedrar grandeza
A quien formó mi espíritu latino,
A la madre que puso con empeño
En mi sangre el calor de su nobleza,
En mi cerebro el ansia del destino
Y en mi imaginación flores de ensueño.*

Y este joven de tan heroica sangre y viriles ímpetus, que si la ocasión se presentara no se revelaría indigno, en ningún terreno, del nombre que ostenta, que en sus versos *A Roque Sáenz Peña* indica lo que será algún día su soplo épico, es, sin embargo, un adorador de la luna, de la pálida diosa bajo cuya advocación ha puesto este su primer libro: un enamorado del silencio de los viejos jardines olvidados, de las fuentes melancólicas, y de los violáceos y plateados crepúsculos en que vagan lánguidas músicas y tristes cantares. En él se juntan sin confundirse el vigor y la dulzura. Nuestro José Santos Chocano y el español Juan Ramón Jiménez han sido sus principales maestros; y los rasgos de estos dos poetas, de tan contraria índole, de inspiración tan opuesta —todo fuerza desbordante el uno, toda sensibilidad enfermiza el otro—, se reconocen fácilmente en José Gálvez, que no por eso deja de tener hoy mismo aun en sus imitaciones fisonomía propia y muy suya, y que, sin duda, ha de tenerla inconfundible en lo venidero. Donde se la encuentre, desde luego, marcadísima, es en aquellas poesías de hogar, de afecto doméstico, que ha reunido en la sección del volumen denominada *De mi vieja casa*. Íntimos y sentidísimos recuerdos de una infancia doliente, encierran acentos de sinceridad que conmue-

ven y subyugan. El que como él acierta a expresar de tal manera, con tal intensidad, sus sentimientos, posee ya valer artístico muy distinguido y estimable y ha de ser gran poeta.

He mencionado en calidad de modelos favoritos de Gálvez, a J. R. Jiménez y a Chocano. Si a la influencia de ellos se agregan la de Rubén Darío, y las muy leves de *Minúsculas* de González Prada en ciertas composiciones cortas de Campoamor que es visible en *Crepúsculo*, tal vez de Carlos Amézaga en *Sé que estás enferma* y *Amor Eterno*, tendremos la lista completa de las que, considerables o escasas, conscientes o inconscientes, han obrado sobre la ejecución y factura actual de nuestro poeta.

No aprobaré sin reservas todas las combinaciones rítmicas del volumen. Creo que la afición a las similitudines, hoy tan generalizada, es excesiva y conviene moderarla. Por otro lado, hay piezas como *Todo en silencio*, de ritmo hartamente vago y libre, contra el cual en principio no tengo objeción, pero que en este caso particular no favorece la impresión de tranquilidad campesina, de sereno atardecer rústico que el autor quiere comunicarnos. Posible sería igualmente advertir alguna repetición de sensaciones, y alguna inevitable negligencia de técnica o lenguaje. Mas quédese tan baja y mezquina tarea para la risible estrechez de los pedantes, la ruindad impotente de los envidiosos, o la ceguedad miserable de los que, privados de toda facultad estética, se obstinan en criticar minucias por ser incapaces de apreciar los méritos. Pero quienquiera que no pertenezca a estas tres lamentables categorías humanas, encontrará a profusión en las poesías que van a leerse, bellezas inefables, magníficas y suavísimas, doblemente sagradas por lo que son y por lo que prometen, por ser bellezas y por ser obra primogénita de un joven casi próximo aún a la adolescencia. Y hasta en las composiciones descuidadas o antiguas, por ejemplo en

Fue, hay versos magistrales, hechos de un solo trazo, que suspenden la atención y se quedan imborrables en la memoria.

Gálvez se inclina al pesimismo. La universal miseria de los hombres, la negrura de la suerte, el yugo del dolor, la ingratitud del Destino, que a nadie exime, lo inspiran a menudo, vibrante y hondamente. Una de sus mejores poesías es la desolada y amarguísima que lleva por título *La hora de paz*. En ella se descubre materia para un poeta filósofo que podrá ser admirable, si persevera en el género. Pero si *La hora de paz*, filosófica con espontaneidad, profunda sin esfuerzo, por el solo poder soberano del sentimiento, enternece y arrebatada de pasión y de entusiasmo, en cambio la poesía deliberadamente filosófica *Desde la cumbre*, no me convence. En esa paráfrasis del infausto Nietzsche, no quiero ver sino un *dilettantismo*, un efecto de la volandera moda, por lo demás sin consecuencias.

La lucha de encontradas aspiraciones, de diversos ideales, los anhelos de amor y ventura, la Melancolía, compañera inseparable de las juventudes que auguran una vida fecunda, los sueños indefinibles y resplandecientes, oprimen a veces al poeta y le hacen decir que se siente cansado y viejo. No hay mejor prueba de juventud y fuerza que esa tempestad del espíritu. Las almas viejas nunca se confiesan tales; y la senilidad no es agitación, sino marasmo. Sobre la juventud vela siempre al lado de la obscura Melancolía la radiosa Esperanza; y es ella la que en último término vence en el corazón del poeta, aquietta su mente y sus afectos, y le dicta aquellos *Himnos* y *Canciones*, en que, disipadas las sombras de la inquietud y la tristeza, vibra el acento victorioso, dominador, exultante, símbolo claro de lo que ha de venir:

Va el joven poeta hacia el Porvenir, triunfalmente. Ya los aplausos resuenan, ya la Gloria a lo lejos le sonríe, y en el sagrado bosque susurran los laureles.

EPITALAMIO

Querido Gálvez:

SOBRE manera grato es el motivo que nos congrega en derredor de esta mesa. Un numeroso grupo de vuestros amigos quiere expresaros aquí, en vísperas de vuestro matrimonio, su cariñosa admiración y sus votos porque sea perenne vuestra ventura.

Dan carácter especial y muy espontáneo a esta fiesta y la elevan por encima de los vacíos convencionalismos sociales, usados en semejantes circunstancias, las condiciones del agasajo. Es el amigo incomparable en quien la brillantez de inteligencia compite con la nobleza de alma, cuya juventud ha sido una continua aspiración hacia lo bueno y lo bello. Es el poeta cuyas canciones han enardecido nuestras exaltaciones mejores, y cuyas exquisitas sonatas, inefables de plateada paz y penumbroso misterio,

han prestado a nuestras horas de soñadora divagación, el acompañamiento de su música divina. Cuantos nos hemos embelesado en la mágica suavidad de esos versos, debemos rendir homenaje a su dulce inspiradora. La novia adorada pasa en las estrofas de los *Nocturnos inolvidables*, benéfica y soberana, con rumorosa levedad de seda, en el claro sendero bajo la luna llena, como una aérea aparición; y domina, como la terciopelada ternura de sus ojos, entre blancas bandadas de ilusiones, castellana encantada del jardín silencioso del *Reino interior*. Pocas veces ha habido mayor sinceridad y pureza en la materia poética. El ideal va a cumplirse; y este luminoso idilio, cantado en tan bellos versos, llega a su coronación como en los cuentos de hadas, porque la vida suele al cabo ser justa con quienes la merecen.

De la quietud del feliz hogar, en que la escogida compañera lucirá como una amorosa lámpara y como una viviente flor, supremo adorno en la corona del poeta, continuará fluyendo el raudal del arte, con la misma abundancia y el mismo brío de antes, y depurado y acrisolado por el propicio ambiente de la dicha doméstica y la serenadora influencia de la madurez que ya se acerca. Habéis realizado vuestros sueños de amor; y la felicidad lograda ha de multiplicar en torno vuestro las sugerencias e imágenes de la belleza. En vuestra obra se encierran las mayores promesas de renovación para la escasa literatura peruana. Tenéis que ejecutar todas aquellas promesas que en vos depositamos y escalar las más altas cimas artísticas, hasta las más soberbias y refulgentes posibilidades. Vuestra voz ha sido la más timbrada y potente en el concierto de los versificadores jóvenes. Sin ella, en este callado medio, diríase que la juventud oculta o reprime sus mejores sentimientos, y nos sobrecogerían la tibieza y el desánimo. Vuestro canto es una fuerza imponderable, porque es una pura y cálida fuente de entusiasmos. Debéis

proseguirlo y esforzarlo sin descanso como un toque de idealidad imperecedera, como una convocación a lo noble y elevado, como una viva protesta inextinguible contra la mezquindad cotidiana, clarinada auroral de poesía contra el letargo y el empequeñecimiento generales.

Brindemos, amigos míos, por José Gálvez, portavoz de ideales, creador de visiones de hermosura, pródigo sembrador de ensueños, melódico excitador de impulsos generosos y de energías magnánimas, que en esta nueva etapa de su vida entra circundado por la unánime simpatía y por las más resplandecientes y fundadas esperanzas.

DISCURSO EN HONOR DE JOSE GALVEZ

CON profunda complacencia y entusiasta efusión interpreto el sentir de cuantos hemos organizado esta fiesta en honor de José Gálvez, uno de mis mejores y más fraternales amigos. Rendimos cariñoso homenaje al literato insigne, al ministro reformador y al político leal y honradísimo.

Desde los primeros años de su juventud, José Gálvez se patentizó como el más inspirado y vibrante de los poetas de nuestra generación. Sus versos tan sentidos, tan sinceros, tan tiernos, embelesaron nuestra mocedad; y dieron armonía y contornos a los ensueños de nuestra edad feliz. Ha sido el sucesor genuino de la poesía de la pasada centuria. Yo lo calificaría, por fondo y técnica, como el último y no ciertamente el menor de nuestros románticos; hijo espiritual, por coincidencia de carácter mucho más

que por imitación deliberada, de aquel gallardo Carlos Augusto Salaverry, el único que de veras perdura entre nuestros rimadores de mediados del siglo XIX. Salaverry y Gálvez se asemejan en el estro, ya elegiaco, ya épico; en la entonación, ímpetu natural y espontáneo estilo. Tiene nuestro amigo en el Canto a su abuelo, el héroe José Gálvez, estrofas bronceínas que se dirían arrancadas al Episodio del Mariscal Castilla por Salaverry; y en la sección denominada *Cuadros*, hay sonetos y piezas cortas de involuntaria hermandad gemela con *Diamantes y perlas* y *Albores* y *Destellos* del mencionado precursor.

Ya en éstas, sus composiciones primigenias, entre las formas aprendidas de Rubén Darío y la primitiva manera de Juan Ramón Jiménez, aparecen las veraces notas locales, las impresiones vernáculas del artista legítimo, que se inspira en el nativo ambiente más que en los libros de los predilectos maestros. Aquellas musicales estrofas de la adolescencia evocan los destierros de nuestro litoral, los arenales de Supe en el silencio de las noches claras, los campanarios blanquecinos y los humildes cementerios de adobe en los pueblos de la costa, los yaravíes de los rústicos tomeros, las ruinosas quintas virreinales del cercado, los raros y tenues olivares de la compañía metropolitana y los agrios cerros que circundan como un contraste la dulce Lima, transfigurados en la magia del plenilunio.

Esta su vena nacionalista ha ido incrementándose y enriqueciéndose en toda su selecta producción posterior, desde *Jardín cerrado* a *Paz Aldeana*, cuyos magistrales sonetos descriptivos resuenan en nuestra memoria; y ha adquirido su adecuada formación doctrinaria en la notabilísima disertación *Posibilidad de una literatura nacional*. Puedo yo disentir de ella en pormenores y matices, pero a la tesis fundamental resueltamente me adhiero. Amante evocador de pasado patrio, doblemente capaz, por su talento y su sensibilidad artística de apreciar los méritos y

bellezas de la tradición, cuyas son estas palabras que conviene no olvidar: "La cordialidad de la inmensa corriente humana que viene de muy lejos, y nos dice cuán vacía es la presunción de los que, desdeñando la Historia, suponen con ingenuidad infantil que con ellos comienza la vida y se revelan las verdades únicas". Costumbrista eximio, las deliciosas crónicas de *Una Lima que se va*, lo constituyen directo heredero del insigne D. Ricardo Palma. Su alma noble y refinada ha sentido con intensidad y delicadeza filiales la penetrante seducción de esta nuestra Lima tan calumniada y tan señorial, a la par discreta y venerable, aún bajo sus disfraces modernos, semejante a una gran dama empobrecida. E integrándose debidamente en su compleción moral y estética, el aprecio y el amor por nuestra varía, pero indisoluble realidad nacional, ha pintado el ambiente serrano, la nostálgica y trágica naturaleza andina, con exactísimos trazos, en esa primorosa miniatura de novela corta que se llama *La Boda*, cuyos paisajes aún no creo que hayan sido alabados cuanto es de justicia.

Preparado así por el estudio y el arte; formado a la sombra y amparo de la poesía, que es madre de toda generosidad y alteza; dueño de tan valioso acervo literario, habiendo desarrollado sus energías en la Universidad, desde su juvenil y fervorosa participación en los centros y congresos estudiantiles hasta su reciente y brillante labor como catedrático y decano, ha llegado con sobrados títulos y excelente bagaje al importantísimo ministerio que ejerce, en el cual por tratarse de la instrucción y educación, o sea de la formación de las nuevas y venideras generaciones, se cifra en verdad y por entero el porvenir del Perú. Para cargo de tanta responsabilidad tiene Gálvez toda la requerida competencia; y lo que ha hecho en las breves semanas que lleva de desempeño, las

atinadas y esenciales reformas que determina y aplica, es prenda segura de lo que fundadamente debemos esperar.

Mucho tiempo hace que habría podido ocupar la misma elevada posición que ahora, si no hubiera sido siempre fiel a sus principios y convicciones, Gálvez no atiende a cuándo se llega sino a cómo y con quiénes se llega. Por eso ha venido al gobierno, realizando un acto de efectivo sacrificio personal, en la acrisolada situación que hoy nos rige, cuando ha sido indispensable el concurso de los hombres para conjurar la tremenda crisis de anarquía que amenaza desquiciar el Perú. No nos sorprende la abnegada conducta de Gálvez, porque tenemos presente los gloriosos timbres de su paterno apellido, sinónimo de heroísmo en la historia peruana; y porque también recordamos las fatigas y peligros que el propio, digno vástago de su estirpe esclarecida, supo afrontar hace pocos años, cuando el plebiscito, en el sagrado suelo de Tacna. Considerando la azarosa condición actual y los abismos que últimamente hemos bordeado, y presintiendo quizá las tempestades que pueden sobrevenir, se impone en mi ánimo, no obstante la diversidad de épocas y medios, la reminiscencia de otro poeta, el excelsa y genial Lamartine, que en escenario más alto y famoso, y en temporal más bravío y deshecho, ofrendó a su patria, en coyunturas análogas, vida, popularidad y bienes.

Quién como Gálvez cultiva, celebra y exalta las tradiciones de la raza y del país, base indispensable para la subsistencia de la nacionalidad; quien como él ha acertado a resistir por igual las imposiciones y los halagos de los regímenes despóticos y de las pasiones desenfrenadas, es digno de nuestro más férvido aplauso, y puede orgullosamente lucir como lema los versos de su briosa canción juvenil, altivo y espléndido programa de la vida que ante nuestros ojos realiza:

*Bañarse en la Historia,
Fundirse en el oro de altivos reflejos,
Lanzar la semilla de nuevos ideales,
jamás doblegarse,
ni al vulgo ni al rey.*

XVII

EL DOLOR PENSATIVO, DE ALBERTO URETA

"Notas marginales" escritas para el libro El dolor pensativo, de Alberto Ureta (Lima, Sanmarti y Cía. 1917, pp. 123-125). Esta nota crítica se reproduce en el nuevo libro de Alberto Ureta Poemas (Lima, 1924, pp. 156-158) que reúne los poemarios El dolor pensativo y Rumor de almas.

NOTAS MARGINALES

LIRICO de doliente subjetivismo y de añoranzas de la niñez; poeta de religiosidad cristiana y franciscana, elegíaco de intimidad y de crepúsculo; alma inverniza, de uno de esos suaves inviernos limeños, hechos de tibia niebla, llovizna tenue, cielo gris de ópalo, sutil y discreta melancolía, y algo en el fondo de tedio y de molicje. ¡Qué bien se aprecia en este ambiente la tierna y velada música de sus versos! En Ureta el sol no aparece sino por pálidos lampos, o en rayos desfallecidos y delicados arreboles de ocaso. El escenario predilecto que sus rimas sugieren es un jardín colonial, ruinoso quinta de tallados balcones y torneados balaustres, en la que hay tiestos rotos y se deshojan las rosas y los jazmines. Amanece: los campanarios vecinos llaman a la primera misa; o bien es la hora vespertina del Angelus; pero siempre la fina garúa destila sobre las flores, y entre ellas surge la dulce imagen de la Amada, pensativa y consoladora. Otras veces el marco de la Novia es una plazoleta de aldea, argentada por la luna;

o en la luz del poniente una aureolada ventana, abierta sobre el polvoriento camino que ondula entre huertas y praderías y se pierde a lo lejos en plomizos arenales.

Si por resabios de exóticas lecturas, habla de *nobles claustros góticos*, es seguro que las monjas con que sueña no son las de esos secatonos e incoloros conventos modernos, medio ingleses, con cursis goticismos de pega, sino las criollas monjas de verdadera clausura, las de nuestros viejos monasterios españoles, cuyo canto flébil pasa, entre nubes de incienso, por las misteriosas rejas del coro, como una evocación de siglos remotos, y se dilata en la iglesia churrigueresca, junto a los altares pomposos y dorados y los severos lienzos ennegrecidos. Los parques de Ureta tienen labradas cancelas virreinales; y tras los portales hidalgos, sonríen los nardos fragantes y los rosales en flor. Porque este poeta dedica a las rosas el mismo exclusivo culto que les rindió Jean Moréas, a quien me recuerda por muchos otros rasgos. Hablo, no del simbolista Moréas del *Peregrino Apasionado*, sino del puro y clásico Moréas de los años últimos, del penetrante y concentrado lirismo de sus *Estancias*. Como ellas, las poesías de Ureta son breves, tersas y tristes, de amargura sumisa y recóndita, menudos cristales de pasión y de dolor. Quien dudare de la analogía apuntada, no tiene más que comparar la sensación y aun el metro de la *Tristeza Cuotidiana* de nuestro amigo, en especial de la pieza segunda, con las pocas *Estancias* de Moréas traducidas tan fielmente por Díez Canedo. Es innegable el aire de familia; y aun hay quizá reminiscencias involuntarias.

En nuestra literatura, en las que han resonado las épicas trompeterías de Chocano, el piano imitativo y algo adocenado de los románticos y decadentistas postreros y la popular y castiza guitarra, Alberto Ureta, ingenuo, meditando, casi solitario, va tañendo en la sombra su flauta quejumbrosa. Y su melodía nostálgica y mansa

nos conmueve inefablemente, como un cantar pastoril en la agonía de la tarde. Se lamenta de la vida que huye, del sordo morir de las horas, de lo irreversible, de lo que se aleja, de lo que se pierde: caducidad inexorable de los seres, irreparable fluir de las emociones que todo lo anega y socava y que repite de continuo en las orillas falaces del tiempo el eco de una despedida eterna. Insondable e infinita poesía del recuerdo, expresada por Tennyson en mágicas palabras que sirven de digno epígrafe a estrofas del propio Ureta:

“¡Muerte en la vida son los días pasados!”

Musa casta, de infantil sencillez, brumosa, imprecisa y blanca es la que inspiró *Rumor de Almas*, la que hoy dicta los poemas de *El Dolor Pensativo*. Para definir este su nuevo libro, de tan grave y soledosa ternura, deberían inscribirse en la portada otros versos semejantes, los del divino Samaine:

*“La Tristesse nous hante, avec sa robe gris
Et vit a nos cotés comme une grande soeur”.*

Pero, como todos los de nuestra época y formación moral, es Alberto Ureta optimista apesar de sus melancolías, y se revela contra la depresión de las penas. La esencial seriedad de la vida, que es siempre su dolor callado y pío, lo estimula en vez de abatirlo y le infunde lecciones de diaria virtud y de bondad humana. Marcha el sincero poeta por tan alta y limpia senda y sabe que en ella ha de brotar al cabo el manantial de frescura y de paz.

XVIII

CARTA SOBRE COSTA, SIERRA Y MONTAÑA
DE AURELIO MIRO-QUESADA S.

*Carta dirigida a Aurelio Miró Quesada
Sosa con motivo de la publicación de su
libro Costa, Sierra y Montaña y publicada
en El Comercio, de Lima, 30 de setiembre de
1938.*

A bordo del Rakuyo-maru,
Lunes 12 de setiembre de 1938.

Sr. D. Aurelio Miró-Quesada y Sosa,
Lima.

Mi querido amigo:

VOY en este vapor, leyendo con verdadero deleite su libro. El sábado me sirvió de Baedeker para una visita rápida a las iglesias y casonas trujillanas, me he complacido como Ud. en el Carmen refulgente, que es todo como una ascua de oro, hidalgo monasterio monjil, en cuyos tallados coruscantes con tonos verdes y rojos, sonrío aún el fausto policromo del churriguerismo acicalado, cortesano y virreinal Ud. lo describe muy bien. Sobre las incomparables ventanas de reja en Trujillo, tan amplias y encrespadas, castizas y andaluzas, tiene Ud. una frase muy feliz: "seguras como una prisión, y ornamentadas como un poema gongorino".

Siguiendo su itinerario elegante, he pasado por "la lírica plazoleta de Santa Ana" humilde y pueblerina, pero

dulce y mimosa; y me he asomado a la Catedral, San Agustín y San Francisco, para admirar retablos con curiosos relieves. El púlpito del segundo templo ofrece ya contorsiones de pagoda. A las volandas, he visto el patio anchuroso y prócer de lo que fue residencia de los antiguos Bracamontes, Marqueses de Herrera, y su balcón de ángulo, tan de antiguo régimen; las esculpidas portadas de la casa de Aranda; y la marmórea y suntuosa mansión de Iturregui, a la manera neo-clásica con resabios románticos de mitad del siglo pasado, que llaman en Europa del Segundo Imperio o Isabelino ¿Por qué habrán quitado en ésta el oratorio, que completaba el ambiente? ¿Por qué el abandono y profanación de la Compañía y de Santo Domingo; y la desolación ruinosa de la hoy destechada y siempre leyendaria capillita de San José, en el camino de la romería a Huanchaco? Son malos signos, nó sólo estéticos sino éticos, de renegar de una civilización que no se puede reemplazar.

Pero no extrañemos que sigan los desastrados ejemplos de Lima. No han hecho en Trujillo sino repetirlos, exagerándolos a veces, y a menudo moderándolos, siquiera a medias. En la Catedral, como nosotros, han subido la sillería del coro junto al altar mayor que tiene detrás un interesante deambulatorio. Del trascoro bajo, sugestivo recuerdo de las sedes capitulares españolas y de los *jubés* medioevales, no subsiste sino un vistoso mamparón barroco. Ojalá lo conserven.

En lo único que discrepo de Ud. es en que no hallo severa y republicana la ciudad de Trujillo, sinó muy al contrario. El cielo más despejado y ardiente que el limeño, el verde tierno de los cañaverales, los laureles, las frutas, las enredaderas, las rientes y acogedoras fachadas diversicolores, los zaguanes pintados de claro, las espaciosidades de casas y salas, que pregonan la holgura y el rumbo de quienes las edificaron; todo concurre a una im-

presión alegre, muy parecida a la del Sur de España e Italia, y sobre todo muy tradicional y genuina *yunga*, típica de nuestra blanda, perlada y nacarina región costeña, esta zona de dulzor y molicie entre los Andes, el mar y los desiertos, especie de Arabia feliz y velada, cuyas únicas plagas fueron en lo pasado colonial su propia regada y excesiva blandura, los terremotos y el temor a los piratas: —esos exactores piratas que, de extranjeros se trocaron con la edad presente, en continuos e intestinos. Trujillo es una hermosa criolla de raza hispana, linajuda, muy señora y algo *snob*, ya un tanto madura y otoñal, pero con restos considerables de su tropical belleza. Es graciosa, amable y expansiva, no obstante su provinciano orgullo. Por presunción, engreimiento y monerías, finge que desdeña su progenie ilustre, y que es despreocupada, progresista, izquierdizante y *a la moderna*. Viste todavía la ancha y sedosa bata de antaño y el rico pañolón de color que descubre sus atavismos españoles; y en la abundante cabellera, apenas gris, y en el soberbio pecho se adorna con los jazmines y los encajes que evocan sus lujosas ventanas enrejadas. Lástima que se engalane también con baratijas, anillos y collares de pobre similar, de bazar cosmopolita avulgarado, como ciertas ideologías, reconstrucciones y pseudo monumentos. Mas vence todas estas adulteraciones el heredado señorío. Al cabo, los dictados de la raza y la voz de la sangre harán que no abandone su cultura propia por la inferior pacotilla intrusa.

En otro artículo, el de Lambayeque, expresa Ud. incidentalmente una honda consideración sobre la arquitectura de la Colonia, su *gravedad de proporciones*, su majestad, a ratos muy solemne y cuadrada, sus robustas moles a las que no alcanzan a disfrazar las extravagancias del decorado, la fantasía casi indostánica de la escuela de Churriguera. Así es en toda verdad; y ha acertado Ud.

al reparar en el esencial contraste. Hay que ver, como Ud., la perpetua oposición, la viva antítesis entre los retablos y portadas de filigrana, los dorados pegadizos, las barandas redondeadas, las claraboyas amenas y las torres ponderosas, recias, la adustez potente de los largos muros ciegos, la austeridad de los barrotes, la altura de las techumbres, y lo grandioso de escaleras y cúpulas. Hay siempre fuerza viril al lado de sus aparatosos follajes. Y esto no sólo en los capitales edificios eclesiásticos, sinó en los particulares de nota, desparramados por nuestro territorio, cuando aún no han sido arrasados o mutilados por la incuria. Y es que, como el arte exterioriza una idea fundamental, junto a la decoración enfática, desbordante, redundante, quizá ingenua y pueril del barroquismo español, se encumbra un ideal de disciplina y religiosidad, energía, poderío y altivez. También lo hay por cierto en la ceñuda regularidad incaica y en la magnificencia extinta de Chanchán, cuyas ruinas entre arena acabo de recorrer, análogas a lo que imagino, a las ninivitas y caldeas. En cambio qué represente y signifique nuestro arte desde hace un siglo, dígallo la chabacanería infinita de sus extranjerizadas y endebles obras, que flamantes parecen ya disiparse, gemir y caerse, de puro serviles, mezquinas y lamentables.

Las sueltas páginas de Ud. han reanimado mis recuerdos de Ayacucho y de Ica —la noble mestiza fiel, y la bruna y garrida morisca—; y han estimulado mis deseos de visitar los templos de Huancavelica, que fue la ciudad serrana, gemela de Potosí.

Muy interesantes sus observaciones sobre las voces castizas y arábigas que perduran en la comarca iqueña. Sobre Enrique Garcés, el minero portugués, de Huancavelica, le recordaré que él o su hijo fué el literato, traductor de Camoens y el Petrarca; y sobre los deudos de Santa Teresa, que no los hubo sólo por Cépeda y Ahumada, en

Lima y Quito, sinó también por el apellido Dávila, en Lima y Trujillo. Como la tradición oral, en todas partes confunde o duplica personajes o dignidades, advierto que nunca hubo en Ayacucho marqueses de Cabrera ni de la Totorá, desconocidos en el nutrido catálogo de los títulos peruanos. El baile de *yunza*, que Ud. pinta, en Ica y Chiclayo, está muy difundido en el Perú, según puede comprobarse con lo que dice el primer libro de Pedro Benvenuto.

Deploro como Ud. el cambio de los pintorescos nombres antañones de las calles, por los modernos, con frecuencia incoloros o muy monótonos, repetidísimos. Eso no lo entienden o lo consideran manía risible, los ignaros en Arte e Historia. Me duele igualmente que la ortografía tradicional de Cuzco, Nazca y Huaraz, con *z*, ortografía tan españolizada, ya tan arraigada y justificada por el uso, se destierre, barbarizándola al sustituirla con *eses* que carecen hasta de razones etimológicas autóctonas, pues el sonido de las consonantes quechuas es muy diverso de las nuestras. Es el tal un disparate pedantesco, que insulta a la historia y al buen gusto, a la legítima y asentada costumbre y hasta al sentido común.

Quizá lo que más me agrada de todo su precioso tomo, son la descripción de la ciudad de Ayacucho, tan colorista, poética y añorada y el viaje a Huanta, con su diversidad de climas, su *folklore indio*, y el invicto lema: *Jamás desfalleció*. Y como afortunada alternativa con esas regiones melancólicas, cargadas de pasado, henchidas de memorias, —tales las viejas Huamanga, Huancavelica y Cajamarca—, desenvuelve Ud., al fin del volumen, la feraz inmensidad del Perú de lo porvenir, de la Montaña (nombre cuya castísima acepción reivindica Ud. óptimamente) las huertas de Moyobamba, los alrededores de Iquitos, la cordialidad loreta, la pompa de las orquídeas, los verdes abismos de las selvas vírgenes, las auras y los perfumes

del soberano Amazonas. Todas estas visiones del Perú son a la par obra literaria y obra patriótica de innegable mérito, de educación cívica, de vulgarización geográfica e histórica, de utilísima propaganda nacionalista, porque no puede querer bien a su tierra quien la desconoce en sus aspectos físicos y sociales, presentes y pretéritos, ni acertar con el futuro de ella quien ignora su fisonomía y antecedentes. Nuestro Perú necesita y reclama ser conocido y apreciado de propios y extraños. Sus paisajes son originales y nobles; su historia fue de prodigiosas vicisitudes y opulencia proverbial. Tierra fatídica y trágica, y a la vez graciosa y risueña, mansa y terrible de arrullos, de siestas y de catástrofes; de desiertos y de vegas fertilísimas; de albas cumbres, de médanos y de vergeles; de cóndores señeros y de gráciles llamas; de leyenda y de epopeya. Tierra que no es vulgar, que tiene características, sello y ambiente inconfundibles, a pesar de sus olvidos, omisiones y desmayos cuando sus turbas carecen de eficaz dirección consciente. Tierra ilustre y pía, a la vez joven y arcaica, embebida en tradiciones y recuerdos, grávida de ocasiones y esperanzas, que con íntimas voces sabe hablarnos de lo que fué y lo que debe ser. Digna de soldar y reanudar sus imperiales destinos; y alzándose sobre menesteres íntimos y plebeyas poquedades, de florecer en un limpio y luminoso ideal.

A los que saben verla y amarla, como Ud., va mi enhorabuena más sincera, mi simpatía más efusiva.

XIX

EL LIBRO DE MARIA TERESA LLONA

*Esta carta se publicó en El Comercio, de
Lima, el 16 de febrero de 1931.*

Chorrillos 7 de enero de 1931

Señorita María Teresa Llona.
Miraflores.

Mi delicada amiga:

CON vivísimo placer he leído sus preciosos versos de *Celajes*. Sin desconocer ni regatear los méritos y encantos de la Segunda Parte, cuyas pinceladas hacen recordar a veces su parentesco (que es inconsciente fuerza consanguínea) con el egregio D. Numa Pompilio, gloria indivisa del Ecuador y del Perú, prefiero en usted las poesías de la Primera Parte, en especial *Plegarias* y *Soledad*. . Las hallo más personales, *más suyas* y más modernas. No suele ser este último epíteto para mí de elogio incondicional, principalmente en cuanto a la técnica y al pensamiento se refiere; pero en son de sincero elogio lo aplico al caso de usted (por mucho que su versificación sea la tradicional o la usual), y es porque se trata de un caso de modernidad íntima, no buscada ni artificiosa, de un brote de subjetivismo ingenuo y fresco, más aun en el

sentir que en el decir; y que, sin saberlo tal vez usted misma, la asemeja en el fondo a varias poetisas europeas contemporáneas. Y no ya con ellas sinó con las de la generación pasada, florecida a fines del siglo XIX y a principios del XX, podrían descubrirse en usted curiosas y profundas analogías, singularmente con la inglesa italianizada Contessa Lara y con la norteamericana afrancesada Renée Viven. Al primero y rápido examen crítico no deja de maravillarse que una niña virginal como usted, criada y conformada en tan puro ambiente doméstico, traiga a la memoria las expansiones líricas de esas dos trágicas pecadoras. Mas las inmensas y para usted tan felices y honrosas divergencias externas desaparecen ante la virtud del Arte, que depuró y ennobleció la inspiración genuina de aquellas poetisas tan desventuradas como exquisitas, adoradoras de la tristeza, sacerdotisas y víctimas del amor infeliz. Usted es también, en sus juveniles versos, cultora de la melancolía y el pesimismo, precoz alumna del más acerbo desencanto. La composición *En silencio* es de ternura desgarradora; y en *Hermano, Como todos* y *Crepuscular* se encierra el purísimo y eterno drama que de la confianza amistosa va, por conocidos y crueles grados, al amoroso apasionamiento, la ausencia y la decepción final.

Reciba usted, mi selecta amiga, con el homenaje de mi más viva simpatía, el parabién más efusivo de su entusiasta admirador.

X X

ELOGIO DE DON JOSE MARIA EGUREN

Discurso pronunciado en el sepelio de José María Eguren, el 20 de abril de 1942. Se publicó en El Comercio, de Lima, el 21 de abril de 1942, p. 7 y en el Mercurio Peruano, nº 182, Lima, mayo de 1942, p. [269]-270.

LA Academia que dirijo, Correspondiente a la Española de la Lengua, viene con mis palabras a rendir su fúnebre tributo en los bordes de la tumba de José María Eguren. Hace un año lo elegimos colega, en acto espontáneo de simpatía a los singulares, refinados y novísimos méritos de sus versos tan complicados y oscuros, pero a menudo tan exquisitos y tan influyentes en las letras peruanas, y aún en las hispano-americanas en general.

Lo incompleto y difícil de la reconstitución de nuestra Academia, contrastada por azares y deficiencias que soy el primero en advertir y deplorar, y sobre todo el precario estado de salud del compañero electo, cuya muerte hoy nos congrega y aflige, impidieron su pública recepción, que anhelábamos como muestra de justicia a su persona, y de premio y aplauso a sus esfuerzos, no por sutiles menos lícitos y apreciables. Porque a despecho de la incomprensión del vulgo, que desdeña y mofa cuanto no alcanza, los tildados de académicos rutinarios sabemos muy bien que

surgen de continuo, en poesía, innovaciones y atrevimientos plausibles y a veces regeneradores. Todo el arte no se limita a la uniformidad maciza y luminosa, a ratos monótona y aplastante, de las épocas pseudo clásicas. La estética no se reduce a Boileau y su prosaicos imitadores del siglo XVIII. Hay encantos y hermosuras, no sólo en las mañanas translúcidas y en los radiantes mediodías estivales, sino también en las nieblas de otoño y en los sombríos y abigarrados crepúsculos. Cuando las literaturas agotan las más ostensibles bellezas, las ideas y sentimientos cardinales, los colores simples, la diafanidad y las notas puras, las armonías harto simétricas y acompasadas, queda todavía el recurso de lo complicado y barroco, de lo enigmático, preciosista y delicuescente. Llega el momento de explotar rincones de sensibilidad incógnitos, resonancias hasta entonces insospechadas. La inspiración, hastiada del extremo intelectualismo, se refugia en la penumbra inconsciente, inefable, impalpable y misteriosa. Tal ha ocurrido en todas las literaturas y no sólo en las asiáticas, con sus perpetuos logogrifos amanerados. Los tenemos en la griega alejandrina con Licofrón, el poeta tortuoso por excelencia; en la romana con Persio, en los simbolismos de los mayores vates medioevales, en el marinismo y el eufuismo renacentistas, en nuestro gongorismo tan castizo y que fue tan peruano, y en la escuela francesa de Mallarmé que culmina ahora con Paul Valéry. El arabesco es una decoración caprichosa aunque geométrica, antirracionalista y si se quiere aconceptual, que tiene cabida ahora y siempre en lo plástico y lo literario de todas las culturas. José María Eguren, en nuestro modesto medio, fue el genuino precursor de los tan multiplicados vanguardistas. No hay que regatearle el reconocimiento de su significación y originalidad. Metáforas extrañas, ingenuidades sugerentes, asociaciones sólo emotivas, ecos subterráneos, palabras evocadoras, frescos infantilismos, sus

estrofas irregulares obtienen una innegable eficacia de ensueño. Agradecemos al difunto poeta su sortilegio de fantástica liberación.

Como hombre era sencillo, casi pueril, profundamente honrado y bueno, desarmado ante las astucias y ruindades de la vida. En estos tiempos duros y tristes, él se absorbió en sus blandas quimeras de cuentos de hadas; se envolvió en nubes de hechizos, en tenues arreboles de nostalgia. Ante su sombra delgada y leve que se esfuma, tras de haber ejercido real influjo sobre la poesía de la América Española, recojámonos amigables y devotos un instante. Y en esta postrera ocasión de confraternidad académica con el fallecido simbolista vasco-limeño, expresemos el homenaje de nuestro aprecio y nuestro afecto por su dulce y melancólica memoria, y elevemos una oración por su alma, tan franciscana y seráfica.

X X I

PROEMIO AL LIBRITO DE *M. DE STRO*

Prólogo inédito a la obra en prosa y verso, que ha quedado también inédita de la señora Rosa Sosa de Miró Quesada, escrita bajo el seudónimo "M. de Sirró". El prólogo autografiado tiene fecha 20 de noviembre de 1943 y nos ha sido proporcionado por el Dr. Aurelio Miró Quesada Sosa.

LAS páginas que con tanto agrado prologo, no son ni presumen ser específicamente literarias; y lo declara sin ambages, con modestia excesiva, su distinguida autora, en la tierna dedicatoria a sus hijos que la precede. Quiere, según ella, reducirse a un círculo íntimo, casi a una ofrenda familiar. Esta reserva púdica y temerosa, sin humos ni asomos de vanidad alguna, confiere a los breves escritos que van a leerse, sus características de sencillez, concisión y delicadeza de alma; su sentido de alto decoro, expresión de una índole dulce y refinada, en la espontánea forma que avalora los rasgos de las plumas femeninas, cuando son, como en el caso presente, de meras aficionadas a las letras, ajenas a toda pedantería, a la vez ingenuas y señoriles.

Estos cortos relatos, muy significativos a menudo, que semi involuntariamente se dan al público por damas de sociedad y educación selectas, y que no son de profesión novelistas, hallan honrosos antecedentes en todas las literaturas. Bastará recordar en la francesa a la Duquesa de Duras y a la Condesa de Auinoy, y en la nuestra a

Doña Teresa de Fanning y a Doña Amalia Puga de Losada, tan grata y apacible en sus cuadros cajamarquinos de *El Voto* y varios cuentos.

El optimismo de nuestra excelente y discreta amiga es como una agua fresca y clara: antídoto al tósigo de los cocteles, a que equivalen las novelas contemporáneas, así extranjeras como nacionales. Es agua pura y refrigeradora, gracias a su propia limpidez. Para el sabor picante complicado, alambicado, le falta por felicidad la malicia malsana. Para la trágica amargura, tonificadora por aceda y áspera, le han sobrado la buena dicha y los halagos de la vida, no obstante las *horas tristes*, sin duda pasajeras, a que se refieren sus palabras liminares. Ojalá se conserven, por las venideras generaciones femeniles, la sobriedad, la óptima salud moral y la exquisita decencia atestiguadas en los escritos de la tan respetable señora oculta bajo el mencionado pseudónimo de M. de SIRRÓ. Tras los sucintos párrafos de su novelita, aparecen los bienhechores influjos que, como madre justamente venerada, hace prevalecer en su ejemplarísimo hogar: tales su acendrada religiosidad católica; su recuerdo de Santa Rosa, cuyo nombre lleva; su horror al divorcio y a la demagogia comunista; y su amor ferviente a la herencia española, a todo ese conjunto de inseparables tradiciones luminosas, que denomina con pintoresca metáfora *la estela hispánica*, y constituye en verdad nuestro único rayo de sol contra las densas tinieblas, nuestro salvador derrotero histórico en medio de la confusa y embaucadora caligine de la crisis actual, del propio modo que lo fueron y son, para preservar el espíritu y resucitar la insustituible esencia de sus respectivas civilizaciones, el baluarte del cristianismo oriental de los bizantinos griegos y balcánicos, y el romanismo de polacos e irlandeses.

Otras veces se traduce de consuno la influencia de su hijo, tan docto y sagaz maestro de peruanidad, como

cuando habla del Inca Garcilaso de la Vega, adecuada cifra de la perfecta fusión en la dúplice herencia patria; o cuando insistiendo en las remembranzas virreinales, alude a la entrada de la primera Virreina que vino a Lima, y por cierto con muy lucido séquito, Doña Teresa de Castro y de la Cueva.

En su escenario, esta miniatura de novela nos ofrece lo típico del abigarrado Perú de hoy, a la par castizo y modernizante, hispanista y yancófilo. Principia a orillas del mar, en los románticos plenilunios, en los balnearios a la moda y en los ensanches recientes de Lima, atestados de imitaciones o simulaciones churriguerescas. Prosigue en los valles costeros, de cielo gris perlado, de tintas otoñales y opalinas, con tapiales ocres y huertas criollas, propicias a las pachamancas y a las lidias de gallos, a las novilladas y al desenfrenado baldeo del incorregible Carnaval. Se oyen acequias susurrantes. Cantan y repican los macizos campanarios de las parroquias encaladas. Como fondo, alfalfares y algodonaes; las malezas del monte bajo de algarrobos y carrizos, las arquerías multicolores de las haciendas; y al occidente, la resaca de las playas bravas, peñascosas y arenosas, doradas sólo en el fugaz trimestre del estío. Luego se embarca la pareja de los recién casados; y ve desfilar desde el buque el rosario gris o nacarino de las desiertas pampas, rematado, a modo de un genuino *denario* colonial, con el tallado berilo verdemar de un oasis, medio encubierto por la plateada filigrana de las costas y las nieblas. Llegan los novios a los bosques tropicales de Panamá, tan entremezclados con nuestros recuerdos de literatura regional, desde la *Dragontea* de Lope; y visitan las ruinas de las iglesias y fortalezas de Panamá el Viejo, que el antañón Conde de la Granja llamó "*candado de doble armella, que guarda nuestro Océano*" (Canto Décimo). Acaba el viaje de luna de miel en Nueva York, según es de rigor ahora; y en

Madison Square ocurre la muy leve peripecia: el desengaño de Raúl al descubrir como amazona de circo ecuestre a la *miss* de los ojos glaucos, que encelaba a la Gladys limeña.

La Señora de Sirro es igualmente poetisa, así como lo fue su pulquérrima y delicadísima madre, que por extremosidad de escrúpulos y orgullosa timidez quemó cuanto había escrito. Su digna hija felizmente no llega a tanto; e intercalados en la prosa de su breve novela o en la revista *Estampas* nos ha permitido saborear algunos versos de amable arcaísmo y musical fluidez, flébiles notas de un galano clavicordio:

*Cuando una viene, otra es ida:
No ha lugar comparación...*

(*Divagaciones*)
(*Estampas*, Enero de 1941).

La inspiran de preferencia las bellezas naturales: las aguas, las flores y los atardeceres. Celebra, con innegable estro, en sus escasas pero sentidas rimas, la mansa insistencia de los raudales y la constancia vigilante en el trinar de las aves:

*Corre siempre aguas abajo
El arroyo cristalino,
Y no le ponen atajo
Los guijarros del camino.
Cumple siempre su destino
El pájaro en su cantar...*

(*Navidad*)
(*Estampas*, Diciembre de 1940).

A estos lampos de poesía legítima, que ponen un asiduo providencialismo y un esfuerzo de ética perduración en los más deleitosos espectáculos campestres, suceden los simbólicos loores de las rosas cultivadas en jardines cerrados y cuidados:

*Tengo un jardín primoroso,
Y en él plantados rosales...
Una recuerda a mi amado
Rubia y leve, mi tesoro...*

Otras, de diversos matices:

*En mí evocan la atractiva
Niña color de manzana,
Cuya gracia me cautiva*

Otra:

*...La rosa color de té,
Que también recordaré
La tez mate que adoré.*

Las albas y deshojadas, prematuramente marchitas:

*Las rosas que buyeran,
Sin que al Sol lucieran
Sus pétalos blancos y su áurea corola...*

(En *Estampas*, Noviembre de 1940).

Es una fragante cascada de flores: nó las rosas encendidas y paganas de Anacreonte, de Marcial y de Ronsard; ni las húmedas y temblorosas del *Pervigilium Venaria* ni las barrocas y enigmáticas, melancólicas y oscuras, de Rioja

y de Góngora; sino las menudas y olorosas rosas criollas de Lima, criadas en el vergel de la Santa, y trasladadas del sacro viridario de un claustro conventual, a los pulidos arriates de un muy honesto y envidiable palacete familiar moderno.

X X I I

LAS CONDICIONES LITERARIAS DEL PERU

Discurso pronunciado en el homenaje que le tributó la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, de Madrid, el 17 de diciembre de 1939. El texto íntegro ha permanecido hasta ahora inédito. Riva-Agüero repartió versiones mecanográficas, con dedicatorias autógrafas, a algunos de los asistentes. Una de esas copias cuya dedicatoria reza: "A mi querida prima la Condesa de Sierrabella, con un afectuoso abrazo de simpatía tradicional. J. de la Riva-Agüero", nos ha sido proporcionado por Guillermo Lohmann Villena. Usando una frase del texto hemos puesto título a este discurso.

PARA agradecer este acto amabilísimo, conmovedor, que es un espléndido, pródigo y vibrante homenaje con que la Asociación de Escritores y Artistas me honra y me abrumba, y en que participan ilustres autores y eminentes personalidades, y entre ellos, por mayor y más exquisito halago, varios de mis más antiguos y queridos amigos de España, me permitiréis que, oprimido yo de la misma gratitud, porque el exceso de favor en los reconocidos, como lo estoy, suele sellar los labios, me limite a leer unos breves apuntamientos sobre las específicas condiciones literarias del Perú; ya que la mayor satisfacción es para mí tratar de mi país lejano, estudiarlo y divulgarlo, y panegirizar sus filiales derivaciones de la perpetua Metròpoli, pues son inseparables, recíprocos y corroborantes los dos sagrados cultos a mi patria peruana y a la entrañable Madre Patria.

Según he procurado patentizarlo desde mis ensayos críticos juveniles, que en esto por lo menos no necesito rectificar, la literatura del Perú, no obstante los que por ignorancia la confunden con el montón de las *tropicales*, es una literatura templada, mesurada, fina, con palmarias tendencias a la regularidad y al clasicismo, a la gracia ática y risueña, a la airosa desenvoltura y al agudo epigrama, y en la que, como contraste a esos módulos y directivas, irrumpen de tiempo en tiempo el gongorismo paramentado y ensortijado, y la declamación enfática, para remansarse bien pronto en la tersura criolla, más propiamente limeña, o en el nostálgico lirismo serrano. Estas alternativas de medida y de hinchada exuberancia, de armónica discreción y de pompa retórica, tomados en un sentido muy amplio y general constituyen sin duda el ritmo de todo proceso en arte, y hasta la esencial antinomia del espíritu humano; mas en el Perú, con ostensible felicidad y prevalecimiento final del instante lógico, normativo y clásico, arrancan dichas alternativas su inspiración de la antítesis entre los paisajes de las dos principales zonas, la Costa y la Sierra, y tienen también sus manifiestos antecedentes en el arte indígena o prehispano.

A pesar de nuestra latitud cosmográfica, el clima peruano característico no es el tórrido amazónico; no es la selva enmarañada, la agobiadora opulencia vegetal de nuestra remota e inhabitada Montaña; lo son, al revés, los descampados y sobrios escenarios de la Costa y de la Sierra. La Costa arenosa, cuyos cincuenta oasis parecen diminutivos de Egipto, atemperado casi siempre el ardor del sol por un palio perlino de brumas tibias. La Sierra, cuyas moles andinas, alfilereadas apenas por hoyas cálidas, reproducen el aspecto de vuestras parameras de Gredos o de vuestras breñas del Guadarrama y la cordillera Cantabra, y sobre cuyas mesetas del Titijaja, de Bombón o de las demás innumerables punas, refulge un cielo azul pero

glacial. En esas alturas de los Andes la línea lo es todo, y es vertical, angulosa, grave y clara. El valle de la Costa, en su muelle humedad, es como una curva alhaja de verdes miniaturas, realzada en su sencillez por los arábigos desiertos circundantes. Correspondiendo a tan distintas y respectivas fisonomías, la Costa, desde hace milenios, engendró un arte en verdad barroco, que va desde la colorista y complicada alfarería de Nazca al vigorosísimo naturalismo chimú y a los abigarrados mantos de plumas, arte superior en riqueza, flexibilidad e inventiva al mejicano; y la Sierra, con los Imperios preincaicos y el Incaico, acumuló monumentos semifaraónicos, rectilíneos, severos, recios, gigantes, en que la adustez, al menos durante el posterior período indígena, se combinó a menudo con los suaves matices violetas y granates de las tapicerías y la cerámica, y dió paso a la mórbida y ágil elegancia de los vasos aríbalos, que no son indignos de la Grecia arcaica. La lírica quechua es concisa, bucólica, misteriosa y sollozante, como vuestras canciones gallegas. El drama indio *Ollanta*, aunque muy influido ya en su actual redacción por el teatro castellano, es todavía más tierno y elegiaco que épico. Esta mezcla de fiereza y de dulzura, de fantasía y de razonable proporción, de intimidad y de afiligranado ornato, de pesada reciedumbre y de prestancia, ha pasado por herencia incaica al mestizo, y reaparece hasta en la producción contemporánea.

Nuestros españoles progenitores aportaron desde luego, en calidad de elementos predominantes, casi todos los temas hispanos, con la doble polarización del alma peninsular: el señorial idealismo quijotesco y el realismo popularista y picaresco, tal como lo he explicado desde el primero y más deficiente de mis libros. Pero la dualidad española no radica sólo en esta invicta contradicción entre el alto ideal caballeresco y el coexistente y crudo realismo, sino en la oposición, mucho más compleja, moral y cultural

tanto como geográfica, de lo norteño y lo moruno, de lo castellano y lo andaluz, para precisar con mayor evidencia las cosas. Los blancos del Perú, y más especialmente los limeños, representamos, hablando con la sinceridad debida, por efectos del medio y los atavismos, una fusión de castellanos atenuados en la moliche criolla, y de extremeños y andaluces empalidecidos en cuatriseccular decurso. Mas esa misma tenuidad favorece la moderación, que frisa en lo clásico, y aspira al buen gusto y la finura. Permite así legítimas esperanzas, confirmadas por algunos indudables logros de nuestra historia literaria antigua y moderna, cuando no han faltado en la educación esmero y disciplina.

Con el arcaísmo propio de las empresas coloniales, que acostumbran revivir lo ya difunto o crepuscular de las metrópolis, los conquistadores, nuestros antepasados, nos llevaron las coplas de arte mayor a lo Juan de Mena, y la predilección por los metros cortos preitalianos y por los romances viejos, por ejemplo el del Conde Fernán González. No faltaron, hasta bien mediado el siglo XVI, romances compuestos en el Perú, como los que se cantaban sobre la guerra civil de Girón, en que son de advertir las dulces querellas de la mujer del caudillo, Da. Mencía de Almaraz Portocarrero, y sus despedidas en el castillo de Pucara. La misma vena de terniza inspira los versos de los españoles *peruleros*, de los adaptados a la tierra, en todo el primer siglo del Virreinato; la traducción de Ovidio, y la melancolía y vaticinadora elegía en tercetos *Las ruinas de Andamarca*, por Diego Mejía de Fernangil; las versiones de Petrarca y Camoens por Enrique Garcés; y el limpio y cristalino poema épico religioso *La Cristiada* del dominicano Padre Hojeda, en que la patética efusión, el bullidor manantial de afectos místicos, se adorna, como con labrados brocales marmóreos, con imitaciones del Tasso, mientras en el fondo, secreto y angélico, tiembla el puro rielar de las estrellas. Es como un cuadro de Roelas

o de Luis de Vargas, en que ya amanece la hespérica luz, rosada y rubia, de Murillo. Así como en la pintura los maestros romanos y napolitanos (Mateo de Alessio, Angélico Medoro) preceden a los sevillanos en Lima o concurren con ellos, así también la escuela italiana invade triunfalmente nuestra literatura, a través de la española y aún en directa aproximación, según consta de los del grupo de la Academia Austral y por la *Miscelánea* de Dávalos y Figueroa, que incluye una disquisición sobre la lengua toscana y una traducción del napolitano Tansillo.

El más sesudo y correcto de los escritores de la Conquista y las guerras civiles fue el vallisoletano Agustín de Zárate, competidor en severidad maciza (como lo ha indicado hace un momento el señor Araujo Costa) del Padre Sigüenza, y agregó yo que del desadornado estilo arquitectónico de Herrera, y muy próximo pariente de los vizcaínos del mismo apellido, el primer Oidor de Lima y los célebres pobladores del Río de la Plata.

Pero el mayor y más apacible renacentista entre los peruanos de la primera centuria es un mestizo de extremeño y de princesa incaica, prócer de las letras y la sangre, el Capitán Garcilaso de la Vega, delicioso traductor de los *Diálogos* platónicos de León el Hebreo, y narrador insuperable de *La Florida* y los *Comentarios Reales*. He dicho de él, y no me desdigo, que es nuestro Heródoto; es el ingenuo y lácteo cronista de la perfección espontánea. No hay que hacer caso alguno a su propósito de las vacuas o empozoñadas necedades que, con pretexto de apología o de dicitario van apiñando sobre él los que lo desconocen o pretenden falsificarlo, en soflamas de zafios o en pseudo-biografías anoveladas. Hay ante todo que leerlo y saborearlo, y dejarse ganar con honradez por el encanto de su prosa, fluída, musical y transparente, como un fresco arroyo. No hubo en él ninguna de las dobleces que sus adulteradores y calumniadores urden. En su alma buena

y noble, afectuosa y soledosa, alimentó y enardeció la llama dúplice de amor a su alcurnia y tradición castellanas, y a su materna y añorada estirpe incaica. Fué el acabado símbolo del genuino ideal peruano. Después de Garcilaso vienen dos mujeres, dos poetisas anónimas, embebidas en los clásicos latinos e italianos: la del *Discurso*, en magistrales tercetos, en *Loor de la poesía*, y la huanuqueña *Amarilis*, la monja enamorada idealmente de Lope de Vega, sobre cuyos probables apellidos varias veces he disertado.

Desde los días siguientes a la Conquista, los mejores libros clásicos se vendían y propagaban. Por un curioso documento que conservo en mi archivo familiar, sabemos que en la almoneda de bienes a la muerte del injustamente vituperado y verdadero mártir, Obispo del Cuzco, Fray Vicente de Valverde, el primo y Capellán de Pizarro, se remataron, entre otros volúmenes, los de los cómicos latinos y los tratados de Erasmo; y fué uno de los compradores el Capitán y cronista Juan de Betanzos, marido de la Princesa Da. Angelina, la hija de Atahualpa, porque todos los conquistadores no eran analfabetos, ni menos lo eran sus hijos ni los ayos de éstos. Muy al contrario, los refinados sonetistas que exornaban los prolegómenos de las primeras obras impresas en Lima, o que figuran en las enumeraciones del *Canto de Caliope* y del *Viaje del Parnaso* de Cervantes, fueron encomenderos principales, prole de los Tenientes de Pizarro. Muchos ingenios andaluces, como el polígrafo Miguel Cabello Balboa, natural de Archidona, determinaron nuestra literatura criolla primitiva, que vino a ser por ellos una filial de la bética, cuya alegre blandura reproduce.

Desobedeciendo las leyes pasaban al Perú en crecida cantidad los libros de caballerías. Como antídoto, fueron las novelas pastoriles y las de Cervantes. El *Quijote* fué conocido y gustado inmediatamente. De las otras obras cervantinas, las más leídas, según se observa por los inventarios

de los libreros, eran el *Persiles* y la *Galatea*, de los místicos, los dos Luises, el de Granada y el de León, y atraía en gran manera como colorista Malón de Chaide. El teatro castizo obtuvo eco muy sonoro, por las compañías de cómicos que iban de España a Lima, y recorrían luego todo el Perú. El repertorio favorito era naturalmente el de Lope de Vega y sus discípulos más próximos, hasta mediados del siglo XVII. Pero hubo también autores y actores criollos, en muy regular número, de autos sacramentales, comedias de santos, entremeses y sainetes, cuyos nombres ha desenterrado el joven historiógrafo Lohmann Villena. El Marqués de Montesclaros introdujo en la prosa oficial la redacción cortesana, acicalada y amanerada, como es de ver por su memoria gubernativa; y aunque el sucesor en el Virreinato, el Príncipe de Esquilache, dió en prosa y verso, con sus escritos y su Academia, ejemplo muy opuesto y preferible, de tersa y casi incolora simplicidad, la imitación de Góngora, desde 1630 se extendió, arreció hasta el frenesí, y perduró por más de ciento veinte años. El sobrado amor a las curiosidades y lozanías de dicción, en la prosa y en la lírica, que contrapesa de continuo entre nosotros las propensiones clásicas, influyó, tanto como la moda, en la victoria y arraigo del gongorismo. El mejor apologista de Góngora, el más certero y penetrante en lo paradójal, fué el canónigo mestizo cuzqueño Espinosa Medrano, apodado el *Lunarejo*, prosista y poeta eximio en castellano y en quechua. Sólo muy pocos versificadores, verbigratia el Oidor Sanabria, traductor de Marcial, prefirieron la sana sobriedad y llaneza del antiguo estilo, al profuso encarrujado de volutas multicolores, de ébanos tallados y de capiteles de jaspé y mosaicos que sugería y emulaba el culteranismo. El satírico Juan de Caviedes, imitador y a veces glosador de Quevedo, y en las poesías de su arrepentida vejez, de Calderón, se limitó a reflejar la parte inferior y chistosa de la obra del Señor de la Torre de Juan Abad. Ni Ca-

viedes ni los restantes criollos peruanos atinaron a penetrar en la alteza sombría y soberbia de este nervioso estilista, de este enjundioso y soberano moralista, a quien ahora me complace ver tan reverenciado y seguido entre vosotros, en especial por los poetas jóvenes, para los cuales reemplaza hoy a la antigua fascinación gongorina de hace un decenio o más. Quevedo no fué justipreciado por la generalidad en el Perú virreinal, como no lo ha sido en parte alguna hasta nuestros días, por mucho que un Virrey, idólatra suyo, hiciera callar y bajar del púlpito a un predicador que hablaba con desdén de *Los Sueños*. Entre los escritores religiosos, los más notables y de mayor jugo fueron el místico jesuíta Alvarez de Paz y el agustino Valverde. Calancha es un entretenido precursor de Fray Gerundio, y el castellano viejo Fray Bernardo de Torres, un decoroso y reposado hablista.

A fines del XVII y principios del XVIII, el Conde de La Granja, madrileño oriundo de Salamanca y tan acriollado en el Perú, hace en su *Poema de Santa Rosa*, entre vapores densos y crestados, ondear todos los trémulos penachos gongorinos, según lo entona en briosas octavas descriptivas. Colabora en la Academia del Marqués de Castell-dos-Ríus, que es como el último remanente del equivoquismo, del conceptismo y del culteranismo, como el archifamoso cosmógrafo D. Pedro de Peralta Barnuevo, el amigo de Feijóo, y a la vez gongorino desaforado, comediógrafo, zarzuelista, adaptador de Corneille y de Moliere, y discípulo de Descartes; y con su antagonista Bermúdez de la Torre, poeta más mitigado y ameno, que en tono menor engarzaba metáforas, zumbas y veladas melancolías, y que sin embargo se erigió en campeón del tradicional gongorismo contra Boileau y las reformas galicistas, en un perdido *Elogio de la elocuencia*, el cual hubo de ser algo así como la continuación del *Apologético del Lunarejo*.

Aislado de estos vates cortesanos, absorto en sus franciscanos claustros de los descalzos de Lima, Pisco y Huaraz, rimaba meditaciones místicas Fray Juan de Peralta, que nada de común tiene con su estrepitoso y fanfarrón homónimo D. Pedro. A pesar de ingenuidades excesivas, de prosaísmos, faltas de técnica y vulgares desmayos, se escuchan, en el jardín conventual de este asceta, si bien amortecidas, las apasionadas plegarias llameantes de San Juan de la Cruz. Por los humildes pero tan sentidos versos de Fray Juan de Peralta, y por algunos floridos romances y mimosas estrofas de Bermúdez de la Torre, se salva de condenación esta poesía criolla de la primera mitad del siglo XVIII, si es que no podemos considerar peruano al laberíntico pero gallardo Conde de la Granja. La segunda mitad es un erial pedregoso, hórrido, como las pampas de nuestra Costa, cuando las lloviznas invernales no reverdecen las lomas.

En el siglo XIX hay tres grandes figuras de neto criollismo: Felipe Pardo y Aliaga, Manuel Ascencio Segura y Ricardo Palma. Pardo en sus primeras poesías líricas es un clásico de pulcritud moratiniana, que después amplía el estro hasta asimilar, en traducciones e imitaciones muy estimables, el romanticismo de Víctor Hugo, como lo hizo su amigo y maestro Bello. Pero en sus sátiras, en sus letrillas, en sus cuadros de costumbres, y sobre todo en sus tres comedias, lo mismo que en las numerosas de su competidor Segura, hay una gracia y una bizzarria popular que recuerdan la manera de Don Ramón de la Cruz o las pinturas de Goya, no ciertamente el Goya de los grandes retratos ni de las aguafuertes trágicas, sino el de los tapices y las escenas campestres, en cuyo fondo el tono azul y tierno, que es como el sonriente adiós del Antiguo Régimen, modula y embellece el naturalismo localista del cuadro. Todas esas cualidades limeñas las condujo a su ápice Ricardo Palma, cuyas insuperables *Tradiciones* traen a la

memoria, por el lenguaje de sabio artificio, las *Escenas andaluzas* de Serafín Estébanez Calderón. Y al lado y algo detrás de estos personeros de la donosura criolla, cantaron, como en un coro, los prerrománticos y románticos, los suspirantes yaravíes de los indigenistas Melgar y Castillo; el sentimental Salaverry, a veces inefable; los clásicos Althaus y Juan de Arona, pesimistas y eruditos; y las baladas y rondes de acrisolada belleza del parnasiano Manuel González Prada, tan fulgurante y metálico en su prosa, como halagüeño y acariciador en el zumo precioso de sus versos de *Minúsculas*.

En nuestro siglo XX no puede callarse la engolada y estentórea voz de Chocano. Dejando aparte muchas malezas y alharacas de sus infra-huguianos, su concomitancia de vanos estrépitos con el mejicano Díaz Mirón y el argentino Lugones, ¿cómo negar, sin flagrante injusticia, que entre tantas improvisaciones, oquedados y livianos énfasis hay acentos magníficos, épicos, aunque sean a menudo de epopeya retórica, y que tiene piezas líricas de resplandeciente hermosura? Unas son como densas cataratas verbales, entre muy tupidas frondas, como los rápidos de los pongos amazónicos que en uno de sus poemas describió. Otras como las pesadas coronas hieráticas y los mantos recamados de topacios y zafiros y chaquira de perlas, para las imágenes sagradas de nuestros templos churruiguerescos. Otras, en fin —tales *Nocturno del retorno*, *Ciudad colonial*, *Noche de Guatemala*, *Tertulia vi-reinal* y muchas de *Oro de Indias*— son como las cruces de brillantes que ostentaban al pecho las marquesas de antaño, o como las turquesas y esmeraldas en las diademas de las emperatrices incas. Este genial aventurero de las letras no ha tenido en el Perú el séquito que era de suponer. Razones de índole diversa, y sobre todo las tendencias nativas a la parquedad y la elegancia, junto con las nuevas

corrientes de imitación, llevan a nuestra poesía por sendas menos fragorosas y ensordecedoras.

No podría hacer yo aquí el cómputo de los poetas mejores de la generación madura y de la reciente: baste de la primera, mencionar a José Gálvez, a Ventura García Calderón, tan insigne en verso como en prosa artística, a Luis Fernán Cisneros, a Percy Gibson, a César A. Rodríguez, y a dos que residen en Madrid y son de los más delicados y selectos: Felipe Sassone y Alberto Ureta. Es muy explicable, por lo que dondequiera ocurre, que los posteriores, los jóvenes, se hayan deslumbrado y seducido con el vanguardismo, el ultraísmo, el superrealismo y hasta el dadaísmo, que tan en contrario están de las más hondas características nacionales de racionalidad, proporción, simetría y medida. Sólo repetiré que el gongorismo, con todo su inveterado influjo, fué casi estéril, baldío de alma entre nosotros; que el arte es por esencia la adecuación de la idea a la forma, y que el lenguaje es un instrumento lógico, hereditario, histórico, en que la arbitrariedad topa con precisos e infranqueables límites. Por eso hay que esforzarse en mantenerlo dentro de su cauce principal y castizo, y evitar las extremas y diluviales inundaciones de neologismos, que devastan lo sembrado, arrasan lo edificado y traen, con el lodo hediondo, escombros embarazosos e inútiles y toscos guijarros. El que descoyunta y estraga por capricho el idioma, se deja arrastrar por el mismo alud revolucionario que en otros campos aniquila instituciones y patrias, porque todos los desenfrenos son solidarios y todos los anarquismos son hermanos, y a la larga provocan las mismas catástrofes. El desarreglo de las mentes causa al cabo el de las acciones. De ahí que el que cuida del léxico y regula los pruritos innovadores en gramática, aunque se le tache de académico y purista, realiza una tarea en alto grado clarificadora y saludable, de coordinación y esclarecimiento, no sólo estética, sino pedagógica, ética y social, y ha de ala-

barse a los que la ejercen, cuando la cumplen con tanto celo y acierto en España y en el Perú, como mi amigo de juventud y de siempre, Felipe Sassone.

Una de mis mayores y más fundadas ufanías se cifra en comprobar que en el Perú, y particularmente en Lima, hablamos el castellano con más pureza que en otras regiones de América. Es prenda y prueba del asentado españolismo que en nosotros reconocéis, según acabáis de decírmelo en vuestros tan generosos discursos, pues yo no soy una excepción entre mis compatriotas. Cuando usamos con fidelidad la propia lengua de nuestros abuelos, entramos con ellos en comunión de espíritu, con ellos nos unimismamos; y sus sombras reviven por nuestros labios, como en un solemne rito, a la vez familiar y racial, patriótico y religioso. El que por alarde infantil de novelería pedantesca afea y desquicia lengua tan hermosa y cabal como la de Castilla, se hace reo de un sucio sacrilegio. La tradición hispánica, que hemos de jurar conservar infrangible e incólume, es de historia, de costumbres y de creencias, y es también, y en primera línea, la de este maravilloso idioma, el más viril y sonoro de los modernos, el más semejante en rotunda majestad a su padre imperial el latín, el no menos imperial castellano, "alma inviolable de nuestra América", según lo acaba de definir con tanta precisión Da. Blanca de los Ríos; vehículo y forma substantiva de nuestra perfecta uniformidad esencial en ambos continentes, que en bien de todos anhelamos y procuramos sempiterna. Uno fué nuestro pasado consciente, una es nuestra cultura auténtica, uno ha de ser nuestro sino en los vaivenes del mundo, si hemos de evitar la incoherencia, que es la mengua y la barbarie.

INDICE ONOMASTICO

- ABAD, Juan *J.* ¶ 595.
 Abarca y Bolea, Pedro (V. Aranda, Conde de) Abarca de Paniagua, Andrés *J.* ¶ 40.
 Abascal, Fernando de *J.* ¶ 89, 93, 216.
 Abdiel-Abdona *J.* ¶ 323.
 Abó Aben *J.* ¶ 323.
 Acapulco *J.* ¶ 218.
 Ackermann, Rodolfo *J.* ¶ 107.
 Acarí *J.* ¶ 370.
 Acosta, P. José de *J.* ¶ 167n.
 Acton, Lord (Juan Americo Eduardo Dalberg) *J.* ¶ XIV.
 Acuña, Iñigo *J.* ¶ 200.
 Adramelec *J.* ¶ 323.
 Adrián *J.* ¶ 506.
 Afán de Rivera, Fulgencio *J.* ¶ 418.
 Africa *J.* ¶ 35, 243, 304.
 Agüero (familia) *J.* ¶ 4, 31.
 Agüero y Añasgo, Jerónimo *J.* ¶ 287.
 Agüero y Bravo, Ambrosio *J.* ¶ 77.
 Agüero y Bravo, Jerónimo *J.* ¶ 77.
 Agüero y Bravo de Lagunas, José *J.* ¶ 256.
 Agüero y Bravo, Jusepe *J.* ¶ 77.
 Agüero y Garay, Diego (El mozo) *J.* ¶ 77, 256, 262 442.
 Agüero Félix *J.* ¶ 77, 262.
 Agüero y González, Fray Nicolás de *J.* ¶ 309n. — *J.* ¶ 66, 70, 76-80.
 Agüero y Sandoval, Diego *J.* ¶ 4, 191.
 Aguilar, Alonso de *J.* ¶ 345.
 Aguilar, José Mateo *J.* ¶ 105n., 132n. — *J.* ¶ 531, 535.

- Aguilar de la Frontera* *J.* ¶ 30.
Aguilar y Córdoba, Diego *J.* ¶ 108, 114, 176.
Aguilar, Luis de *J.* ¶ 40.
Aguirre, Lope de *J.* ¶ 380.
Aguirre (padre) *J.* ¶ 71.
Alarcón, Félix de *J.* ¶ 328.
Alarcón, Pedro Antonio de *J.* ¶ 344.
Alayza y Paz Soldán, Luis *J.* ¶ 6.
Alba Ythlxóchitl, Luis de *J.* ¶ 30.
Alberdi, Juan Bautista *J.* ¶ 354.
Alcalá, Duque de *J.* ¶ 113.
Alcalá Galeano, Antonio *J.* ¶ 107. *J.* ¶ 485.
Alcalá la Real *J.* ¶ 37.
Alejandro Magno *J.* ¶ 135, 312.
Alejandro *J.* ¶ 262.
Alcobaza, Diego de *J.* ¶ 43.
Alcobaza, Juan de *J.* ¶ 11, 13.
Alcaudete, Conde de *J.* ¶ 32.
Aldrete, Bernardo de *J.* ¶ 203.
Alejo Conneno *J.* ¶ 274.
Alemania *J.* ¶ 134, 278, 279, 292n., 304, 369, 377, *J.* ¶ 8, 29, 257, 262, 294, 461.
Alesio, Mateo de *J.* ¶ 336, 593.
Alfieri, Victor, Conde de *J.* ¶ 102.
Alfonso XII *J.* ¶ 163, 164.
Alfonso el Sabio *J.* ¶ 8.
Aliaga, Jerónimo de *J.* ¶ 191.
Alighieri, Dante *J.* ¶ 155. *J.* ¶ 90, 113, 176, 247.
Almagro, Diego de *J.* ¶ 75. *J.* ¶ 16.
Almagro, Diego de (El mozo) *J.* ¶ 191.
Almaraz Portocarrero, Mensía de *J.* ¶ 592.
Almería, Fray Alonso de *J.* ¶ 309n.
Almodovar *J.* ¶ 35.
Alonso, Dámaso *J.* ¶ 45, 46.
Alpujarras *J.* ¶ 32.
Alquibla *J.* ¶ 44.
Altamira, Rafael *J.* ¶ 453-454, 462.
Altamirano, Antonio *J.* ¶ 19.
Althaus, Clemente *J.* ¶ 23, 28, 139, 149-153, 165, 178, 333, *J.* ¶ 401, 598.
Alvarado (familia) *J.* ¶ 31.
Alvarado, Alonso de *J.* ¶ 22, 26.
Alvarado, Enrique *J.* ¶ 209.
Alvarado, Pedro de *J.* ¶ 9.
Alvarez, P. Paulino *J.* ¶ 75.
Alvarez de Baena *J.* ¶ 226-227.
Alvarez de Paz S. J. ¶ 596.
Alvarez de Toledo, Gabriel *J.* ¶ 167, 250.
Alvarez Quintero (Hermanos) *J.* ¶ 131, 331.
Alzamora y Urzino (Almirante) *J.* ¶ 284.
Allende Salazar, Eugenio *J.* ¶ 169.
Amancaes (Lima, Pampa de) *J.* ¶ 117.
Amarilis *J.* ¶ 594.
Amarucancho *J.* ¶ 12, 41.
Amarumayu *J.* ¶ 55.
Amat y Juniet, Manuel de *J.* ¶ 165. *J.* ¶ 328-329.

- Amazonas J.* ff 441, 444, 452, 568.
- Ambar J.* ff 257.
- América* passim.
- América Española J.* f 202, 224, 262, 274, 298, 299, 347, 351, 352, 353, 360, 361, 362, 375, 380.
- América Latina J.* f 264, 269, 270, 273, 299, 300, 366.
- América Sajona J.* f 297, 379.
- Amézaga, Carlos Germán J.* f 26, 260, 338. *J.* ff 435-448, 475.
- Amézaga, Mariano J.* f 209. *J.* ff 439-440.
- Amiano, Marcelino J.* ff 208.
- Amicis, Edmundo D' J.* f 339.
- Amunátegui (hermanos Gregorio Víctor y Miguel Luis) J.* f 86n., 91.
- Amunátegui, Miguel Luis J.* f 92n., 107n.
- Anacreonte J.* f 16. *J.* ff 487, 585.
- Anabuac J.* f 304, *J.* ff 48, 50, 409.
- Andalucía J.* f 7, 71. *J.* ff 7, 33, 69, 257, 281.
- Andamarca J.* ff 123, 142, 143, 145.
- Andes (Cordillera de los) J.* f 29, 171. *J.* ff 102, 248.
- Andrade, Olegario J.* f 139. *J.* ff 471-472.
- Angles de Meca, Matias J.* ff 287-288.
- Anjou, Duque de J.* ff 287.
- Anta J.* ff XV.
- Antequera, José de J.* ff 212, 288, 318.
- Antígona J.* ff 504.
- Antillas J.* f 139. *J.* ff 258, 376.
- Antíoco J.* f 153.
- Antioquia (Colombia) J.* f 170. *J.* ff 138.
- Antofagasta J.* ff 264.
- Antonio, Nicolás J.* ff 109, 125.
- Anvers J.* ff 126.
- Apeles, J.* ff 116.
- Añaquito J.* ff 30, 307.
- Apolinar, (heterodoxo) J.* f 314.
- Apolo J.* ff 118, 142, 143, 156, 487.
- Apuleyo J.* ff 208.
- Apurímac J.* ff 54.
- Aquiles J.* ff 119, 153.
- Arabia J.* ff 565.
- Aragón J.* f 261, 362. *J.* ff 39.
- Arana, Pedro de J.* ff 257, 261, 267, 268, 273-274.
- Aranda, Agustín de J.* ff 40.
- Aranda, Conde de J.* f 283, *J.* ff 39, 210.
- Arauco J.* ff 43, 68, 69.
- Araujo J.* f 304.
- Araujo, Costa J.* ff 593.
- Araujo Portoalegre J.* f 269.
- Arboleda, Julio J.* f 139, 183. *J.* ff 366, 367, 405, 450.
- Arbulú Vargas, Ricardo J.* ff XV.
- Arcipreste de Hita J.* f 68.
- Arcos Diego de J.* ff 263.
- Archidona J.* ff 112, 594.
- Areche, José Antonio de J.* f 5.
- Aréstegui Narciso J.* f 160, 161, 210. *J.* ff 366
- Arenas, J.* ff. 401.
- Arequipa J.* f 78, 160, 191, 202n., 205, 209, 231, 253,

262. *J. J* 16, 26, 112, 149, 258, 272, 273, 307.
- Argensola, Bartolomé *J. J* 47, 314.
- Argentina *J. J* XXVI, 6, 26, 35, 263, 265, 269, 299, 301, 366, 372, 375, 380, 381. *J. J* 441, 446, 504, 516.
- Arguedas Prado, Juan *J. J* 209.
- Arguijo, Juan de *J. J* 112.
- Arias de Herrera, Francisco *J. J* 264.
- Arias Maldonado, Juan *J. J* 35.
- Aribau, Buenaventura Carlos de *J. J* 410.
- Ariosto, Ludovico *J. J* 235, 250, 416.
- Aristipo *J. J* 493.
- Aristóteles *J. J* 187, 212. *J. J* 116, 488.
- Armeria, Alonso de *J. J* 77, 79-80.
- Armendaris, Juan de *J. J* 268.
- Arnao, Aurelio *J. J* 472.
- Arolas, Juan *J. J* 136, 144, 145, 353. *J. J* 401, 402.
- Arona, Juan de (seud. V. Paz Soldán y Unánue, Pedro).
- Arriaga, Cristóbal de *J. J* 52.
- Arriaza, Juan B. *J. J* 101, 113, 207. *J. J* 342.
- Arrieta, Francisco de Sales *J. J* 105n.
- Artico *J. J* 119.
- Artiga y Artieda, Francisco Antonio *J. J* 167, 199.
- Arturo (rey) *J. J* 268.
- Ascencio *J. J* 116.
- Asecaux Alejandro *J. J* 211.
- Asia *J. J* 188. *J. J* 48.
- Asiria *J. J* 49.
- Astarot *J. J* 302.
- Astudillo, Rosalía de *J. J* 299, 317.
- Atacama *J. J* 269. *J. J* 487.
- Atahualpa *J. J* 183, 189, 190. *J. J* 9, 27, 48, 142, 145, 594.
- Atenas *J. J* 275.
- Atienza, Julio de *J. J* 31.
- Atiquipa, *J. J* 370.
- Atlántico *J. J* 281. *J. J* 258, 263, 278.
- Atocongo *J. J* 320.
- Aulestia (familia) *J. J* 10.
- Aulo Sabino *J. J* 120.
- Ausonio Décimo Magno *J. J* 208, 280.
- Austria (Casa de) *J. J* XVI, 195.
- Austria *J. J* 369.
- Avila *J. J* 369. *J. J* 415.
- Ayacucho *J. J* 40, 90, 91, 94, 106n., 147n. *J. J* 366, 567.
- Ayala, Diego de *J. J* 71, 73.
- Ayllón, Fray Juan de *J. J* 76-77.
- Aza, Vital *J. J* 331.
- Azores, (islas) *J. J* 29.
- BACO *J. J* 487.
- Bachicao, Hernando de *J. J* 13.
- Badajoz *J. J* 7, 33.
- Baeza *J. J* 170.
- Bagdad *J. J* 465.
- Balbo, Cesare *J. J* 540.
- Balmes, Jaime *J. J* 142n. *J. J* 471.
- Balta, José *J. J* 211n. *J. J* 378, 379, 381, 401.

- Ballesteros, Juan Manuel *J. J* 124n., 184. *J. JJ* 404, 408, 410.
 Bances Candamo *J. JJ* 191, 209.
 Bambarén, César *J. JJ* 401.
 Bancroft, Jorge *J. JJ* 38.
 Baquijano y Carrillo, José *J. J* XXII, XVI, 37, 102. *J. JJ* 332.
 Baralt, José María *J. J* 215.
 Barba, Ruy *J. JJ* 258.
Barcelona J. J 32, 157. *J. JJ* 201, 508, 510.
 Barba Cabeza de Vaca, Garci *J. JJ* 258.
 Barbey d'Aureubilly, Julio Amadeo *J. JJ* 370.
 Barco, Pedro del *J. JJ* 19.
 Barinaga, Manuel *J. JJ* 400.
Barranco J. JJ 521.
 Barranca, José Sebastián *J. J* 166, 167n., 168n.
 Barreda Laos, Felipe *J. J* XVIII. *J. JJ* 454.
 Barrés, Mauricio *J. J* XXI. *J. JJ* 223, 477.
 Bartrina, Joaquín María *J. J* 179. *J. JJ* 403, 443.
 Barrionuevo, Leonor de *J. JJ* 19.
 Barrios, Juan de *J. JJ* 262.
 Barrios y Vega, Juan de *J. JJ* 262.
 Barroeta y Angel, Pedro Antonio *J. JJ* 325.
 Barros Arana, Diego *J. JJ* 358.
 Barros de Samillán, *J. JJ* 274.
 Bartholin, (escritor danés) *J. JJ* 175.
Basilea J. J 262.
 Basso della Rovere, Francisca *J. J* 4.
 Bataille, Henri *J. J* 274.
 Batler y Ordoñez José *J. JJ* 261.
 Batres Montufar, José *J. I* 124n., 184. *J. JJ* 404, 408, 410.
 Baudelaire, Charles *J. JJ* 465, 476.
 Bausate y Meza, Jaime *J. JJ* 333.
Bayano (Golfo de) J. JJ 253, 261.
 Bayón de Campomanes, Juan *J. JJ* 257, 261.
 Beatriz Clara (coya) *J. JJ* 256.
 Bécquer, Gustavo Adolfo *J. J* 180, 232, 236. *J. JJ* 406, 443.
 Bedoya, Manuel *J. J* 38. *J. JJ* 452, 477.
 Belaunde, Víctor Andrés *J. J* XXVI, 19, 20, 33. *J. JJ* XIII.
Bélgica J. J 530.
 Belaochaga, José D. *J. J* 185.
 Belmonte, Luis D. *J. JJ* 418.
 Belial *J. J* 323.
 Betroy, Manuel *J. J* 30.
 Belzu, Mariano Isidoro *J. J* 215, 216.
 Bellido, Alonso *J. JJ* 223.
 Bello, Andrés *J. J* XXVI, 83, 264, 269, 364-365. *J. JJ* 122, 213, 341, 346, 348, 374, 401, 408, 597.
 Benvenuto Murieta, Pedro M. *J. J* 12, 54. *J. JJ* XIII, XV.
 Benavente, Jacinto *J. JJ* 452, 478.
 Benavides y Tello, María de *J. JJ* 169-171.
 Benavides, Diego Felipe *J. JJ* 169.
 Benavides, Juan *J. JJ* 160.
 Béranger, Pierre-Jean *J. J* 127n., 128n. *J. JJ* 418.
 Berard, Mina *J. J* 127n.

- Berceo, Gonzalo de *J.* ¶ 578.
 Berlanga Casa de *J.* ¶ 8.
 Bermudez, Juan José *J.* ¶ 283.
 Bermudez (Chantre) *J.* ¶ 223.
 Bermudez de Castro, Salvador
J. ¶ 140.
 Bermudez y Olmedo, Diego Ma-
 nuel *J.* ¶ 317.
 Bermudez y Olmedo, Mateo *J.*
 ¶ 317.
 Bermudez de la Torre, Diego *J.*
 ¶ 307.
 Bermudez de la Torre y Solier,
 Pedro José *J.* ¶ 37, 76, 237.
J. ¶ 180-184, 187, 198, 201,
 203, 205-206, 233, 234, 279,
 283-285, 188, 298, 303, 307-
 317, 333, 345, 523, 596, 597.
 Berna *J.* ¶ 262.
 Bernal, José *J.* ¶ 200, 201, 218.
 Bernini, Juan Lorenzo *J.* ¶
 243, 296.
 Berriozabal, Juan Manuel de
J. ¶ 128n.
 Betanzos, Juan de *J.* ¶ 50, 594.
 Bética *J.* ¶ 41.
 Betis *J.* ¶ 119, 142.
 Bizancio *J.* ¶ 274.
 Blanco García (Padre) *J.* ¶ 95,
 126, 150, 214.
 Blanco-White, *J.* ¶ 107.
 Blande, *J.* ¶ 175.
 Blanes, Tomás de *J.* ¶ 72-73.
 Blondel, Francisco *J.* ¶ 165.
 Blonden, *J.* ¶ 165.
 Bobadilla, Leonor de *J.* ¶ 29.
 Bocaccio, Giovanni *J.* ¶ 23, 182,
 336. *J.* ¶ 34, 383, 404, 416,
 417.
 Bocage, Barboza de *J.* ¶ 165.
 Bocalini, Traiano *J.* ¶ 210.
 Bocangel y Unzueta Gabriel *J.*
 ¶ 280.
 Boecio, Severino *J.* ¶ 262. *J.* ¶
 208.
 Bodin, Jean *J.* ¶ 34.
 Boyleau, Nicolás *J.* ¶ 102, 116,
 133, 134. *J.* ¶ 183, 205-207,
 233, 279, 313, 331, 576, 596.
 Bohl de Faber, Cecilia *J.* ¶ 511,
 513.
 Bogotá *J.* ¶ 196, 369.
 Boissier, Gastón *J.* ¶ 244.
 Bolívar Simón *J.* ¶ 81, 90, 93,
 94, 95, 101, 103n., 105, 106,
 119, 120, 145, 146, 147n. 198,
 202.
 Bolivia *J.* ¶ 29, 108, 247, 337,
 372. *J.* ¶ 363, 451.
 Bolognesi, Francisco *J.* ¶ 198.
J. ¶ 433.
 Bombón, meseta de *J.* ¶ 590.
 Bonaparte, Napoleón I *J.* ¶ XX.
 88, 134, 145.
 Bonaparte, Napoleón III *J.* ¶
 122.
 Bonifaz, Benito *J.* ¶ 205, 206.
 Borbón, Casa de *J.* ¶ XVI, 195.
 Bordenave, Juan de *J.* ¶ 332.
 Borgoña, Duque de *J.* ¶ 207.
 Bossuet, Jacobo *J.* ¶ 287. *J.* ¶
 105, 206.
 Bostón *J.* ¶ 103, 300, 369.
 Bourget, Paul *J.* ¶ XXI.
 Boursuart, Edme. *J.* ¶ 192.
 Bradwardiner, Barón de *J.* ¶
 406.
 Brasil *J.* ¶ XVI, 26, 35, 263,
 301, 366. *J.* ¶ 376, 441.
 Braganza, Federico, Duque de
J. ¶ 39, 41.
 Bravo, Pedro *J.* ¶ 319.

- Bravo de Lagunas, Beatriz *J.* ¶ 77.
- Bravo de Lagunas, Fernando *J.* ¶ 180, 279, 282.
- Bravo de Lagunas, Josefa *J.* ¶ 317.
- Bravo de Lagunas, Toribio *J.* ¶ 76.
- Bravo de Rivero Tadeo *J.* ¶ 513.
- Brenes, Marquez de *J.* ¶ 325, *J.* ¶ 183, 201, 234, 285-286, 310.
- Breton de los Herreros, Manuel *J.* ¶ 68, 116, 125.
- Brigüega, Conde *J.* ¶ 32.
- Browning, Roberto *J.* ¶ 375.
- Brunetiere, Ferdinand *J.* ¶ XXI, 273. *J.* ¶ 477.
- Bruselas *J.* ¶ 5, 6, 206n. 262.
- Buendia, Clara *J.* ¶ 335.
- Bueno, Cosme *J.* ¶ 331.
- Buffon, (Jorge Louis Leclerc, Conde de) *J.* ¶ 41, 212, 287.
- Bugnos, Theandro *J.* ¶ 205.
- Buonarotti, Miguel Angel *J.* ¶ 90.
- Buenos Aires *J.* ¶ 7, 107, 168, 174, 196, 215, 255. *J.* ¶ 211, 322, 358, 380, 412, 466, 508.
- Burger, Augusto *J.* ¶ 429.
- Burgos *J.* ¶ 369. *J.* ¶ 514.
- Burgos, Javier de *J.* ¶ 294.
- Burns, Roberto *J.* ¶ 369.
- Bussieres, Teodoro *J.* ¶ 183, 205, 223.
- Bustamante y Ballivian, Enrique *J.* ¶ 38. *J.* ¶ 464, 465, 466.
- Byron, George Gordón *J.* ¶ 109, 127, 135, 148, 153, 159, 183, 221, 231, 334, 353, 356. *J.* ¶ 408.
- CABELLO DE CARBONERA Mercedes *J.* ¶ 161, 230, 254-255. *J.* ¶ 453, 472.
- Cabello de Balboa, Miguel *J.* ¶ 112, 250, 594.
- Cabrera, Pedro Luis *J.* ¶ 18, 30.
- Cabrera, Fray Alonso de *J.* ¶ 105.
- Cabrera y Benavidez, Juan *J.* ¶ 170.
- Cabrera y Alvarez de Toledo, Jerónimo de *J.* ¶ 19, 28.
- Cáceres, Juan de *J.* ¶ 28.
- Cáceres, Aurora *J.* ¶ 453.
- Cáceres, Andrés Avelino *J.* ¶ 440.
- Cáceres y Ulloa, José *J.* ¶ 307.
- Cáceres, Alonso de *J.* ¶ 307.
- Cadahalso Salazar, Melchor *J.* ¶ 257.
- Cádiz *J.* ¶ 104n., 107. *J.* ¶ 115.
- Caifás *J.* ¶ 310. *J.* ¶ 134.
- Caistro *J.* ¶ 319.
- Cajamarca *J.* ¶ 4, 91. *J.* ¶ 31, 145, 440, 567.
- Cajatambo *J.* ¶ 257
- Caji *J.* ¶ 43.
- Calaborra *J.* ¶ 41.
- Calancha, Agustín de *J.* ¶ 103.
- Calancha, Fray Antonio *J.* ¶ 185.
- Calandrelli, Matias *J.* ¶ 364.
- Calatayud, Fray Cipriano Jerónimo *J.* ¶ 332.
- Calcuchimac *J.* ¶ 143.
- Calderón, Pedro José *J.* ¶ 400.
- Calderón, María *J.* ¶ 16.
- Calderón, Angel Ventura *J.* ¶ 201, 303.
- Calderón de la Barca, Pedro *J.* ¶ 68, 144, 145. *J.* ¶ 181, 187,

- 188, 191, 194, 280, 328, 334, 415, 595.
- California J. J.* 300. *J. J.* 268.
- Calidasa J. J.* 16.
- Calímaco J. J.* 194, 208, 280.
- Calvario J. J.* 91.
- Calvi J. J.* 257.
- Callao J. J.* 72, 149, 156, 198, 211, 255, 259, 261-263, 166-268, 270, 271, 273, 274, 279, 281, 282, 284, 287, 307, 314, 326, 329, 360, 378, 463.
- Camacho, Juan Vicente, J. J.* 23, 123, 127n., 163, 184, 224-227. *J. J.* 373, 407, 431.
- Camargo Hernando de J. J.* 327.
- Cambodia J. J.* 291.
- Camoës, Luis de J. J.* 251, 346, 592.
- Campanelle, Tomás J. J.* 285.
- Camus, Alfredo Alonso J. J.* 294.
- Campoamor, Ramón de J. J.* 179, 206, 231, 232, 252. *J. J.* 403, 471.
- Canarias (Islas) J. J.* 261, 367.
- Candamo, Manuel J. J.* 393.
- Candia, Pedro de J. J.* 19.
- Canta J. J.* 216.
- Cantú, César J. J.* 16, 251.
- Cañaris, J. J.* 252.
- Cañaverall, Luis de J. J.* 42.
- Cañete, Manuel J. J.* 81, 84n., 91, 92.
- Caño, isla del J. J.* 260, 261.
- Cañizares, José de J. J.* 187, 334.
- Carabantes, José de J. J.* 192.
- Caramuel, Juan de J. J.* 167, 174, 207.
- Carbajal, Diego de J. J.* 258.
- Carbajal, Luis de J. J.* 269.
- Cardoso, Isaac J. J.* 174.
- Carducci, Giosue J. J.* *XXII*, 280, 352, 282.
- Caribdis J. J.* 181.
- Carlos I de España, V de Alemania J. J.* 192, 352. *J. J.* 8, 17, 29, 167, 257, 283.
- Carlos II J. J.* 77, 227, 278, 280, 281, 286, 321.
- Carlos III J. J.* 336, 344.
- Carlos IV J. J.* 344, 388, 413.
- Carlyle, Thomas, J. J.* 3, 369, 376.
- Caro, Miguel Antonio J. J.* *XXXI*, *XXVI* 90, 172.
- Caro, José Eusebio J. J.* 81, 83n., 84n., 91, 92, 139.
- Caro, Rodrigo J. J.* 122, 144.
- Carpenter, José M. J. J.* 206, 207n.
- Carpio, Miguel del J. J.* 126n., 127n., 205. *J. J.* 367, 369.
- Carrasco, Constantino J. J.* 23, 139, 165-166, 168n.
- Carranza, Feliciano J. J.* 170.
- Carrillo, Enrique A. J. J.* 475, 520-536.
- Carrillo de Albornoz, José J. J.* 318.
- Carrillo de Andrade, María J. J.* 299, 317.
- Carrillo de Córdova, Hernán J. J.* 266.
- Carrillo de Córdova, Fernando J. J.* 180, 317.
- Carrillo de Córdova, Luis J. J.* 318.
- Carrión Ordoñez, Enrique J. J.* 57. *J. J.* *XV*.
- Carrión (librero) J. J.* 220.

- Cartagena J. J* 4.
Cartago J. J 219.
 Cartier, Galo *J. J* 332.
 Carvajal, Francisco *J. J* 193.
 Carvajal, Leonor de *J. J* 309.
J. J 67.
 Carvajal, Pedro *J. J* 112.
 Carvajal y Segura, Gonzalo *J. J* 332.
 Casa-Calderón, Marqués de *J. J* 9. *J. J* 200, 206, 218, 219, 303, 306, 333, 334.
 Casa Concha, Marqués de *J. J* 219, 327.
 Casa Dávila (Marqueses de) *J. J* 9, 10, 31.
 Casa Jara (Marquesa de) *J. J* 128n.
Casana J. J 12.
 Casas, Bartolomé de las *J. J* 30.
 Casio, Dion. *J. J* 208.
 Casiodoro, Flavio Magno Aurelio *J. J* 208, 280.
 Casós, Fernando *J. J* 24, 210-213, 255. *J. J* 401.
 Castelar, Emilio *J. J* 16, 136, 238, 239, 28, 358. *J. J* 475.
 Castell-dos-Rius. (Manuel de Oms y Santa Pau) Marqués de *J. J* 37, *J. J* 174, 180, 187, 201, 231, 233, 281-284, 289, 303, 308, 318, 501, 522, 596.
 Castelbravo, Marqués de *J. J* 513.
 Castellanos, Juan de *J. J* 56, 250.
 Castellar, Conde de *J. J* 322.
 Castelli, Juan José *J. J* 466.
 Castelfuerte, Marqués de *J. J* 200, 209, 213, 288, 293, 306, 312, 319, 320.
 Castelo Branco Camilo *J. J* 478.
 Castilla *J. J* 8, 16, 66, 67, 192, 263, 248, 249, 370. *J. J* 8, 27, 34, 111, 280, 281, 473, 510, 600.
 Castilla, Baltasar de *J. J* 24, 25.
 Castilla, Gabriel de *J. J* 171, 183.
 Castilla, María de *J. J* 94.
 Castilla, Ramón *J. J* 8, 16, 66, 67, 192, 263, 348, 349, 370. *J. J* 359, 365, 367, 368, 374, 550.
 Castilla, Sebastián de *J. J* 23.
 Castillejo, Conde *J. J* 328.
 Castillo, Francisco *J. J* 229.
 Castillo, Fray Francisco del *J. J* 198.
 Castillo, Manuel *J. J* 205, 20.
 Castillo, Teófilo *J. J* 509.
 Castro, Francisco *J. J* 40.
 Castro, Fray Andrés de *J. J* 72-73.
 Castro y de la Cueva, Teresa *J. J* 583.
 Castro Isaga, José de *J. J* 89.
 Castro y Jiménez de Lobatón y Azaña, Brianda de *J. J* 9.
 Castro y Rivera, Sancho de *J. J* 8.
 Castro y Vargas Carvajal, Brianda *J. J* 9.
 Castro y Vragas Carvajal, Sancho *J. J* 9.
Castrovirreina J. J 319.
 Catalina, Severo *J. J* 236.
 Cateriano, Mariano A. *J. J* 202n.

- Católicos, Reyes (Fernando e Isabel) *J.* *J.* 348.
- Catulo *J.* *J.* 165.
- Caussin, Nicolás, *J.* *J.* 183.
- Cavendish, Sir Thomas *J.* *J.* 159, 263-269.
- Cavero y Salazar, José *J.* *J.* 107.
- Caviedes, Juan del Valle *J.* *J.* 70, 169, 202. *J.* *J.* 173, 190, 286, 298, 404, 434, 595, 596.
- Cavour, Camilo de *J.* *J.* 349.
- Ceballos, Arzobispo *J.* *J.* 315.
- Ceballos, Inquisidor *J.* *J.* 200, 215.
- Ceballos Bustamante y Villegas *J.* *J.* 200.
- Ceice *J.* *J.* 122.
- Cejador, Julio *J.* *J.* 198.
- Centenera, Martín del Barco *J.* *J.* 250, 251, 256.
- Centeno, Diego *J.* *J.* 10, 14, 15, 19.
- Cepeda, María *J.* *J.* 259.
- Cervantes Saavedra, Miguel de *J.* *J.* XIII, 8, 68, 202, 303, 355. *J.* *J.* 5, 36, 59, 112, 113, 257, 344, 371, 410, 416, 461, 522, 526, 594.
- Cesalpini, Andrés *J.* *J.* 285.
- César, Cayo Julio *J.* *J.* 350.
- Cicerón M. Tulio *J.* *J.* 16, 239, 294.
- Cidla (personaje literario) *J.* *J.* 323.
- Cienfuegos, Nicasio Alvarez de *J.* *J.* 84.
- Cieza de León, Pedro *J.* *J.* 167n., 192, 336. *J.* *J.* 46-48.
- Cifuentes, Conde de *J.* *J.* 18.
- Cilena *J.* *J.* 122.
- Cisneros, Diego *J.* *J.* 102. *J.* *J.* 332.
- Cisneros, Luis Fernán *J.* *J.* 476, 599.
- Cisneros, Luis Jaime *J.* *J.* 108.
- Cisneros, Luis Benjamín *J.* *J.* 23, 137, 139, 141, 158-165, 179, 212, 229, 255, 232, 333.
- Cisneros, Serafina de *J.* *J.* 317.
- Cisneros, Violante de *J.* *J.* 317.
- Claudiano, Claudio *J.* *J.* 194, 208, 280.
- Cochabamba *J.* *J.* 18, 319.
- Cobo, Bernabé *J.* *J.* 48.
- Colombia *J.* *J.* XXVI, 26, 81, 82, 247, 265, 272, 371.
- Coisevox *J.* *J.* 149.
- Colcampata *J.* *J.* 12.
- Coloma, Luis *J.* *J.* 513.
- Coll, Pedro Emilio *J.* *J.* 510.
- Collao (Meseta del) *J.* *J.* 9, 19.
- Colón, Cristóbal *J.* *J.* 145, 152.
- Colonna, Egidio *J.* *J.* 75.
- Compostela *J.* *J.* 37.
- Concolorcorvo (seud. Antonio Carrió de la Bandera) *J.* *J.* 316, 334.
- Condé, Príncipe de *J.* *J.* 296.
- Cóndor, valle de *J.* *J.* 266.
- Condillac, Etienne de *J.* *J.* 332.
- Condorcanqui, José Gabriel *J.* *J.* 252, 415.
- Constantino *J.* *J.* 254.
- Constantinopla, Juan de *J.* *J.* 208.
- Conto, César *J.* *J.* 180.
- Contreras y Alavarado, Joseph *J.* *J.* 226n.
- Contreras, Martín de *J.* *J.* 42.
- Contreras, Alonso de *J.* *J.* 256.
- Copérnico, Nicolás *J.* *J.* 174.

- Coppée, Francois *J.* ¶ 446.
 Córcega *J.* ¶ 257, 262.
 Cordero, Luis *J.* ¶ 358.
 Córdova (compilador) *J.* ¶ 186.
 Córdova, Francisco *J.* ¶ 39.
 Córdoba (Argentina) *J.* ¶ 369.
 Córdoba y Guzmán, Pedro *J.* ¶ 257.
 Córdova (general) *J.* ¶ 106.
 Córdoba (España) *J.* ¶ 18, 20, 30, 33-35, 40-44, 418.
 Corelli, Pedro *J.* ¶ 283.
 Coricancha (Templo) *J.* ¶ 182.
 Corneille, Pierre *J.* ¶ 37, 77, *J.* ..II 193-195, 197, 206, 219.
 Cornejo, Mariano H. *J.* ¶ 38. *J.* ¶ 452, 461, 475.
 Cornelio, Nepote *J.* ¶ 292.
 Coronel Zegarra, Félix C. *J.* ¶ 226, 227, 246.
 Corpancho, Manuel Nicolás *J.* ¶ 23, 89n., 128n., 137, 139, 142-144, 147, 156, 158, 165, 178. *J.* ¶ 366, 405, 431.
 Corral, Francisco del *J.* ¶ 40.
 Corsi, Antón Paulo *J.* ¶ 262.
 Corso, mercader *J.* ¶ 285.
 Cortés, Hernán *J.* ¶ 68.
 Cortés, José Domingo *J.* ¶ 126, 150, 162.
 Corrientes *J.* ¶ 370.
 Corvalán, Rosa *J.* ¶ 317.
 Cotagaita *J.* ¶ 18.
 Cotanera *J.* ¶ 18.
 Cousin, Víctor *J.* ¶ 471.
 Covarrubias y Horozco, Sebastián *J.* ¶ 289.
 Crebillón, Próspero *J.* ¶ 336.
 Croce, Benedetto *J.* ¶ 185n.
 Croix, Teodoro de *J.* ¶ 334, 336.
 Cruz, Fray Francisco de la *J.* ¶ 70, 375.
 Cruz, Ramón de la *J.* ¶ 68, 84, 130. *J.* ¶ 597.
 Cruz, San Juan de la *J.* ¶ 81, 322, 597.
 Cuba *J.* ¶ 26, 265, 283.
 Cuéllar, Juan de *J.* ¶ 17.
 Cuenca *J.* ¶ 274.
 Cuentas, Marcelina de las *J.* ¶ 329.
 Cuervo, Rufino José *J.* ¶ 67, 76.
 Cuesta, Juan de la *J.* ¶ 125.
 Cueva, Juan de la *J.* ¶ 244.
 Cundinamarca (Colombia) *J.* ¶ 370.
 Curcio, Quinto *J.* ¶ 313.
 Cuzco *J.* ¶ XIII, XXVI, 4, 166n., 168n., 188, 210, 227, 253, 256.
 Cussi Hualpa, Inca *J.* ¶ 10, 21.
 Cusipata *J.* ¶ 13.
 Cussi Yupanqui, Inca *J.* ¶ 50.
 CHAIDE, Malón de *J.* ¶ 595.
 Challabamba *J.* ¶ 43.
 Chanchán *J.* ¶ 7, 188. *J.* ¶ 566.
 Charcas *J.* ¶ 9, 18, 19, 26, 28, 125, 137, 142, 229, 261, 507.
 Chateaubriand, Vizconde Francois Renato de *J.* ¶ XIII, 15, 136, 140, 267, 353.
 Chapelain, Juan *J.* ¶ 205.
 Chauca Rimachi *J.* ¶ 10.
 Chaucer, Geoffrey *J.* ¶ 416, 418.
 Chaulieau, Guillermo *J.* ¶ 416.

- Cháves, Diego de *J.* *J* 192.
 Chávez, Jorge *J.* *J* 460.
 Cheesman Jiménez, Javier *J.* *J* 108.
 Chénier, Andrea *J.* *J* 150.
 Cheste, Conde de *J.* *J* 348.
 Chiabrera, Gabriel *J.* *J* 234.
 Chicama *J.* *J* 267.
 Chihuabua *J.* *J* 370.
 Chile *J.* *J* 83, 107, 108, 123, 126, 229, 231, 231, 272, 301, 352, 363, 365, 372, 275. *J.* *J* 42, 251, 252, 261, 263, 266, 269, 270, 348, 358, 408 441,, 500.
 Chiclana *J.* *J* 512.
 Chili *J.* *J* 258.
 China *J.* *J* 35, 241. *J.* *J* 48, 261, 268ñ
 Chíncha *J.* *J* 72.
 Chinchaypuquíu *J.* *J* 54.
 Chimpu Ocllo, Isabel *J.* *J* 9, 10,
 Churiguera, José *J.* *J* 296, 565. 13, 19, 20, 27, 31.
 Chiriguanas, Los *J.* *J* 252.
 Chocano, José Santos *J.* *J* 26, 38, 39, 202, 260n., *J.* *J* 60, 192, 447, 452, 459, 472, 480, 539, 540, 542, 543, 558, 598.
 Chorrillos *J.* *J* 30, 32, 115, 116, 117, 161. *J.* *J* 289, 311, 320, 380, 500, 501, 514, 527, 571.
 Chuquito *J.* *J* 171.
 Chunchanga, valle de *J.* *J* 266.
 Chupas *J.* *J* 18, 29, 307.
 Chuquinca *J.* *J* 26.
 Chuquisaca *J.* *J* 23, 112, 153, 161, 272.
 DALBONO, Carlos Tito *J.* *J* 185n. *J.* *J* 407.
 Dalgetty, mayor *J.* *J* 406.
 Dammert, Juana A. de *J.* *J* 393.
 Dampierre *J.* *J* 284.
 D'Annunzio, Gabriel *J.* *J* 280, 339, 375. *J.* *J* 478.
 Daniel (profeta) *J.* *J* 323, 361.
 Dante, (V. Alighieri)
 Dario, Rubén *J.* *J* 187, 199, 273, 371, 376. *J.* *J* 463, 465, 474, 476, 484, 485, 517, 528, 543, 550.
 Dávalos (familia) *J.* *J* 10.
 Dávalos y Figueroa Diego *J.* *J* 74, 112, 122, 123, 176, 593.
 Dávalos de Ribera y Figueroa, Ana *J.* *J* 69.
 Dávalos de Ribera, María *J.* *J* 8.
 Dávalos y Solier, Elvira *J.* *J* 7.
 David (rey) *J.* *J* 95.
 Dávila (familia) *J.* *J* 10.
 Dávila, (general boliviano) Pedrarias *J.* *J* 9.
 Daza, Hilarión *J.* *J* 381.
 Débora *J.* *J* 323.
 Demócrito *J.* *J* 152.
 Demóstenes *J.* *J* 16. *J.* *J* 486.
 Descartes, René *J.* *J* 595.
 Deustua, Alejandro *J.* *J* 41. *J.* *J* 454.
 Diana *J.* *J* 121, 487.
 Díaz, Porfirio *J.* *J* 123. *J.* *J* 377.
 Díaz, José Jesús *J.* *J* 409.
 Díaz de Balcázar, Alonso *J.* *J* 35.
 Díaz Cobarrubias, Juan *J.* *J* 409.

- Díaz Mirón, Salvador *J. J* 472, 598.
- Diderot, Denis *J. J* 336.
- Diez-Canedo, Enrique *J. J* 398, 485, 559.
- Dierx, León *J. J* 223.
- Dolz y Osorio, Basilio *J. J* 292.
- Domingo, Santo *J. J* 104n.
- Dominiquino (pintor italiano) *J. J* 89.
- Donoso Cortés, Juan *J. J* XXIV.
- Doris *J. J* 157.
- Doumic, René *J. J* 477.
- Drake, Sir Francis *J. J* 158, 159, 253, 258-263, 266, 269.
- Duhamel, Juan Bautista *J. J* 332.
- Dulcinea del Toboso *J. J* 303, 384.
- Dumas, Alejandro *J. J* 158. *J.* 405, 406, 429, 431.
- Durand de Valdenegro, María *J. J* 169, 332.
- Durón, Sebastián *J. J* 283.
- Eguren, José María *J. J* 40, 45. *J. J* 573-577.
- El Dorado J. J* 11.
- Eliás (profeta) *J. J* 129.
- Eneas *J. J* 250.
- Enodio *J. J* 208.
- Emerson, Tomás *J. J* 281.
- Elera, Pedro *J. J* 209.
- Enrique IV (de Castilla) *J. J* 192.
- Enrique VIII *J. J* 314.
- Enríquez, Martín *J. J* 262, 263, 266, 271.
- Epicteto *J. J* 291. *J. J* 286.
- Erasmus *J. J* 262. *J. J* 71, 594.
- Eraso, Francisco de *J. J* 254.
- Ercilla, Alonso de *J. J* 204, 250.
- Erina *J. J* 118.
- Escandón, Francisco Antonio de *J. J* 216, 304, 320, 325.
- Escocia *J. J* 369.
- Escobar, Juan de *J. J* 14.
- Escobar, María de *J. J* 192.
- Escosura, Patricio de la *J. J* 116n., 118.
- España* passim.
- Española, La (Isla) J. J* 7.
- Esparciano, Ecio *J. J* 208.
- Esparta J. J* 487.
- Espinel, Vicente *J. J* 112.
- Espinosa, *J. J* 129.
- Espinoza, Adán *J. J* 483.
- Espinoza Medrano, Juan de *J. J* 76. *J. J* 181, 233, 313, 595.
- Espronceda, José de *J. J* 135, 136, 138, 148, 221, 353, 356. *J. J* 366, 401, 408.
- Esquilache, Príncipe de *J. J* 76. *J. J* 81, 103, 123, 124, 204, 244, 307, 595.
- Esquilo *J. J* 274, 290. *J. J* 486.
- ECOLAMPADIO, Juan Hausschan *J. J* 71.
- Ecuador *J. J* 141, 224, 351. *J. J* 372, 378, 452, 571.
- Echegaray, José *J. J* 286. *J. J* 334.
- Echenique, José Rufino *J. J* 211n. *J. J* 373.
- Egaña, Rafael *J. J* 365.
- Egipto *J. J* 35, 156. *J. J* 48, 85, 590.
- Eguiguren, Luis Antonio *J. J* 466.

- Esquivel, Alonso *J.* J 185.
 Esquivel, Juan de *J.* J 170.
 Estacio, Publio Papino *J.* J 207.
 Estados Unidos *J.* J 228, 281,
 283, 284, 297, 298, 299. *J.* J
 441, 451.
 Estaunie, Eduardo *J.* J 508.
 Estébanez Calderón, Serafín *J.*
 J 406, 598.
 Estratonice *J.* J 153.
 Eurípides *J.* J 487.
 Europa passim.
 Extremadura *J.* J 4, 8. *J.* J 29,
 33.
 Ezequías *J.* J 98n.
 Ezequiel *J.* J 35.
- FAGUET, Emile *J.* J 273. *J.* J
 477.
 Falcón, Antonio *J.* J 113, 176.
 Fanning, Teresa González de
J. J 582.
 Faón *J.* J 152.
 Farnesio, Isabel de *J.* J 329.
 Febo *J.* J 9. *J.* J 119, 136.
 Faya! (islas) *J.* J 29.
 Federico II (de Prusia) *J.* J
 335.
 Fedra *J.* J 120.
 Fedro *J.* J 95, 292.
 Felipe II *J.* J 315, 348. *J.* J 27,
 30-32, 37, 39, 167, 257, 378.
 Felipe III *J.* J 315.
 Felipe IV *J.* J 348. *J.* J 118,
 226, 227, 229, 531.
 Felipe V *J.* J 176, 177, 180,
 187, 193, 232, 280, 284, 296,
 310, 312.
- Fenelón *J.* J 15. *J.* J 183, 207,
 279, 208.
 Fenicia *J.* J 156.
 Feria, Duque de *J.* J 40.
 Fernández, Trinidad *J.* J 206.
 231.
 Fernández de Bonilla, Andrés
J. J 40.
 Fernández de Castro, Gerónimo
J. J 198.
 Fernández de Córdova y Figue-
 roa *J.* J 269.
 Fernández de Córdova y Suá-
 rez de Figueroa, Alonso *J.* J
 30.
 Fernández de Córdova y Toledo
J. J 262.
 Fernández de Heredia, padre
J. J 73.
 Fernández de Heredia, Gonzalo
J. J 257.
 Fernández de Heredia, Juan *J.*
 J 257.
 Fernández de Heredia, Lorenzo
J. J 257.
 Fernández de Palencia, Diego
 [El Palentino] *J.* J 31. *J.* J
 185, 192.
 Fernández de Rueda, Juana *J.*
 J 199.
 Fernández de Rueda, Martín *J.*
 J 199.
 Fernández Duarte *J.* J 112, 123.
 Fernández y González *J.* J
 405, 431.
 Fernando III (de España) *J.* J
 7.
 Fernando VI *J.* J 327.
 Fernando VII *J.* J 95. *J.* J 413.
 Ferraras *J.* J 202, 220.
 Ferraras, duquesa de *J.* J 250.

- Ferrari, Emilio *J.* J 333.
- Ferrarte Pallavicino *J.* JJ 198.
- Ferreiros, M. B. *J.* J 126n, 127n, 206.
- Ferreiros, Manuel *J.* JJ 367-9.
- Feuillée, Luis *J.* JJ 217.
- Feyjoo, Benito Jerónimo *J.* JJ 174, 193, 201-203, 205, 212, 294, 331, 417, 596.
- Fiansón, José *J.* JJ 475.
- Fierro, Pancho *J.* JJ 513, 514.
- Figueroa, Elena de *J.* JJ 18.
- Figueroa, Francisco de *J.* JJ 112.
- Figueroa y Santillán, Gerónimo de *J.* JJ 262.
- Filadelfia *J.* J 103.
- Filipinas *J.* JJ 69, 268.
- Filipón, Miguel Angel *J.* JJ 257, 260.
- Fitón *J.* JJ 250.
- Flandes *J.* JJ 8, 30, 40, 126, 227, 231.
- Flaubert, Gustave *J.* J 267. *J.* JJ 418.
- Flequier, Esprit *J.* JJ 207.
- Fleurí, Claudio *J.* JJ 199.
- Florencia *J.* J 416.
- Florentino, Remigio *J.* JJ 116.
- Florez, Juan José *J.* J 94, 184.
- Flórez, Antonio *J.* JJ 410.
- Flórez, Enrique *J.* JJ 202, 203.
- Florián *J.* J 165. *J.* JJ 324.
- Fogazzaro, Antonio *J.* J 280.
- Fortuny, Mariano *J.* JJ 316, 509.
- Fóscolo, Hugo *J.* J 150.
- Fouillée, Alfred *J.* J 273. *J.* JJ 472.
- Fox Morcillo, Sebastián *J.* J 284.
- France, Anatole *J.* J 18. *J.* JJ 417, 529, 534.
- Francia *J.* J XIII, 5, 30, 134, 182, 211, 230, 245, 247, 264, 266, 273, 275, 276, 282, 287, 288, 299, 304, 350, 354, 358, 366, 367, 375, 376, 382. *J.* JJ 39, 176, 177, 205, 227, 257, 280, 294, 376, 430, 446, 462, 475.
- Francia, José Gaspar Rodríguez de *J.* JJ 374.
- Francisco, San *J.* J 10n.
- Francisco I *J.* JJ 416.
- Fray Gerundio de las Campanas (Lafuente, Modesto) *J.* J 117, 129. *J.* JJ 196.
- Freyre de Jaimes, Carolina *J.* J 256n.
- Frezier, Amadeo *J.* JJ 217, 279, 294.
- Frías, Duque de *J.* JJ 410.
- Frías Trejo, Diego *J.* JJ 255, 256, 260, 261.
- Froissart, Jean *J.* JJ 416.
- Fromentin, Eugenio *J.* J 29.
- Fuente, Francisco *J.* J 226n.
- Fuente Barnuevo, María de la *J.* JJ 169, 291.
- Fuente y de la Palma, María de la *J.* JJ 170.
- Fuentes, Juan Bautista *J.* J 213-214.
- Fuentes, Manuel Atanasio *J.* J 24, 169, 209.
- GABRIEL (arcángel) *J.* J 310, 313, 321.

- Galápagos*, islas de *J.* ¶ 284.
Galarza, Juan de *J.* ¶ 268.
Galicia *J.* ¶ 200, 330.
Galilea *J.* ¶ 324.
Gálvez Barrenechea, José *J.* ¶ XVIII, 38, 39. *J.* ¶ 53, 454, 461, 476, 537-553, 599.
Gálvez, José *J.* ¶ 541.
Gálvez Egúsuiza, José *J.* ¶ 373, 378, 400, 541, 550.
Gálvez, Fray Juan *J.* ¶ 68, 69, 73.
Gallegos, Juan Nicasio *J.* ¶ 84, 92, 93, 102, 126. *J.* ¶ 34.
Gallo isla del *J.* ¶ 7.
Gamarra, Agustín *J.* ¶ XV, 105, 198, 336. *J.* ¶ 363, 400.
Gamarra, Francisca Zubiate de *J.* ¶ 6.
Gamarra, Francisco *J.* ¶ 171.
Ganivet, Angel *J.* ¶ 235.
Garaycochea, Miguel W. *J.* ¶ 206.
Garcés, Enrique *J.* ¶ 108, 566, 592.
García, Manuel Adolfo *J.* ¶ 23, 139, 144-146, 147, 165, 178, 333.
García Calderón, Francisco *J.* ¶ XVII, XXV, 17, 18, 19, 29, 38, 39, 42, 57, 339, 345, 346n. *J.* ¶ 452, 460, 476, 478 540.
García Calderón, Ventura *J.* ¶ XVII, 18, 19, 38, 39, 45. *J.* ¶ 38, 53, 60, 322, 398, 401, 411, 452, 460, 478, 526, 539, 540, 598.
García Gutiérrez *J.* ¶ 158.
García Icazbalceta, Joaquín *J.* ¶ 15.
García Moreno, Gabriel *J.* ¶ 16. *J.* ¶ 377, 378.
García Pauqui *J.* ¶ 14.
García Tassara *J.* ¶ 138.
García Villalta, Lope *J.* ¶ 407.
García de Castro *J.* ¶ 31.
García de Loyola, Martín *J.* ¶ 56, 153, 256.
García de Pineda, Antón *J.* ¶ 40.
García de la Huerta, Vicente *J.* ¶ 344, 345.
Garci Lasso de la Vega, Capitán Sebastián *J.* ¶ 7, 9, 17, 19, 22, 28, 31, 593.
Garcilaso de la Vega, Inca *J.* ¶ XV-XXI-XXII-XXVI, 28, 167n., 188, 189, 267. *J.* ¶ 1-62, 66, 91, 104, 113, 144, 176, 353, 384, 583, 594.
Garci Pérez de Vargas *J.* ¶ 7, 35.
Garci Lasso, Comendador de Montinzón *J.* ¶ 7.
Garci Sánchez de Figueroa *J.* ¶ 43.
Garavilles de Alconétar *J.* ¶ 169.
Gasca, Pedro de la *J.* ¶ 16, 17, 22.
Gasco, Fray Alonso de *J.* ¶ 70.
Gayangos, Pascual de *J.* ¶ 233.
Gavilán, Baltazar *J.* ¶ 14.
Génova *J.* ¶ 4. *J.* ¶ 30, 329.
Gerundio, Fray (V. Fray Gerundio de las Campanas).
Ghil, René *J.* ¶ 274.
Gibson, Percy *J.* ¶ 599.
Gil, Enrique *J.* ¶ 135, 353. *J.* ¶ 406.
Gil Polo, Gaspar *J.* ¶ 52.

- Gil de Taboada, Virrey *J. J* 336.
- Ginebra J. J* 262.
- Gioberti, Vincenzo *J. J* 540.
- Guicciardini, Francisco *J. J* 34.
- Guisti (poeta) *J. J* 135.
- Goethe, Johan Wolfgang *J. J* XIV, XX, 35, 55, 267. *J. J* 429.
- Gog *J. J* 323.
- Goldoni, Carlo *J. J* XIII.
- Gomera, Conde de la *J. J* 24.
- Gómez Hermosilla, José *J. J* 342.
- Gómez, Vasco *J. J* 23.
- Gómez Suárez de Figueroa (V. Garcilaso de la Vega, Inca) *J. J* 7, 9, 33.
- Gómez de Carvajal Illán *J. J* 30.
- Gómez de Luna *J. J* 9. (V. Luna Gómez de)
- Gómez de Rueda (V. Rueda, Gómez de) *J. J* 199.
- Gómez de Solís, capitán *J. J* 70.
- Gómez de Vaquero *J. J* 398.
- Gómez de los Ríos, Jacinto *J. J* 172, 292.
- Gómez Tordoya de Vargas *J. J* 9, 18.
- Goncalves Díaz, Antonio *J. J* 355.
- Góngora y Argote, Luis de *J. J* 316. *J. J* 60, 188, 433, 453, 463, 464, 474, 481-493, 543, 598.
- González de Agüero, María *J. J* 4.
- González de Carvajal, Tomás *J. J* 96, 97, 99, 102, 128n.
- González de Fanning, Teresa *J. J* 256n.
- González de Mendoza, Gregorio *J. J* 175, 200, 219.
- González de la Rosa, Manuel *J. J* 28. *J. J* 18, 34, 60, 466.
- González de la Torre, Hernán *J. J* 258.
- González, F. B. *J. J* 239n.-240n.
- González Palencia, Angel *J. J* 32.
- González Prada, Manuel *J. J* XXVI 24, 25, 30, 38, 43, 44, 206, 230, 232-254, 337, 355, 357, 358, 359, 360, 366. *J. J* 60, 188, 433, 453, 463, 464, 472, 481-493, 543, 598.
- Gorostiza *J. J* 115.
- Gorriti, Juana Manuela *J. J* 160, 215-216.
- Gorrinchátegui, Agustín de *J. J* 333.
- Goya y Lucientes Francisco de *J. J* 346, 513, 597.
- Gourmont, Remy de *J. J* 18.
- Gracián, Baltazar *J. J* 52, 199, 207, 314.
- Granada J. J* 170. *J. J* 7, 35, 418.
- Granada, Fray Luis de *J. J* 311. *J. J* 81, 105, 595.
- Granja Conde de la (Oviedo y Herrera D. Luis Antonio) *J. J* XII, 76, 325-329. *J. J* 96, 98, 103, 152, 201, 203, 205, 221-274, 283, 285, 288, 310, 313, 314, 333, 583, 586, 597.
- Grau, Miguel *J. J* 34. *J. J* 532.
- Gravensson, Ignacio *J. J* 203.
- Graziani, Gerolamo *J. J* 283.

- Grecia T.* J. J 135, 156, 275, 298, 379, 382. T. JJ 486, 487, 591.
Guadalajara T. J. J 372. T. JJ 168, 291.
Gual, Pedro T. J. J 16.
Guatemala T. J. J 196. T. J. J. 9, 20, 408, 409, 459.
Guayaquil T. J. J 78, 81, 216, 224n., 451. T. JJ 268, 274, 284, 342, 358, 359, 372, 378.
Guatimozín (divinidad mexicana) T. J. J 372.
Guayas T. J. J 156n.
Guerra, Junqueiro, Abilio Manoel T. JJ 478.
Guevara, Fray Antonio T. JJ 34.
Guevara, Jerónimo de T. JJ 258.
Guido, Spano T. JJ 19.
Guirior, Manuel T. JJ 329.
Guisa, Duque de T. JJ 39.
Guizot, Francois T. J. J 18, 142n., 277, 376.
Gutiérrez (hermanos) T. J. J 211. T. JJ 379.
Gutiérrez, Juan María T. J. J 364. T. JJ 168, 199, 202, 216, 219, 304.
Gutiérrez de la Fuente (general) (V. La Fuente)
Gutiérrez González T. J. J 149, 170.
Guyau T. J. J 218, 235, 291, 357.
Guzmán Blanco T. J. J 381.
Guzmán, Rodrigo de Alvaro T. JJ 67.
Guzmán y Esquivel T. JJ 67.
Guzmán y Tovar, Petronila T. J. J 8.
HABACUC T. J. J 98n., 323.
Habana, La T. J. J 365.
Hansen, (dominico) T. JJ 223.
Hartzenbusch, Juan Eugenio T. J. J 136.
Hastings, Warren T. J. J 16.
Havisca T. JJ 20.
Havre T. J. J 144n., 146n.
Hawkins, Juan T. J. J 8. T. JJ 274.
Hawkins, Ricardo T. JJ 274.
Haya de la Torre, Víctor T. J. J 200n.
Hecateo de Mileto T. JJ 51.
Héctor T. JJ 7.
Heine, Enrique T. J. J 135, 178, 233, 236. T. JJ 403.
Heinecio T. J. J 332.
Hegel T. J. J 378.
Heliconia T. JJ 119.
Henao T. JJ 203, 220.
Henestrosa de Vargas Alonso T. JJ 7, 33.
Henríquez, Pedro (Conde) T. JJ 230.
Henríquez, Diego T. JJ 22.
Henríquez Ureña, Pedro T. JJ 59.
Heráclito T. J. J 152.
Herbelot, Bartolomé T. JJ 175n.
Herculano, Alejandro T. JJ 407.
Hércules T. J. J 265.
Heredia, José María T. J. J 126, 223, 264.
Heredia, Lorenzo de T. JJ 261.
Hermosilla, José Mamerto Gómez y T. J. J 112, 113, 294.
Herodoto T. JJ 38, 50, 51.
Hernández, Julio T. JJ 476.
Hernández Girón, Francisco T. J. J 15, 191. T. JJ 22-24, 26, 29, 186, 255, 257, 307.

- Hernández Melgarejo, Alonso
J. ff 22.
- Herrera, Bartolomé *J.* ff XXVI,
 192n., 212. *J.* ff 348, 400,
 424, 433, 472, 255, 257, 307.
- Herrera, Fernando de *J.* ff 84,
 96, 112. *J.* ff 37.
- Herrera, Fray Agustín de *J.* ff
 35.
- Herrera y Mendoza, Juana *J.*
 ff 180.
- Hervias, Fray Antonio de *J.* ff
 70.
- Hijar, Marqués de *J.* ff 185.
- Hinojedo (Santander) *J.* ff 139.
- Hinestrosa, Rodrigo de *J.* ff
 514.
- Hinojosa, Alonso de *J.* ff 27.
- Hipocrema *J.* ff 129.
- Hipólito *J.* ff 120.
- Hita, Arcipreste de *J.* ff 406,
 416.
- Hobbes, Tomás *J.* ff
- Holguín, Francisco *J.* ff 170,
 171.
- Hojeda, Fray Diego de *J.* ff
 XII, 54, 76, 309-328, 340, 341.
J. ff 60, 61-106, 112, 128,
 131, 176, 243, 246, 322, 592.
- Homero *J.* ff 155, 156n., 225,
 274, 294. *J.* ff 90.
- Horacio *J.* ff 154, 294. *J.* ff 116,
 343, 445, 491.
- Horán (padre) *J.* ff 210.
- Houssaye (seud. de Arsenio
 Housset) *J.* ff 165.
- Huaina Putina, volcán *J.* ff 150.
- Huallate *J.* ff 43.
- Huallpa Túpac *J.* ff 9, 10, 43.
- Huamachuco *J.* ff 440.
- Huamanga *J.* ff 191. *J.* ff 80,
 567.
- Huamán Poma de Ayala *J.* ff
 46, 50.
- Huamánpallpa, Curaca *J.* ff 18.
- Huanca, Catalina *J.* ff 190.
- Huancavelica *J.* ff 40. *J.* ff 566,
 567.
- Huanchaco *J.* ff 40.
- Huánuco *J.* ff 309n. *J.* ff 72,
 79, 80, 114, 231, 262, 319.
- Huanta *J.* ff 567.
- Huarás *J.* ff c22, 567, 597.
- Huarco *J.* ff 29.
- Huarmey *J.* ff 267.
- Huarina *J.* ff 15.
- Huáscar, Inca *J.* ff 27, 142,
 143, 145.
- Huaylas, Callejón de *J.* ff 323,
 363.
- Huayllas, Ñusta Inés *J.* ff 16.
- Huayna Cápac *J.* ff 83, 90,
 106n., 252.
- Hubertino *J.* ff 116.
- Huelva *J.* ff 512.
- Huiracocha *J.* ff 55.
- Hugo, Víctor *J.* ff 113, 123,
 128n., 135, 136, 138, 144,
 158, 180, 221, 238, 239, 353,
 356, 358. *J.* ff 34, 406, 452,
 471, 472, 597.
- Huitzilipochtli (divinidad) *J.* ff
 352.
- Humbolt, Alexander von *J.* ff
 203, 278.
- Hume, Martín *J.* ff XVI.
- Humeya, Abén *J.* ff 33.
- Hurtado de Mendoza, los *J.* ff
 45.
- Hurtado de Mendoza, Andrés
J. ff 193.

- Hurtado de Mendoza, Diego *J.* ¶ 33.
 Hurtado de Mendoza, Francisco *T.* ¶ 320.
 Hurtado de Mendoza, García *T.* ¶ 153, 271.
 Husserl, Edmundo *T.* ¶ 44.
 Huysmana, Joris-Karl *T.* ¶ 224 475.
- IBÁÑEZ de Segovia, Luis (marqués) *T.* ¶ 231.
 Ibis *T.* ¶ 122.
 Ica *T.* ¶ 40. *T.* ¶ 19, 29, 266, 566, 567.
 Iglesias, Miguel *T.* ¶ 380.
 Ignacio de Loyola, San *T.* ¶ 75, 256.
 Ilo *T.* ¶ 8.
 Imperial, Francisco *T.* ¶ 280.
 Inca Manco *T.* ¶ 9, 11, 33.
 India *T.* ¶ 269.
 Indias *T.* ¶ 33, 53, 258, 280.
 Inglaterra *T.* ¶ 5, 134, 245, 279, 281, 304, 314, 315, 369, 377. *T.* ¶ 33, 49; 227, 263, 416, 461.
 Ingunza *T.* ¶ 15.
 Innsbruck *T.* ¶ 262.
 Iquique *T.* ¶ 264.
 Iriarte, Tomás de *T.* ¶ 259.
 Irrisarri, Antonio de *T.* ¶ 176.
 Irving, Washington *T.* ¶ 281.
 Isabel I, reina de Inglaterra *T.* ¶ 314. *T.* ¶ 263.
 Isaías *T.* ¶ 98n.
 Isis *T.* ¶ 219.
- Isla, Padre *J.* ¶ 196, 212, 314.
 Italia *T.* ¶ XIII, 30, 31, 134, 245, 279, 304. *T.* ¶ 8, 32, 38, 93, 117, 205, 233, 257, 262, 266, 294, 376, 479.
 Iturri, S. J. Francisco Javier *T.* ¶ 166n.
 Izcue, José Augusto de *T.* ¶ 340.
- JAMBELI *T.* ¶ 378.
 Jammes, Francis *T.* ¶ 475, 476.
 Japón *T.* ¶ 35, 40, 356.
 Jaquijahuana *T.* ¶ 17.
 Jara, José María de la *T.* ¶ 476.
 Jauja *T.* ¶ 252.
 Jáuregui y Aguilar, Juan *T.* ¶ 112. *T.* ¶ 204, 280.
 Jehová *T.* ¶ 96.
 Jeremías *T.* ¶ 127n.
 Jerusalem *T.* ¶ 131.
 Jiménez, Juan Ramón *T.* ¶ 476, 542, 543, 550.
 Jiménez de la Espada *T.* ¶ 46, 113, 176.
 Jiménez de Lobatón *T.* ¶ 230.
 Jiménez de Lobatón y Azaña *T.* ¶ 9.
 Jiménez de Lobatón y Morales, Juan *T.* ¶ 9.
 Jimeno, Martín *T.* ¶ 273.
 Jordán de Urríes y Azara José *T.* ¶ 429.
 Jordano, Lucas *T.* ¶ 225.
 José, San *T.* ¶ 141.
 Josse *T.* ¶ 182.
 Joubert *T.* ¶ 128n.
 Jovellanos, Gaspar Melchor de *T.* ¶ 123. *T.* ¶ 417.

- Juan, Jorge *J. J* 104n. *J. J* 303, 325, 327.
 Juan de Austria *J. J* 32, 33, 37.
 Juan de la Cruz, San *J. J* XIII, 96, 195.
 Juan II [rey de Castilla] *J. J* 192. *J. J* 113.
 Juárez, Benito *J. J* 360, 361.
 Judas *J. J* 310.
 Juliano *J. J* 486.
 Julio César *J. J* 157n., 313. *J. J* 34.
 Juno *J. J* 138.
 Júpiter *J. J* 487.
 Justiniani, Justo Pastor *J. J* 166n.
 Juvenal *J. J* 123.
- KAHN, Gustavo *J. J* 275.
 Klopstock, Friedrich *J. J* 322, 323, 325. *J. J* 90, 103.
 Koch, Paul de *J. J* 376.
 Koening, Juan Ramón *J. J* 175.
- LA BRUYERE *J. J* 235.
 Labarthe, Pedro *J. J* 272.
 La Condamine, Carlos María *J. J* 294.
 Ladrón de Guevara, Diego *J. J* 187, 289, 312.
 La Fuente, Antonio Gutiérrez de *J. J* 211.
 Gutiérrez de *J. J* 211.
 La Fontaine, Jean de *J. J* 404, 416.
- La Florida J. J* 19.
 Lafuente, Modesto (Fray Gerundio) *J. J* 117, 129. *J. J* 196.
La Gorgona J. J 29.
 Lagomagiorne *J. J* 162.
 La Harpe, Francisco de *J. J* 102.
 Lamartine, Alphonse de *J. J* 135, 140, 155, 156, 231, 239, 251, 287. *J. J* 276, 402, 277.
Lamas J. J 4.
Lambayeque J. J 372, 565. *J. J* 40.
 Lamero Andrade, Hernando *J. J* 262.
 La Motte-Hourar, Antonio *J. J* 165.
 Landivar, Rafael *J. J* 122.
 Lanuza, Juan de *J. J* 39.
La Paz J. J 7.
La Punta J. J 39.
 Lara, José María (Gral.) *J. J* 106n.
 Lara, Contessa *J. J* 572.
Laredo J. J 3.
 Larra, Mariano José de *J. J* 117, 129, 182, 354.
 Larrabure, Manuel Hipólito *J. J* 126n., 165, 166n., 167n. *J. J* 406, 418, 430.
 Larrea, Lázaro Bartolomé *J. J* 219, 306.
 Larreta, Enrique *J. J* 223, 414
 Larriva, José Joaquín de *J. J* 93-95, 102, 129, 169, 176.
 Larriva, Juan Francisco *J. J* 209.
 Larriva de Llona, Lastenia *J. J* 224.
 Lasarte, Floristán de *J. J* 345.

- Lasso de la Vega, Angel *J.* ¶ 110.
- La Serna, José de *J.* ¶ 5.
- La Serena* *J.* ¶ 258.
- Lastres, capitán *J.* ¶ 372.
- Lavalle, Juan Bautista de *J.* ¶ 364.
- Lavalle, José Antonio de *J.* ¶ 95, 202, 203-204, 237. *J.* ¶ 373, 380, 400, 407, 431, 503, 526.
- Laverde Ruiz, Gumercindo *J.* ¶ 284.
- La Venturosa* suburbio recolectano *J.* ¶ 74.
- Las Perlas*, islas *J.* ¶ 253.
- Las Posadas*, villa *J.* ¶ 35.
- Laycacota* *J.* ¶ 190.
- Lazán, Marqués de *J.* ¶ 234.
- Lázaro *J.* ¶ 234.
- Lazo, Benito *J.* ¶ 127n. *J.* ¶ 396, 400.
- Leandro. *J.* ¶ 121.
- Lecomte de Lisle *J.* ¶ 223.
- Leguía, Augusto B. *J.* ¶ 29, 30, 31, 32. *J.* ¶ 354, 423, 424.
- Lejde, Felipe *J.* ¶ 175.
- Le Moyne, Pedro *J.* ¶ 180, 204, 205, 270.
- Lemos, Conde de *J.* ¶ 212, 229, 230, 419, 329, 501.
- Leonard, Irving *J.* ¶ 166n., 168, 173, 181, 200, 293.
- León, Fray Luis de *J.* ¶ 96, 102, 145, 150, 153. *J.* ¶ 8, 37, 322, 595.
- León Pinelo, Diego *J.* ¶ 76, 324.
- León, el Hebreo *J.* ¶ 34, 36, 38, 176, 593.
- Leopardi, Jacobo *J.* ¶ 135, 150, 152n., 217, 218, 221, 230, 356.
- Le Sage, Alain-René *J.* ¶ 416.
- Lesseps, Ferdinand de *J.* ¶ 172.
- Lessing, Gotthold Efraim *J.* ¶ 380.
- Levillier, Roberto *J.* ¶ 28.
- Lewin, Boleslao *J.* ¶ 238.
- Lhomond, Carlos Francisco *J.* ¶ 292.
- Licofrón *J.* ¶ 576.
- Licurgo *J.* ¶ 488.
- Liduina de Shidan, Santa *J.* ¶ 224.
- Lima* passim.
- Linguet, Simón Nicolás E. *J.* ¶ 102.
- Liñán, Cristóval de *J.* ¶ 170.
- Liñán y Cisneros, Melchor *J.* ¶ 282.
- Liñan y Serrano, Francisco *J.* ¶ 170, 291.
- Lisperguer, Juan Rodolfo de *J.* ¶ 264.
- Lista, Alberto *J.* ¶ 112, 113, 114, 225. *J.* ¶ 341, 342.
- Lisboa* *J.* ¶ 29, 39, 326.
- Lizárraga, Fray Reginaldo de *J.* ¶ 152, 255, 262, 263, 270.
- Londres* *J.* ¶ 107n., 168n., 368, 369. *J.* ¶ 46, 470.
- Loayza, Alonso de *J.* ¶ 23.
- Loayza, Baltazar de *J.* ¶ 30.
- Lobatón Martín de *J.* ¶ 305.
- Lohman, Villena, Guillermo de *J.* ¶ 108, 583, 595.
- Longfellow, Enrique Wodsworth *J.* ¶ 180, 281, 369.
- Longo *J.* ¶ 487.

- Lope de Vega *J.* ff 59, 192, 204, 234, 244, 251, 415, 417, 583, 594, 595 .
- Lópes, S. J. Pedro *J.* ff 345.
- López de Mendoza, Iñigo, Marqués de Santillana *J.* ff 7, 8.
- López de Zárate *J.* ff 244.
- López, Vicente Fidel *J.* f 166n.
- Looz Corswarren, Arnoldina Carolina de *J.* f 5.
- López Lissón, D. M. *J.* f 106n., 126n.
- Lora, José E. *J.* ff 476.
- Lorea *J.* f 206.
- Lorena, Cardenal de *J.* ff 39.
- Lorente, Sebastián *J.* f 142n. *J.* ff 365.
- Lorenzana, Fray Juan de *J.* ff 69, 71, 74, 78, 80.
- Lorenzo, Aldonza *J.* f 303, 384.
- Lorrain, Juan *J.* f 274. *J.* ff 476.
- Loreto *J.* ff 401.
- Losada, Amalia Puga de *J.* ff 582.
- Louys, Pierre *J.* f 280.
- Loyola, San Ignacio de *J.* f 132n.
- Lozano, Abigail *J.* ff 376, 377.
- Lucano, Marco *J.* f 84. *J.* ff 194, 207.
- Luciano *J.* ff 207, 208, 220.
- Lucrecio *J.* f 17, 167, 172, 290.
- Lucchesini, Juan Lorenzo *J.* ff 223.
- Lugo, obispo (V. Suárez de Carbajal, Juan de *J.* ff 30.
- Lugones, Leopoldo *J.* ff 598.
- Luis I *J.* ff 197.
- Luis XIII *J.* ff 206.
- Luis XIV *J.* f XVI, 15, 102; XVI, 88. XV, 204, 287. *J.* ff 179, 280, 281, 416.
- Luis XVI *J.* ff 177.
- Luis, Inca *J.* ff 50.
- Lulio, Raimundo *J.* f 164, 284.
- Luna Pizarro, Francisco Javier de *J.* f 119.
- Lunahuaná *J.* ff 257, 262.
- Luque, Bernaldino, Cristóbal *J.* ff 44.
- Lutero, Martín *J.* f 314. *J.* ff 135.
- Luz, Fray Juan de la *J.* ff 72.
- Luzán, Ignacio de *J.* f 77. *J.* ff 445.
- Luzara *J.* ff 232.
- Luzbel *J.* f 320.
- LLANO Zapata, José Eusebio *J.* f 76. *J.* ff 55, 331.
- Llerena, Pedro de *J.* ff 273.
- Llona, Numa Pompilio *J.* f 173, 216, 224, 356. *J.* ff 358, 571.
- Llona, Scipión *J.* f 173.
- Llona, María Teresa *J.* ff 567-572.
- MACAULAY, Thomas B. *J.* f 186.
- Macchiavelo, Nicolás *J.* ff 488.
- Macrobio, Ambrosio Teodosio *J.* ff 208.

- Machado de Assis, Joaquín María *J. ¶* 521.
Madrid J. ¶ 7, 13, 32, 40, 89, 107, 111n., 163, 168n., 207n., 367. *J. ¶* 28, 30, 46, 71, 110, 201, 214, 227, 231, 238, 282, 461, 470, 478, 510, 513, 588, 599.
 Maestro, Matías *J. ¶* 31. *J. ¶* 336.
 Magallanes, Hernando *J. ¶* 256.
Magallanes, estrecho de J. ¶ 261, 262, 264, 274.
 Magdalena *J. ¶* 321.
 Magini *J. ¶* 175.
 Magino, Antonio de *J. ¶* 175.
 Magog *J. ¶* 323.
 Mahomet, Alí *J. ¶* 216.
Mala J. ¶ 312.
 Maldonado, S. J. padre *J. ¶* 40.
 Maldonado, Diego de *J. ¶* 191.
 Maldonado Torres, Alonso *J. ¶* 137.
 Maldonado el rico, Diego *J. ¶* 19.
 Malo de Molina, Melchor *J. ¶* 318.
 Maluenda, Carlos *J. ¶* 176.
 Mallarmé, Stefhane *J. ¶* 228n. *J. ¶* 576.
 Mamburón, Pedro *J. ¶* 183, 205.
 Manco Cápac *J. ¶* 156. *J. ¶* 21, 283.
Manchuria J. ¶ 35.
 Manes *J. ¶* 314.
 Manering Guy *J. ¶* 406.
 Manfredi, Eugenio *J. ¶* 229.
Manila J. ¶ 312.
 Manrique, Felipe *J. ¶* 229.
 Manrique, Gómez *J. ¶* 7.
 Manrique, Jorge *J. ¶* 129. *J. ¶* 7, 8.
 Manrique de Lara, Felipe *J. ¶* 318.
 Manrique de Lara y Zúñiga *J. ¶* 259.
 Mansilla, Nicolás de *J. ¶* 282.
 Manso de Velasco, Antonio *J. ¶* 312, 315.
 Mantilla, Luis Felipe *J. ¶* 364.
 Manzoni, Alejandro *J. ¶* 135. *J. ¶* 417.
Marcabuasi J. ¶ 29.
 Marcial, Marco Valerio *J. ¶* 125, 128, 343, 585, 595.
 Marco Aurelio *J. ¶* 291. *J. ¶* 486.
 Mardones, obispo *J. ¶* 43.
 María Luisa de Borbón *J. ¶* 86.
 Mariana, Juan de *J. ¶* 47, 202.
 Mariana de Austria *J. ¶* 200.
 Mariátegui, Francisco Javier *J. ¶* 22, 103, 119. *J. ¶* 400.
 Mariátegui, José Carlos *J. ¶* 200.
 Marini, Juan Ambrosio *J. ¶* 206, 234.
 Marino, Giambattista *J. ¶* 236.
 Markham, Clemente *J. ¶* 168n. *J. ¶* 45.
 Marmontel, Jean-Francois *J. ¶* 332.
 Marqués de Cañete (V. Hurtado de Mendoza)
 Marqués de Villafuerte *J. ¶* 325.
 Márquez, José Arnaldo *J. ¶* 23, 37, 139, 153-158, 178. *J. ¶* 348, 377.
 Marte *J. ¶* 9. *J. ¶* 158, 487.

- Martel de los Ríos, Luisa *J.* ff 19, 28.
 Martín, Catalina *J.* ff 67.
 Martín, Lope *J.* ff 29.
 Martínenche, Ernesto *J.* ff 166 462, 463.
 Martínez, Andrés *J.* ff 107
 Martínez, Bartolomé *J.* ff 69, 72, 73.
 Martínez Compañón *J.* ff 335.
 Martínez de la Rosa *J.* ff 116.
 Martínez Montañez, Juan *J.* ff 90.
 Martínez Vegazo, Lucas *J.* ff 8.
 Martínez Vela, Bartolomé *J.* ff 228.
 Masías, J. (impresor) *J.* ff 95, 106, 132n., 142n.
 Matto de Turner, Clorinda *J.* ff 38, 202, 230, 255-256.
 Maximiliano (emperador de México) *J.* ff 352.
Mazalquivir *J.* ff 32.
Medina del Campo *J.* ff 17.
Mediterráneo mar *J.* ff 121.
 Meléndez Valdés, Juan *J.* ff 22, 79, 80, 84, 112, 113, 206.
 Melgar, Mariano *J.* ff 21, 71, 78-80, 102, 126n., 205, 206, 330, 351.
 Melgarejo, Cristóbal *J.* ff 216, 303-305, 321.
 Melgarejo, Félix *J.* ff 216, 303, 305.
 Melo, Rosendo *J.* ff 252.
 Mena, Juan *J.* ff 75, 280.
 Menacho *J.* ff 76, 285.
 Menacho, Juan Pérez de *J.* ff 76, 285.
 Menage, Gilles *J.* ff 207.
 Menard, Luis *J.* ff 235.
 Mendaña, Alvaro de *J.* ff 254.
 Mendiburo, Manuel de *J.* ff 16, 28, 101, 142n., 186. *J.* ff 110, 230, 254.
 Mendoza, Alonso de *J.* ff 69.
 Mendoza, Antonio de *J.* ff 23, 257.
 Mendoza, Francisco *J.* ff 23, 32, 321.
 Mendoza y Sánchez Boquete Ríos Navamuel y Román de Aulestía, Andrea *J.* ff 9.
 Menéndez Pelayo, Marcelino *J.* ff XII-XIV, 13, 18, 200, 21, 22, 27, 48, 54, 57, 75n., 85, 86n., 90, 91, 92n., 95, 118, 150, 152, 158, 214, 267, 284, 286, 309, 320, 345, 368, 377. *J.* ff 36, 45, 46, 90, 114, 119, 125, 166, 168, 176, 190, 202, 233, 293, 476.
 Meneses, Pablo de *J.* ff 29.
 Mera, Juan León *J.* ff 266, 368.
 Mercurio *J.* ff 138.
 Merimée, Próspero *J.* ff 417.
 Merino, José Ignacio *J.* ff 396.
 Mesa, Alonso de *J.* ff 43.
 Mesa, Cristóbal de *J.* ff 244.
 Mesía de Valenzuela, Cristóbal *J.* ff 180.
Mesina *J.* ff 326.
 Mesoneros Romanos, Ramón de *J.* ff 117, 129. *J.* ff 403, 410, 419.
 Messía, P. Alonso *J.* ff 139, 212, 319.
 Metastasio, Pietro *J.* ff 152. *J.* ff 188, 342.
 Mexía, Fernando *J.* ff 118.
México *J.* ff XXVI, 4, 10, 26,

- 123, 263, 265, 303, 340, 354,
363, 368, 372, 374, 375, 377,
380. *J.* ¶ 8, 40, 42, 50, 53,
110, 115, 116, 117, 200, 258,
261, 268, 278, 313, 377, 408,
409.
- Michelet, Jules *J.* ¶ 16. *J.* ¶
7.
- Middenforf, T. W. *J.* ¶ 166n.
- Miguel, San *J.* ¶ 87.
- Milá y Frontanela, Manuel *J.*
¶ 320, 322. *J.* ¶ 90.
- Milán *J.* ¶ 419.
- Milton, John *J.* ¶ 155, 324, 325.
J. ¶ 90, 96.
- Miller, J. G. *J.* ¶ 82, 106n.
- Millevoye, Carlos H. *J.* ¶ 231.
- Minerva *J.* ¶ 487.
- Miñano, Sebastián *J.* ¶ 418.
- Miraflores *J.* ¶ 161. *J.* ¶ 289,
320, 329, 361, 379, 388, 441,
500, 515.
- Miramontes y Zuázola, Juan de
86, 176, 250-252, 256.
- Miranda, Francisco de *J.* ¶ 22.
- Mirándola, Pico de *J.* ¶ 327.
- Miro *J.* ¶ 118.
- Miró-Quesada Sosa, Aurelio *J.*
¶ 40. *J.* ¶ 108, 561-565, 580.
- Miró-Quesada, Rosa Sosa de
J. ¶ 40. *J.* ¶ 579-586.
- Miró-Quesada, Oscar *J.* ¶ XVII.
- Misti *J.* ¶ 126.
- Mitre, Bartolomé *J.* ¶ 167n.
168n. *J.* ¶ 349.
- Mizque *J.* ¶ 319.
- Moctezuma *J.* ¶ 372.
- Moisés *J.* ¶ 98.
- Moliere, (Jean Baptiste Poque-
lin) *J.* ¶ 287. *J.* ¶ 176, 190-
193, 207, 279, 596.
- Molina, Fray Alvaro de *J.* ¶
72.
- Molina y Oviedo, Fray Gaspar
J. ¶ 208.
- Moloc *J.* ¶ 323.
- Molucas islas *J.* ¶ 47.
- Moncada, general *J.* ¶ 229.
- Monclova, Conde de la *J.* ¶
280, 308, 318.
- Mondejar, Marqués de *J.* ¶
203.
- Mondoñedo *J.* ¶ 34.
- Mondoñedo, obispo *J.* ¶ 34.
- Monforte, Jerónimo de *J.* ¶
182, 286.
- Mongibelo *J.* ¶ 96, 152, 286.
- Montaigne, Miguel *J.* ¶ 128n.
- Montalvo, Juan *J.* ¶ XXI. *J.* ¶
277.
- Monteagudo, Bernardo de *J.*
XV. 103n., 158n. *J.* ¶ 379.
- Montealegre de Aulestía *J.* ¶
5, 9, 10, 31.
- Monteblanco, Conde de *J.* ¶
327.
- Montemayor, Jorge de *J.* ¶ 52.
- Montemar, Duque de *J.* ¶ 32.
- Monterola, José María *J.* ¶ 227.
- Monterotambo *J.* ¶ 27.
- Montes, Fray Agustín *J.* ¶ 70-
72, 78.
- Montes de Oca, Pedro *J.* ¶
112.
- Montes, Eugenio *J.* ¶ 48.
- Montesclaros, Marqués de *J.* ¶
80, 103, 108, 593.
- Montesinos, Fernando de *J.* ¶
47.
- Montesquieu (Carlos de Secon-
dant, Barón de) *J.* ¶ 287. *J.*
¶ 331.

- Montesquion Fezensac, Roberto de *J.* ¶ 275.
- Montevideo *J.* ¶ 462.
- Montiano y Luyando, Agustín *J.* ¶ 334.
- Montilla *J.* ¶ 29, 30, 35, 40, 45.
- Moore, Tomás *J.* ¶ 136, 353.
- Mora, José Joaquín de *J.* ¶ 6, 22, 107, 109, 124, 125, 140, 141, 153, 183, 215, 352. *J.* ¶ 346, 365, 408.
- Morales, Ambrosio de *J.* ¶ 34.
- Morales de Aramburú, Félix 335.
- Morales de la Torre, Raimundo *J.* ¶ 454, 463, 478.
- Moratín, Leandro Fernández de *J.* ¶ 84, 90n., 112, 113, 114, 115, 116, 280.
- Moratín, Nicolás Fernández de *J.* ¶ 334, 335, 342, 345, 369, 445.
- Morcillo de Auñón, Diego *J.* ¶ 185. *J.* ¶ 191, 193, 293.
- Morcillo, Miguel *J.* ¶ 254.
- More, Federico *J.* ¶ 476.
- Moreas, Jean *J.* ¶ 558.
- Morel Fatio, Alfredo *J.* ¶ 124.
- Moreno, morro *J.* ¶ 264.
- Moreno, Félix *J.* ¶ 132n., 309.
- Moreno *J.* ¶ 406, 429.
- Moreri, Louis *J.* ¶ 207.
- Moreto, Agustín *J.* ¶ 153. *J.* ¶ 191.
- Morfeo *J.* ¶ 139.
- Mortara, Marqueses de *J.* ¶ 32.
- Mosquera Barnuevo, Francisco *J.* ¶ 169.
- Moyobamba *J.* ¶ 48, 567.
- Mudarra, Martín *J.* ¶ 180, 188, 289.
- Mugaburu, José *J.* ¶ 172, 233, 277.
- Müller, Otfried *J.* ¶ 166.
- Muñoz, Cristóbal *J.* ¶ 265.
- Muratori, Ludovico Antonio *J.* ¶ 203.
- Murcia 261, 362.
- Murillo, Francisco de *J.* ¶ 40, 593.
- Murray, J. Middleton *J.* ¶ 4.
- Musset, Alfred de *J.* ¶ 135, 358. *J.* ¶ 505.
- NABUCODONOSOR *J.* ¶ 202.
- Napoleón (V. Bonaparte)
Nantes *J.* ¶ 179.
- Natal, P. Jerónimo *J.* ¶ 126.
- Navarra *J.* ¶ 32.
- Navarrete, Francisco *J.* ¶ 535.
- Navarro Ledesma, *J.* ¶ 522.
- Navia Bolaños, Alvaro *J.* ¶ 214.
- Nazca *J.* ¶ 591.
- Nebrija, Antonio de *J.* ¶ 34.
- Necochea, Mariano *J.* ¶ 143.
- Netzahualcóyolt *J.* ¶ 50.
- Netzahuilpilli *J.* ¶ 50.
- Nicaragua *J.* ¶ 31, 42.
- Nietzsche, Federico *J.* ¶ XXI, 18, 235, 375. *J.* ¶ 442, 488, 544.
- Nieva, Conde de *J.* ¶ 225. *J.* ¶ 28, 29, 280, 329.
- Nife, Francisco *J.* ¶ 335.
- Ninahuílca *J.* ¶ 50.
- Nordau, Max *J.* ¶ 349.
- Nossida *J.* ¶ 118.

- Novoa, Ernesto *J. J* 207-209.
 Novoa, Ignacio *J. J* 127n.,
 128n., 206.
 Nueva York *J. J* 29, 228, 262,
 368, 369. *J. JJ* 38, 45, 583.
 Nuñez, Pedro *J. JJ* 30.
 Nuñez, Rafael *J. JJ* 376.
 Nuñez de Arce, Gaspar *J. J*
 164, 224, 286, 334, 358. *J.*
JJ 471.
 Nuñez de Bonilla *J. JJ* 268.
 Nuñez de Vela, Blasco *J. JJ* 11,
 12, 30, 77.
- OBLIGADO Rafael *J. JJ* 411.
 Oceanía *J. JJ* 261.
 Odriozola, Manuel de *J. J* 93n.,
 100n., 186.
 O'Higgins, virrey *J. J* 334, 336.
 Ojeda, Fray Fernando de *J. J*
 310.
 Olavide, Pablo de *J. JJ* 15, 77,
 95, 102, 105n., 203.
 O'Leary, Daniel F. *J. J* 81.
 Olendorff (editor) *J. JJ* 460.
 Oliveira, Pedro *J. J* 467.
 Olmedo, José Joaquín de *J. J*
 22, 78, 80-93, 94, 106, 107,
 112, 113, 126, 127n., 138,
 143, 163, 165, 173, 181, 203,
 214, 217, 224, 264, 291, 330,
 351, 352. *J. JJ* 342, 343.
 Olmedo, Francisco de *J. JJ* 283.
 Olmos, Francisco *J. JJ* 273.
 Omate *J. JJ* 203.
 Ondegardo, Polo de *J. JJ* 28.
- Oña, Pedro de *J. JJ* 65, 112,
 117, 250, 251, 258, 414.
 Orbea, Isabel de *J. JJ* 335.
 Orbegoso, Luis José de *J. J*
 198. *J. JJ* 363.
 Orcones *J. J* 215.
 Ordoñez de Rueda, Luisa *J. JJ*
 226.
 Oré, Fray Jerónimo de *J. JJ* 23,
 42.
 Orosco, Rodrigo de *J. JJ* 141.
 Ortega Valencia, Pedro *J. JJ*
 264.
 Ortis de Sotomayor, Rafael *J.*
JJ 229.
 Ortis de Zárate, Pedro *J. JJ*
 257.
 Orrantia, Domingo de *J. JJ* 201,
 334.
 Orrantia, Manuela de *J. JJ*
 334.
 Osma Ramírez de Arellano, Ig-
 nacio *J. J* 9, 12.
 Osma Ramírez de Arellano (Fa-
 milia) *J. J* 11.
 Osma y Querejazu, Gaspar de
J. J 10.
 Osma y Sancho-Dávila, Rosa
 Julia de *J. J* 10, 12, 13.
 Osma y Sancho-Dávila, María
 de los Dolores Carmen *J. J*
 3, 7, 10, 12, 13.
 Oviedo, *J. JJ* 203.
 Oviedo Gonzalo Fernández de
J. JJ 56.
 Oviedo y Herrera, Luis Antonio
 (V. Granja, Conde de la)
 Ovidio *J. J* 79, 172. *J. JJ* 110,
 114, 116, 117, 119, 120, 125,
 592.

- Oxemhan, Juan *J.* ff 253, 254, 258, 260, 261.
- Oyague ,Domingo *J.* ff 322.
- Ozanam, Jacobo *J.* ff 175.
- PACCHO J.* ff 216.
- Pacífico, Océano *J.* J XVI. *J.* ff 269, 274, 278, 284.
- Pachacamac *J.* J 188.
- Pachacamac (dios) *J.* J 256.
- Pacheco, Francisco *J.* J 112. *J.* ff 114, 220.
- Pacheco Vélez, César *J.* J 48, 57, 346n. *J.* ff XV.
- Pacheco Zegarra, Gabino *J.* J 168.
- Paita *J.* ff 159, 263, 281, 319, 377, 378.
- Palacios, Juan Manuel *J.* J 168n.
- Palata Duque de la *J.* ff 336, 363.
- Palentino (V. Diego Fernández de Palencia)
- Palma, Angélica *J.* J 39. *J.* ff 355, 381, 495-517.
- Palma, Clemente *J.* J 26, 38, 260n. *J.* ff 453, 463, 475.
- Palma, Cristina Román de *J.* ff 504.
- Palma, Ricardo T. I XXII, XXVI, 22, 23, 31, 35, 38, 39, 41, 55, 71, 95, 117, 124n., 128n., 129, 136, 137, 138, 139, 144, 145, 150, 158, 159, 162, 175-203, 206, 210, 224, 225, 226, 229, 233, 234, 255, 308, 336, 351, 355, 356, 364. *J.* ff 57, 113, 174, 284, 346, 394-434, 452, 472, 497, 504-505, 515, 517, 526, 551, 597.
- Palomino, Juan Alonso *J.* ff 24.
- Pallavicino, Ferrante *J.* ff 295.
- Panamá *J.* J 7, 9, 172. *J.* ff 31, 68, 77, 149, 211, 253, 255, 256, 259-261, 267, 279, 326, 333, 583.
- Pancorvo, Juan de *J.* ff 26.
- Pando, José María de *J.* J 105-109, 127n. *J.* ff 344.
- Pangoa *J.* ff 441.
- Panizo y Orbezo, Federico *J.* J 132n.
- Pará *J.* ff 376.
- Paraguay *J.* J 205. *J.* ff 212, 288, 318.
- Pardo Bazán, Emilia *J.* J 286. *J.* ff 505, 510, 515.
- Pardo, Antonio *J.* J 226.
- Pardo y Aliaga, Felipe *J.* J 22, 36, 37, 71, 81, 102n., 107, 109, 111-125, 126n., 127n., 128, 130, 139, 169, 171, 176, 179, 184, 206, 227, 291. *J.* ff 57, 340-350, 373, 384, 403, 410, 413, 420, 428, 433, 472, 504, 527, 597.
- Pardo y Aliaga, José *J.* J 125-127.
- Pardo y Barreda, José *J.* J 30.
- Pardo y Lavalle, Manuel *J.* J 36, 38, 113, 311n. *J.* ff 340-350, 373, 379, 384, 597.
- Pareja Paz Soldán Carlos *J.* J 12.
- Parini, Giuseppe *J.* ff 417.
- Pariamarca *J.* ff 199.
- París *J.* J 6, 32, 107, 111n., 117, 160, 217n., 224, 227n.,

- 228n., 273, 274, 275, 277. *J.*
 ¶ 38, 46, 76, 105, 110, 178,
 238, 279, 296, 373, 376, 460,
 462, 463, 476, 508, 538.
- Parma, Duque de *J.* ¶ 186.
- Pasau J.* ¶ 29.
- Pascoli, Juan *J.* ¶ 280, 339.
- Patiño, ministro *J.* ¶ 217.
- Pastor Díaz *J.* ¶ 140.
- Patiño, José *J.* ¶ 294.
- Patrón, Pablo *J.* ¶ 466.
- Paucartambo J.* ¶ 20.
- Paulsen, Federico *J.* ¶ 454.
- Paullu, Príncipe *J.* ¶ 18.
- Paz Soldán, Mariano Felipe *J.*
 ¶ 28, 142n. *J.* ¶ 379.
- Paz Soldán, Carlos Enrique *J.*
 ¶ 467.
- Paz Soldán y Unánue, Pedro
J. ¶ 23, 139, 167-175, 229,
 232, 335. *J.* ¶ 342, 598.
- Pazán, Francisco *J.* ¶ 305.
- Pechuta, Juan *J.* ¶ 10.
- Pedro de Castilla (rey) *J.* ¶ 9.
- Pedro, San *J.* ¶ 86.
- Pedro el cruel *J.* ¶ 416.
- Pellicer, Casiano *J.* ¶ 327. *J.*
 ¶ 202, 220.
- Peña y Cívico, Pedro de la *J.*
 ¶ 173, 126, 231.
- Peñalosa, Juan de *J.* ¶ 281.
- Peñaranda *J.* ¶ 212.
- Peralta, Antonio de *J.* ¶ 322.
- Peralta, Bernardo Antonio *J.* ¶
 172.
- Peralta Barnuevo, Francisco *J.*
 ¶ 168, 172, 283, 291, 292.
- Peralta Barnuevo, Pedro de *J.*
 ¶ XXII-XXVI, 28 36, 37, 75,
 76, 77. *J.* ¶ 103, 165-220,
 246, 251, 277, 345, 596.
- Peralta, Juan de *J.* ¶ 169, 291,
 322, 597.
- Peralta, Magdalena Gertrudis
J. ¶ 172.
- Peralta, Luisa *J.* ¶ 219.
- Peralta, Pedro de (capellán) *J.*
 ¶ 216.
- Peralta, Petronila *J.* ¶ 217.
- Pereda, José María *J.* ¶ 286.
- Pérez, Antonio *J.* ¶ 39.
- Pérez Angel, Luis *J.* ¶ 114,
 132n., 345n.
- Pérez Aranibar, Eduardo *J.* ¶
 390.
- Pérez Bonalde, Juan Antonio
J. ¶ 180.
- Pérez de Ayala, Ramón *J.* ¶
 398.
- Pérez de Hita, Ginés *J.* ¶ 33.
- Pérez Galdós, Benito *J.* ¶ 210,
 286. *J.* ¶ 344, 505, 509, 515.
- Pérez Núñez, Diego *J.* ¶ 309n.
J. ¶ 67.
- Pérez Rincón, Cristóbal *J.* ¶
 113.
- Pérez Rosales, Vicente *J.* ¶ 365.
- Pérez de Vargas, José *J.* ¶ 106n.
Pérgamo J. ¶ 262.
- Perico J.* ¶ 261.
- Persio, Flaco Aulo *J.* ¶ 280,
 576.
- Perú. passim.*
- Pesado, José Joaquín *J.* ¶ 409.
- Petrarca, Francisco *J.* ¶ 592.
- Petronio *J.* ¶ 172. *J.* ¶ 207.
- Peza, Juan de Dios *J.* ¶ 409.
- Pezet, Juan Antonio *J.* ¶ 378.
- Pezuela, Joaquín de la *J.* ¶ 225.
- Pfandl, Ludwig *J.* ¶ XVI.
- Pico de la Mirándola, Giovanni
J. ¶ 167.

- Pilatos *J. J* 320, 321.
 Piccolomini, Alejandro *J. J* 34.
 Pichincha *J. J* 152, 248, 249.
 Pindaro *J. J* 274. *J. J* 487.
 Piérola, Nicolás de *J. J* 379, 384, 400, 505.
 Pinheiro, Silvestre *J. J* 142n.
 Piqueras *J. J* 397.
 Pirineos *J. J* 302. *J. J* 227.
 Pi y Margall, Francisco de *J. J* 38.
 Pisagua *J. J* 264.
 Pisco *J. J* 265, 322, 323, 597.
 Piura *J. J* 308.
 Pizarro, Hernando *J. J* 227n. *J. J* 30, 250.
 Pizarro, Francisco *J. J* 4, 7, 75, 191. *J. J* 6, 9, 11, 25, 204, 594.
 Pizarro, Francisco (hijo) *J. J* 10.
 Pizarro, Gonzalo *J. J* 191, 193. *J. J* 9, 12-16, 19, 31, 257, 262, 272.
 Pizarro, Francisco Marqués de San Juan *J. J* 194.
 Pizarro, Juan *J. J* 251.
 Pizarro, Pedro *J. J* 336.
 Plasencia *J. J* 4.
 Plascencia, Francisco de *J. J* 29.
 Plauto *J. J* 167, 172, 176. *J. J* 342.
 Plutarco *J. J* 290. *J. J* 34, 488.
 Plymouth *J. J* 258, 263, 264.
 Poe, Edgar Allan *J. J* 281, 369, 375. *J. J* 475.
 Polo, Gaspar Gil *J. J* 91.
 Polo, José Toribio *J. J* 127n.
 Pompadour, Madame de *J. J* 295.
 Pompeyo *J. J* 313.
 Porco *J. J* 18.
 Porfirogénito, Constantino *J. J* 208.
 Porras Barrenechea, Raúl *J. J* 28. *J. J* 108, 355.
 Portales, Diego *J. J* 108, 123. *J. J* 348.
 Portilla, Juan de la *J. J* 112.
 Portugal *J. J* 304. *J. J* 41, 112, 232, 294, 510.
 Portugal, Diego de *J. J* 125, 146, 153, 160, 274.
 Pope, Alexander *J. J* 81, 102.
 Potosí *J. J* 194. *J. J* 18, 27, 30, 110, 111, 112, 113, 123, 124, 126, 141, 142, 161, 161, 227-230, 264, 265, 269, 288, 325, 414.
 Poveda, canónigo *J. J* 320.
 Prada (V. González Prada Manuel)
 Prado, Javier *J. J* XVII, 21, 132n., 345.
 Prado, Mariano Ignacio *J. J* 211n., 381. *J. J* 378.
 Prado, Jerónimo de *J. J* 35.
 Presa y Carrillo, Diego de *J. J* 327.
 Prescott, William H. *J. J* 15, 16, 18, 189, 281.
 Priego, Pedro *J. J* 40.
 Priego, Marqués de *J. J* 30, 32, 35, 37, 40.
 Prince, Carlos (editor) *J. J* 151.
 Pro, Isabel *J. J* 383, 309, 321.
 Procopio de Cesarea *J. J* 208.
 Próspero Tinto, Fray Luis *J. J* 70.
 Puccinelli, Jorge *J. J* 332.

- Puga de Lozada, Amelia *J.* ¶ 256.
- Puget, Pedro *J.* ¶ 194.
- Pulgar, Hernando del *J.* ¶ 7.
- Queiroz, Eca de *J.* ¶ 478.
- Quental, Anthero de *J.* ¶ 478.
- Querejazu, Antonio de *J.* ¶ 335.
- Querejazu, Mariana de *J.* ¶ 335.
- Quevedo y Villegas, Francisco de *J.* ¶ 202, 237, 327. *J.* ¶ 181, 190, 207, 281, 314, 416.
- Quillota *J.* ¶ 264, 265.
- Quinault, Felipe *J.* ¶ 35. *J.* ¶ 191.
- Quimper, José María *J.* ¶ 401.
- Quinistaquillas *J.* ¶ 150.
- Quintana, Manuel José *J.* ¶ 79, 83, 84, 85, 86, 92, 102, 112, 116, 126n., 145, 147, 150, 163, 172, 217, 310, 320, 352. *J.* ¶ 90, 96, 119, 357, 369, 452, 472.
- Quintiliano, Marco Fabio *J.* ¶ 276. *J.* ¶ 51, 314.
- Quiñones, Antonio de *J.* ¶ 19, 25.
- Quisbuarcancha *J.* ¶ 12.
- Quispicanchis *J.* ¶ 15.
- Quirós, Angel Fernando *J.* ¶ 206.
- Quisquis *J.* ¶ 143.
- Quito *J.* ¶ 28, 43, 70, 71, 77, 111, 151-153, 231, 248, 262, 268, 272, 274, 279, 299, 325, 378, 414, 567.
- RABELAIS, Francisco *J.* ¶ 205, 416-419.
- Racine, Jean *J.* ¶ 102, 134, 287. *J.* ¶ 193.
- Raimondi, Antonio *J.* ¶ 47.
- Rambouillet (hotel de) *J.* ¶ 206.
- Ramírez Dávalos, Gil *J.* ¶ 24.
- Ramírez de Arellano, Domingo *J.* ¶ 330.
- Ramírez de Arellano (Familia) *J.* ¶ XXVI, 11.
- Ramírez de Arellano, Rosa *J.* ¶ 15.
- Ramírez de Meneses, Inés *J.* ¶ 169.
- Ranke, Leopold von *J.* ¶ XIV.
- Rapin, Renato *J.* ¶ 203, 206, 207.
- Raynal, Guillermo Tomás F. *J.* ¶ 332.
- Real Academia de la Historia *J.* ¶ 35.
- Recalde, Licenciado *J.* ¶ 263.
- Regnier, Henri de *J.* ¶ 280. *J.* ¶ 528.
- Reich, Emilio *J.* ¶ 368, 369.
- Reinaldo (personaje literario) *J.* ¶ 250.
- Renán, Ernesto *J.* ¶ XXI, 239, 287, 334. *J.* ¶ 47, 461.
- Renni, Guido *J.* ¶ 89.
- Rengifo, Juan Díaz *J.* ¶ 132.
- Renouvier, Carlos *J.* ¶ 273.
- Reus y Vahamonde, Emilio *J.* ¶ 381.
- Revoredo, César *J.* ¶ 39. *J.* ¶ 354, 389.
- Reyes, Alfonso *J.* ¶ XXV.
- Reyes Católicos *J.* 192.
- Ribas, Gonzalo *J.* ¶ 268.

- Ribera (Familia) *J.* *J.* 10.
 Ribera el Mozo, Nicolás *J.* *J.* 4-8, 191.
 Ribera el Viejo, Nicolás de *J.* *J.* 7, 191. *J.* *J.* 6, 113, 257, 263, 307, 442.
 Ribera (hijos) *J.* *J.* 8.
 Ribera, padre *J.* *J.* 326.
 Ribera, Fray Salvador de *J.* *J.* 66, 70-73, 76, 80.
 Ribera, Sancho de *J.* *J.* 261.
 Ribera y Bravo de Lagunas, Beatriz de *J.* *J.* 4.
 Ribera y Bravo de Lagunas, Sancho de *J.* *J.* 8, 9.
 Ribera y Dávalos, José *J.* *J.* 262.
 Ribera y Dávalos, Juan de *J.* *J.* 113.
 Ribera y Orozco, Leonor *J.* *J.* 141.
 Riglos Días de Rábago, Mercedes *J.* *J.* 6.
 Riglos Lasalle, José de *J.* *J.* 6.
Rímac *J.* *J.* 83, 417.
 Rincón *J.* *J.* 114.
Río de Janeiro *J.* *J.* 478.
Río de la Plata *J.* *J.* 493.
 Río, Guillermo del *J.* *J.* 333.
 Río, Martín del *J.* *J.* 150.
 Rioja *J.* *J.* 112.
 Rioja, Francisco *J.* *J.* 235, 585.
Rioja, la *J.* *J.*
 Ríos, Blanca de los *J.* *J.* 140. *J.* *J.* 515, 600.
 Riva, D. Hernando, señor de la *J.* *J.* 4.
 Riva-Agüero (Familia) *J.* *J.*
 Riva-Agüero, Martín de la *J.* *J.* 3.
 Riva-Agüero y Basso della Rovere, José de la *J.* *J.* 4.
 Riva-Agüero y Looz Corswaren, José de la *J.* *J.* 6.
 Riva-Agüero y Riglos, Enrique *J.* *J.* 7.
 Riva-Agüero y Riglos, José Carlos de la *J.* *J.* 3, 6, 10.
 Riva-Agüero y Sánchez Boquete, José de la *J.* *J.* 5, 13.
 Riva-Herrera y Agüero, Antonio *J.* *J.* 4.
 Riva-Herrera, Bartolomé de la *J.* *J.* 4.
 Riva Palacio, Vicente *J.* *J.* 409.
 Rivadeneyra (editor) *J.* *J.* 410.
 Rivas, Angel de Saavedra, duque de *J.* *J.* 136, 140, 183, 353. *J.* *J.* 406, 429, 430.
 Rivera, Antonio de *J.* *J.* 192.
 Roa Bárcena, José María *J.* *J.* 409.
 Robespierre, Maximiliano *J.* *J.* 237.
 Roca, Conde de la *J.* *J.* 244.
 Roca y Boloña, Mons. José Antonio *J.* *J.* 526, 530, 532.
 Rocca de Vergallo, N. A. della *J.* *J.* 227-228n.
 Rocha, Andrés de la *J.* *J.* 283.
 Rocha, Diego Miguel de la *J.* *J.* 170.
 Rocha, Eugenia de la *J.* *J.* 169.
 Rocha, Juan de la *J.* *J.* 169, 170, 291.
 Rocha S. J., Juan de la *J.* *J.* 169.
 Rocha, Magdalena de la *J.* *J.* 170-172.
 Rodenbach, George *J.* *J.* 280.
 Rodil, Ramón *J.* *J.* 158n.

- Rodó, José Enrique *J. J* XXI, 53, 293, 345-379. *J. J* 476.
 Rodrigo, Don *J. J* 146.
 Rodríguez, padre *J. J* 77.
 Rodríguez, César A. *J. J* 599.
 Rodríguez Baptista, Alonso *J. J* 256.
 Rodríguez de Guzmán, Diego *J. J* 180, 287, 313.
 Rodríguez de Villafuerte, Feliciano *J. J* 42.
 Rodríguez, Simón *J. J* 103.
 Rodulfo, Antolín *J. J* 344.
 Roelas, Juan de las *J. J* 592.
 Roggiers (pirata) *J. J* 284.
 Rojas, Francisco B. *J. J* 191.
 Rojas y Solórzano, Juan Manuel de *J. J* 286, 288.
 Roldán, José María *J. J* 112.
 Rollinat, Mauricio *J. J* 274.
 Roma (Ciudad) *J. J* XXIII, 13, 31, 120, 135, 156, 300. *J. J* 34, 73, 199, 207, 486.
 Román de Aulestia, Diego *J. J* 331.
 Romero, Carlos A. *J. J* 238.
 Ronsard, Pedro de *J. J* XIII, 178, 585.
 Rosa de Lima, Santa *J. J* 104n. *J. J* 152, 221-223, 231, 263, 285, 515.
 Rosa y Bouret *J. J* 15, 101, 160.
 Rosas, Juan Manuel *J. J* 374.
 Rossel, Cayetano *J. J* 320.
 Rossel, Ricardo *J. J* 230, 257.
 Rousseau, Juan Bautista *J. J* 206, 313.
 Rousseau, Juan Jacobo *J. J* 102, 104n., 105n., 119, 133, 253, 278. *J. J* 324, 332.
 Rubió y Lluch, Antonio *J. J* 267.
 Rueda, Eusebio *J. J* 201, 303.
 Rueda, Juana de *J. J* 215, 216, 303.
 Ruiz, Bernardino *J. J* 78, 127n. *J. J* 322.
 Ruiz de Alarcón, Juan *J. J* 59.
 Ruiz de Arana *J. J* 169.
 Rumauro *J. J* 251.
 Rusia *J. J* 245.
 SAAVEDRA, Los *J. J* 45.
 Sabelio *J. J* 314.
 Sacsayhuamán *J. J* 17, 41, 266.
 Saenz Cascante, Miguel *J. J* 181, 283, 286, 287.
 Saenz Peña, Roque *J. J* 505.
 Safo *J. J* 152.
 Saint Amand, Marco Antonio *J. J* 204.
 Saint Jus *J. J* 237.
 Saint Simón, Conde de *J. J* 447.
 Saint Preux *J. J* 104n.
 Salamanca *J. J* 56, 369. *J. J* 42, 343.
 Salamanca *J. J* 226, 231.
 Sales, Francisco Gregorio de *J. J* 172.
 Salas Barbadillo, Alonso Jerónimo de *J. J* 344.
 Salas y Villela, Francisco *J. J* 201.
 Salaverry, Carlos Augusto *J. J* 23, 139, 146-149, 154, 158, 178, 332, 336. *J. J* 373, 401, 431, 380, 598.

- Salaverry, Felipe Santiago *J.* ¶ 198. *J.* ¶ 363, 400, 433.
- Salazar, Tomás de *J.* ¶ 284, 320, 321.
- Salazar y Mendoza, Pedro *J.* ¶ 220.
- Salazar y Torres, Agustín *J.* ¶ 191.
- Salcedo Coronel, José García de *J.* ¶ 280.
- Salcedo Villandrado, Juan *J.* ¶ 112.
- Salinas, las *J.* ¶ 11.
- Salustio, Cayo Crispo *J.* ¶ 47.
- Salta *J.* ¶ 215.
- Sama *J.* ¶ 265.
- Samaín, Albert *J.* ¶ 475, 522, 528, 559.
- Sanabria *J.* ¶ 595.
- San Benito *J.* ¶ 303.
- San Bernardo *J.* ¶ 262.
- San Gregorio Magno *J.* ¶ 262.
- San Francisco *J.* ¶ 35.
- San Isidoro de Sevilla *J.* ¶ 262.
- San Juan *J.* ¶ 380, 440.
- San Juan Bautista Provincia de *J.* ¶ 74.
- San Jacinto, suburbio de *J.* ¶ 74.
- San Lorenzo isla de *J.* ¶ 255, 267, 270.
- San Luis del Marañón *J.* ¶ 376.
- San Quintín *J.* ¶ 30, 266.
- San Francisco, Marqués de (Manuel Romero de Terrero) *J.* ¶ 10.
- San Martín José de *J.* ¶ 5, 119, 154, 157, 179, 198.
- Sánchez, Luis Alberto *J.* ¶ 31. *J.* ¶ X, 398.
- Sánchez, Alonso *J.* ¶ 220.
- Sánchez Barra, José María *J.* ¶ 205-206.
- Sánchez Mármol *J.* ¶ 368.
- Sánchez Boquete de Aguilar y Román de Aulestía, Josefa *J.* ¶ 5.
- Sánchez Carrión, José Faustino *J.* ¶ 22, 81, 103 119. *J.* ¶ 421.
- Sánchez S. J. Juan Bautista *J.* ¶ 333.
- Sánchez de Herrera, Pedro *J.* ¶ 34.
- Sánchez de la Rocha, Juan *J.* ¶ 169.
- Sancho Dávila y Bermudez de Castila, Antonio *J.* ¶ 9, 36. *J.* ¶ 201, 234, 316, 317.
- Sancho Dávila, Juan Pedro *J.* ¶ 308, 317.
- Sancho Dávila y Castro, Felipe *J.* ¶ 9.
- Sancho Dávila y Castro, José María *J.* ¶ 9.
- Sancho Dávila y Mendoza, Carmen *J.* ¶ 9.
- Santa *J.* ¶ 312.
- Santa Cruz, Andrés *J.* ¶ 5, 108. *J.* ¶ 346, 359, 363-365, 367, 400.
- Santa Cruz, José *J.* ¶ 321.
- Santa Cruz, Chepita *J.* ¶ 320.
- Santa María de Popayan, Marqués *J.* ¶ 201.
- Santa María puerto *J.* ¶ 512.
- Santa Rosa de Lima *J.* ¶ 327-328.
- Santacruz Pachacuti Salcamayhua, Juan *J.* ¶ 167n. *J.* ¶ 54.
- Santander *J.* ¶ 3, 31.

- Santiago Concha, José de *J.* *J.* 318, 322.
J. 318, 322.
 Santiago de Chile *J.* *J.* 196, 369.
J. *J.* 112, 264, 507.
 Santillana, Marqués de (Iñigo, Lope de Mendoza) *J.* *J.* 280.
 Santo Domingo, Fray Diego de *J.* *J.* 72.
 Santo Buono, Príncipe de *J.* *J.* 312, 319.
 Santillán, Pedro de *J.* *J.* 258, 259, 261.
 Santisteban, Conde de *J.* *J.* 229.
 Santo Domingo, Fray Diego de *J.* *J.* 72.
 Santos de la Paz, Francisco *J.* *J.* 287, 312, 313.
 Sanz, Agustín *J.* *J.* 286.
 Sanz, Mariano José *J.* *J.* 206.
 Saña *J.* *J.* 267.
 Sapi *J.* *J.* 26.
 Sarasola, Mons. Sabas *J.* *J.* 35.
 Sarmiento (padre) *J.* *J.* 201.
 Sarmiento de Gamboa, Pedro *J.* *J.* 48, 261, 264.
 Sarmiento, Domingo F. *J.* *J.* XXVI, 33, 47, 350, 364, 365, 367.
 Sassone, Felipe *J.* *J.* 38. *J.* *J.* 452, 461, 478, 599, 600.
 Satán *J.* *J.* 323. *J.* *J.* 97.
 Sayce *J.* *J.* 51.
 Sayri Tupac, Inca *J.* *J.* 27, 256.
 Scarron, Paul *J.* *J.* 191.
 Scott, Walter *J.* *J.* 23, 109, 136, 137. *J.* *J.* 365, 381, 405, 406, 429.
 Scudery, Jorge *J.* *J.* 204-205.
 Schiller, Federico *J.* *J.* 135.
 Schopenhauer, Arthur *J.* *J.* 18, 381.
 Sedemano y Saldías *J.* *J.* 199.
 Sechura *J.* *J.* 267.
 Sedeño *J.* *J.* 112.
 Segovia *J.* *J.* 511.
 Segura, Manuel Ascencio *J.* *J.* 22, 71, 102n., 125n., 128-132, 136, 158n., 169, 176, 182. *J.* *J.* 298, 300, 342, 345, 346, 384, 405, 410, 420, 433, 597.
 Seguro, Jacinto Rudecindo de *J.* *J.* 335.
 Seminario, Fray José de *J.* *J.* 105.
 Séneca, Lucio Anneo *J.* *J.* 284, 290, 291. *J.* *J.* 194, 207.
 Senmanat y de Lanusa, Juan *J.* *J.* 282.
 Seoane, Buenaventura *J.* *J.* 128n., 206, 213n.
 Seoane, Enrique *J.* *J.* 213n.
 Serso, Matilde *J.* *J.* 508.
 Serry, Jacobo *J.* *J.* 207.
 Sevilla *J.* *J.* 30, 32, 36, 47, 112. *J.* *J.* 23, 29, 33-35, 67, 69, 82, 108, 110, 112, 124, 125, 201, 244, 342, 418.
 Shakespeare, William *J.* *J.* 128n., 155, 157, 158, 239. *J.* *J.* 5.
 Shelley, Percy Bysshe *J.* *J.* 135. *J.* *J.* 528.
 Siam *J.* *J.* 291.
 Sibarís *J.* *J.* 487.
 Sicilia *J.* *J.* 300. *J.* *J.* 472.
 Sicilia, Martín de *J.* *J.* 12.
 Sicuani *J.* *J.* 166.
 Sidonio, Apolinar San *J.* *J.* 280.
 Sierra (región del Perú) *J.* *J.* 255.
 Sierra, Justo *J.* *J.* 360, 374, 377, 378.

- Sierra de Leguisamo, Mancio *J.* ¶ 219.
- Sierrabella, Condesa de *J.* ¶ 588.
- Sigüenza, José de *J.* ¶ 593.
- Sigüenza y Góngora, Carlos *J.* ¶ 36. *J.* ¶ 167, 168, 216.
- Sibus* *J.* ¶ 151.
- Silva, Diego de *J.* ¶ 18.
- Silva, José Asunción *J.* ¶ 371. *J.* ¶ 474.
- Silva, Fray Tomás de *J.* ¶ 68-70.
- Silva, Josefa de *J.* ¶ 335.
- Silva, Fray Juan de *J.* ¶ 72.
- Silvestre, Gonzalo *J.* ¶ 18, 35, 42.
- Simaco, Quinto Aurelio *J.* ¶ 208.
- Simeón *J.* ¶ 98n.
- Sócrates *J.* ¶ 486.
- Sófocles *J.* ¶ 274, 290.
- Solano, Fray Juan *J.* ¶ 9, 15.
- Solar morro* *J.* ¶ 255, 320, 500.
- Solar, Antonio *J.* ¶ 191.
- Solier, María de *J.* ¶ 307.
- Solis, Diamante *J.* ¶ 191.
- Solis, Fray Francisco de *J.* ¶ 72.
- Somoza *J.* ¶ 410.
- Sonsonate* *J.* ¶ 116.
- Soria* *J.* ¶ 169.
- Soto, Fray Francisco *J.* ¶ 196, 212, 213.
- Soto, Pedro de *J.* ¶ 119.
- Soto, Hernando de *J.* ¶ 119.
- Soto, S. Elias *J.* ¶ 17.
- Soto y Calvo *J.* ¶ 363.
- Sotomayor, Alonso de *J.* ¶ 267, 269.
- Sotomayor y Suárez de Figueroa, Blanca de *J.* ¶ 8.
- Spano, Guido *J.* ¶ 258.
- Spencer, Herbert *J.* ¶ 18, 378. *J.* ¶ 472.
- Spillberg (corsario) *J.* ¶ 159.
- Starhemberg, Ernesto de *J.* ¶ 233.
- Stecchetti, Lorenzo *J.* ¶ 505.
- Suardo, Juan Antonio *J.* ¶ 227.
- Suárez, Francisco *J.* ¶ 284.
- Suárez de Carbajal, Juan *J.* ¶ 30.
- Suárez de Figueroa, los *J.* ¶ 40, 45.
- Suárez de Figueroa, Cristóbal *J.* ¶ 52.
- Sucre, Antonio José de *J.* ¶ 198.
- Seguin D. J. M. *J.* ¶ 128, 206.
- Selgas y Carrasco, José *J.* ¶ 230.
- Seleuco (rey de Siria) *J.* ¶ 153.
- Semida *J.* ¶ 323.
- Sue, Eugenio *J.* ¶ 418.
- Suero (sacerdote agustino) *J.* ¶ 333.
- Suero de Quiñones *J.* ¶ 19.
- Sud América* *J.* ¶ 241.
- Sully Prudhomme, Renato *J.* ¶ 221, 356.
- Sunturhuasi* *J.* ¶ 41.
- Superunda, Conde de (José Antonio Manso de Velazco) *J.* ¶ 225.
- Surco* *J.* ¶ 320, 501.
- TACITO, Publio Cornelio *J.* ¶ 290. *J.* ¶ 47.

- Jacna J.* ¶ 265, 466.
Jabuantsuyo J. ¶ XXIII, 188, 304. *J.* ¶ 11, 48.
 Taine, Hipólito *J.* ¶ XIII, XXI, 18, 66, 182n., 277, 287, 376. *J.* ¶ 47, 488.
 Talavera, Arcipreste de *J.* ¶ 416.
 Tallement des Reaux *J.* ¶ 416.
 Tamarit, Ramón de *J.* ¶ 282.
 Tamayo Vargas, Augusto *J.* ¶ X.
 Tansillo, Luigi *J.* ¶ 593.
 Tarifa, Marqueses de *J.* ¶ 113.
Tarapacá J. ¶ 8.
 Tarde, Gabriel *J.* ¶ 74, 273.
 Tasso, Torcuato *J.* ¶ 93, 96-101, 103, 176, 204, 234, 235, 244, 250.
 Tauro, Alberto *J.* ¶ 108.
Tapacari J. ¶ 9.
 Tarifa *J.* ¶ 512.
 Telesio *J.* ¶ 285.
 Tello, Julio S. *J.* ¶ 29.
 Tello de Guzmán, Juan *J.* ¶ 6.
 Tello de Sotomayor, Juan *J.* ¶ 6.
 Temple, Ella Dunbar *J.* ¶ XV.
 Tennyson, Alfred *J.* ¶ 559.
 Teócrito *J.* ¶ 16.
 Terencio, Publio *J.* ¶ 342, 343.
 Teresa de Avila, Santa *J.* ¶ 194. *J.* ¶ 224, 510, 566.
 Terralla y Landa, Esteban *J.* ¶ 334, 385.
 Testi, Fulvio *J.* ¶ 327. *J.* ¶ 234.
 Texas *J.* ¶ 300.
 Tetis *J.* ¶ 156.
 Thiers, Adolfo *J.* ¶ 251.
 Thoureau, Enrique David *J.* ¶ 369, 375.
Tiabuanaco J. ¶ XV, 1, 188.
 Tíbulo, Albio *J.* ¶ 343.
 Ticknor, Jorge *J.* ¶ 51, 52, 114.
 Timoneda, Juan de *J.* ¶ 410.
 Tirado, José Manuel *J.* ¶ 126n.
 Tiraqueau, Andrés *J.* ¶ 205.
 Tirso de Molina *J.* ¶ 68.
 Tirteo *J.* ¶ 84.
 Tisifone *J.* ¶ 157.
 Tito Auqui *J.* ¶ 18.
 Tito Livio *J.* ¶ 290. *J.* ¶ 47.
Toledo J. ¶ XXIII, 369. *J.* ¶ 418.
 Toledo, Luis de *J.* ¶ 256.
 Toledo, Francisco de *J.* ¶ 56, 110, 254-256, 261, 262, 272.
 Tomás de Aquino, Santo *J.* ¶ 76, 104, 203.
 Torre, Anibal Víctor de la *J.* ¶ 431.
 Toribio de Mogrovejo, Santo *J.* ¶ 70.
 Torre, Juan de la *J.* ¶ 15.
 Torre, Diego Manuel de la *J.* ¶ 283.
 Torres, Fray Bernardo de *J.* ¶ 596.
 Toro, Alonso *J.* ¶ 14.
 Torres, Diego de *J.* ¶ 167.
 Torres Saldamando, Enrique *J.* ¶ 226.
 Torres Campo, José *J.* ¶ 199, 216.
 Torres y Arana, Jerónimo de *J.* ¶ 266-268.
 Torres de Rada, Marqués de las *J.* ¶ 313, 322.
 Torrejón *J.* ¶ 283.
 Torres y Portugal, Fernando de *J.* ¶ 156, 159.
 Torrico *J.* ¶ 211n.

- Tournely, Honorato *J.* ff 332.
 Tovar, Nuño *J.* ff 24.
 Tovar, Manuel *J.* ff 531.
Trafalgar J. J 101.
Trasmiera J. J 3.
Traxila J. ff 118.
Trento J. J 310. *J.* ff 70.
 Trigo, Felipe *J.* ff 452, 478.
 Trinidad, Leonor de la *J.* ff 141.
 Trisotin y Oronte *J.* ff 176.
 Tritón *J.* ff 121.
Troya J. J 312.
 Trueba, Antonio de *J.* J 179. *J.* ff 403.
Trujillo (del Perú) J. J 40, 191, 253. *J.* ff 77, 78, 149, 169, 267, 268, 308, 317, 335, 563-565, 567.
 Tschudi, Juan Jacobo *J.* J 166n., 256.
 Tucídides *J.* ff 487.
Tucumán J. J 369. *J.* ff 18, 19, 215, 279.
Tumbes J. ff 149.
Tunez J. J 301.
 Tupac Amaru II (Condorcanqui, José Gabriel de) *J.* J XV, 90. *J.* ff 56.
 Tupac Yupanqui *J.* ff 9.
Tupiza J. ff 18.
- UCADALE J.* ff 441.
 Ulhe, Max *J.* ff 46.
 Ulloa, Casimiro *J.* ff 373.
 Ulloa, Antonio de *J.* ff 303, 325, 327. *J.* J 104n.
- Ulloa, Gutiérrez de *J.* ff 375.
 Ulloa y Peralta, Diego *J.* J 230.
 Unamuno, Miguel de *J.* J XXI, 20, 27, 54, 56, 57, 68, 195, 343, 345, 346, 384.
 Unamunsaga, Rita *J.* ff 334.
 Unánue Hipólito *J.* J XXVI, 22, 33, 103, 107. *J.* ff 384.
 Unión, condes de la *J.* ff 32.
 Urdaide, licenciado *J.* ff 345.
 Urdánegui, Costanza de *J.* ff 313.
 Urdanivia, Paula de *J.* J 212.
 Ureta, Alberto *J.* ff 373, 374.
 Urismendi, P. *J.* J 95n.
Uruguay J. J 262, 372.
 Urquizo, Gaspar de *J.* ff 218.
 Urquiza, Pedro *J.* ff 286.
 Urteaga, Horacio H. *J.* ff 238.
- VACA DE CASTRO, Antonio *J.* ff 19, 28, 29.
 Vaca de Castro, Cristóbal *J.* ff 30.
 Valbuena, Bernardo de *J.* ff 246.
 Valdelomar, Abraham *J.* J 30.
 Valdecañas, Marqueses de *J.* ff 32.
 Valderrama, Fray Domingo de *J.* ff 70, 72, 78.
 Valdés *J.* ff 322, 374.
 Valdés, Antonio *J.* J 166n.
 Valdés, José Manuel *J.* J 22, 72, 95-102, 128n., 203.
 Valdés, P. Rodrigo *J.* J 76, 328.
Valdivia J. ff 154, 305.
Valdivia, Babía de J. ff 269.

- Valdivia, Juan Gualberto *J. J* 26.
- Valencia *J. J* 369.
- Valera, Blas *J. J* 28.
- Valera, Juan *J. J* 186, 199, 238, 267, 272, 286, 288, 304, 345, 358. *J. J* 475, 523, 524, 527, 534.
- Valera, Padre *J. J* 42, 50, 51, 113.
- Valera de Santelices, Francisca *J. J* 199.
- Valero, señorío de *J. J* 8, 9, 10.
- Valery, Paul *J. J* 299, 572.
- Valflora, Fermín Arana de *J. J* 109, 125.
- Valparaíso *J. J* 107. *J. J* 258, 264, 274, 373, 374.
- Valvanera [advocación mariana] *J. J* 14.
- Valverde, Fray Fernando de *J. J* 103, 214.
- Valverde, Ignacio de *J. J* 215.
- Valverde, Vicente de *J. J* 594, 596.
- Valverde, villa de *J. J* 19.
- Valle Inclán, Ramón del *J. J* 370, 452, 465, 478.
- Vaniere, Padre *J. J* 200, 206.
- Vanini *J. J* 285.
- Varela y Orbegoso, Luis *J. J* 6.
- Vargas, los *J. J* 45.
- Vargas, Alonso de *J. J* 7, 8, 29, 35, 40.
- Vargas, Juan de *J. J* 8, 12.
- Vargas, Luis de *J. J* 593.
- Vargas Carbajal Contreras y Carrillo de Mendoza, Alonso *J. J* 8.
- Vargas Carbajal y Guzmán, Jordana de *J. J* 8.
- Vargas Carbajal y Ribera, Nicolás *J. J* 8.
- Vargas Carvajal, Alonso *J. J* 264, 266, 269, 308.
- Vargas Carvajal, Catalina *J. J* 218.
- Vargas Carvajal, Fermín de *J. J* 328.
- Vargas Ugarte, Rubén, S. J. *J. J* 198.
- Varillas Montenegro, Alberto *J. J* XV.
- Vasconcelos, Francisco *J. J* 226n.
- Vásquez, Diego Cayetano *J. J* 217.
- Vásquez, Guinaldo *J. J* 466.
- Vásquez Dávila, Melchor *J. J* 28.
- Vega, Agustín de la *J. J* 80.
- Vega, Francisco de la *J. J* 73, 76.
- Vega, Juan de la *J. J* 273.
- Vega, Leonor de la *J. J* 8.
- Vega, Lope de *J. J* XIII, 68, 136, 155. *J. J* 103.
- Vega, Marcos de *J. J* 264.
- Vega, Ventura de la *J. J* 114, 215. *J. J* 241, 248.
- Vega y Faría, Agustín *J. J* 69, 72.
- Vega y Faría, Francisco *J. J* 69, 72.
- Vegas García, Ricardo *J. J* 308.
- Velarde, Fernando *J. J* 23, 31, 139-142, 156, 178, 215, 332. *J. J* 366.

- Velarde, Héctor *J.* ff 383, 386, 390, 391.
 Velarde, Samuel *J.* J 230, 231.
 Velasco, Luis de (virrey) *J.* ff 74, 307.
 Velásquez, Diego de Silva *J.* J 67.
 Vélez, Fray Andrés *J.* ff 70.
Vendome J. J 113.
Venecia J. ff 278, 376.
 Veneciano, Juan Baptista Ignacio *J.* ff 116.
Venezuela J. J 83. *J.* ff 376, 380.
 Ventura, María *J.* ff 330.
 Venus *J.* ff 138, 487.
 Verástegui, capitán *J.* ff 372.
 Verdugo, Melchor *J.* ff 31, 266.
 Verhaeren, Emile *J.* ff 477.
Versalles J. J 47, 179. *J.* ff 180.
Vesubio, volcán J. ff 152.
 Vidal *J.* J 211n.
 Vidal, Mariana de *J.* ff 317.
 Vidaurre, Manuel Lorenzo de *J.* J 6, 22, 103, 104n., 105n., 107.
Viena J. J 5, 32, 262.
 Vieyra, Padre *J.* ff 207.
 Vigil, Francisco de Paula González *J.* J 16, 22, 103, 239, 361. *J.* ff 332, 401, 439.
 Vigny, Alfred de *J.* J 135, 153, 218, 358. *J.* ff 406, 429.
Vilcabamba J. ff 27, 252.
Villacurí J. ff 29, 512.
 Villaespeza *J.* J 477.
 Villafuerte, Marqués de *J.* ff 234, 303.
 Villagarcía, Marqués de *J.* ff 218, 319, 322.
 Villahermosa, Duque de *J.* ff 39.
 Villalobos, Juan de *J.* ff 261, 262.
 Villamediana *J.* ff 204.
 Villarán, Acisclo *J.* ff 407.
 Villarán, Aureliano *J.* J 232.
 Villarán, Manuel Vicente *J.* J XVII, 340.
 Villardonpardo, Conde de *J.* ff 263, 266, 267, 269, 271.
 Villaroel, Gaspar de *J.* ff 112.
 Villegas, Canónigo *J.* ff 201, 202.
 Villegas, Miquita *J.* ff 328, 329.
 Villegas y Quevedo, Diego *J.* ff 200, 317.
 Villela, Juan de *J.* ff 118.
 Virgilio *J.* J 17, 167, 294. *J.* ff 97, 200, 246, 247, 317.
 Vista Florida, Conde *J.* J 10.
 Vivanco, Manuel Ignacio de *J.* J 107, 121, 122, 123, 211n. *J.* ff 348, 370, 372, 378, 384, 410.
 Viven, Renée *J.* ff 572.
 Vives, Alonso de *J.* ff 29.
 Vives, Juan Luis *J.* J 284.
Vizcaya J. J 370 *J.* ff 263.
 Voltaire [J. M. Arouet] *J.* J XVII, 77, 102, 104n., 286, 360. *J.* ff 382, 417.
WASHINGTON J. J 301. *J.* ff 46.
 Wells, Herberto Jorge *J.* J 375.
Westfalia (batalla de) J. J 360.
 Whilar, Agustín T. *J.* J 270.

- Whitman, Walt *J.* J 281, 339, 369.
 Wiese, Carlos *J.* JJ 455.
 Wilde, Oscar *J.* JJ 476.
 Wilson (baronesa de) *J.* J 175.
 Wordsworth *J.* J 135, 375.
 Wundt, Wilhelm *J.* JJ 454, 461.
- YAHUARPAMPA* *J.* JJ 56.
 Yánez de Saravia, Ramiro *J.* JJ 264.
 Yerovi, Leonidas *J.* JJ 192, 433.
 Young, Edward *J.* J 22, 80, 102.
 Yucay *J.* JJ 18, 54.
 Yucay, valle de *J.* J 188.
 Yungay *J.* JJ 364.
 Yupanqui *J.* JJ 250.
- ZACARIAS *J.* J 98n.
 Zaldumbide, Gonzalo *J.* J 11.
 Zamora, Antonio de *J.* JJ 187, 198.
 Zamora, Evangelina *J.* JJ 416.
 Zamudio, Ordoño de *J.* JJ 286.
 Zamudio de las Infantas, Antonio *J.* JJ 180, 285.
 Zaña *J.* JJ 149.
 Zaragoza *J.* J 4
 Zárate, Agustín de *J.* J 336. *J.* JJ 593.
 Zárate, Diego de *J.* JJ 283.
 Zárate, Francisco de *J.* JJ 261.
 Zárate, Fray Fernando de *J.* JJ 35.
 Zárate, Fray Gabriel de *J.* JJ 80.
 Zárate, Pedro de *J.* JJ 262, 263, 266.
 Zavala, Francisco de *J.* JJ 318.
 Zela, Antonio de *J.* JJ 318.
 Zola, Emilio *J.* J 255. *J.* JJ 472.
 Zonaras, Juan *J.* JJ 208.
 Zorrilla, José *J.* J 16, 135, 136, 137, 138, 140, 141, 143, 144, 145, 156, 178, 183, 353. *J.* JJ 357, 366, 401, 406, 418, 429, 430.
 Zorrilla de San Martín José *J.* J 371, 372.
 Zuloaga (arzobispo) *J.* J 185. *J.* JJ 325.
 Zurbarán, Francisco *J.* J 67.

INDICE GENERAL

<i>Nota Preliminar</i> , por César Pacheco Vélez	IX
I—El Inca Garcilaso de la Vega	1
II—El P. Diego de Hojeda y <i>La Cristiada</i>	63
III—Diego Mexía de Fernangil y la segunda parte de su <i>Parnaso Antártico</i>	107
IV—Pedro de Peralta y las influencias francesas en sus obras	165
V—Un Cantor de Santa Rosa: El Conde de la Granja	221
VI—Sociedad y literatura limeñas en el siglo XVIII	275

VII—Felipe y Manuel Pardo	339
VIII—Ricardo Palma:	
1—La gran velada en honor de D. Ricardo Palma (1912)	351
2—En la muerte de D. Ricardo Palma (1919)	361
3—El monumento a D. Ricardo Palma (1913)	383
4—Carta al Dr. César Revoredo (1932) ...	389
5—Homenaje centenario a D. Ricardo Palma (1933)	395
6—Comentario a la conferencia de Jorge Guillermo Leguía sobre Palma (1933)	423
7—En la primera piedra al monumento al académico D. Ricardo Palma (1935) ...	427
IX—Carlos G. Amézaga	435
X—La vida literaria en el Perú en 1909	449
XI—El movimiento intelectual en 1910	457
XII—Influencia imitativas en la moderna literatura peruana	469
XIII— <i>Exóticas</i> , de Manuel González Prada	481
XIV—Angélica Palma:	
1—Prólogo a la novela <i>Por senda propia</i> ..	495
2—Homenaje a la memoria de Angélica Palma	503

XV— <i>Cabotín</i> :	
1—Carta a Enrique A. Carrillo	519
2—Recepción del académico Enrique A. Carrillo	533
3—Discurso en los funerales de Enrique A. Carrillo	533
XVI—José Gálvez:	
1—Prólogo a <i>Bajo la luna</i>	537
2—Epitalamio	544
3—Discurso en honor de José Gálvez	549
XVII— <i>El dolor pensativo</i> , de Alberto Ureta	555
XVIII—Carta sobre <i>Costa, Sierra y Montaña</i> , de Aurelio Miró-Quesada Sosa	561
XIX—El libro de María Teresa Llona	569
XX—Elogio de don José María Eguren	573
XXI—Proemio al librito de <i>M. de Sirro</i>	579
XXII—Las condiciones literarias del Perú	589
Indice Onomástico	601
Indice General	645

Este tomo II de las Obras Completas de don
José de la Riva-Agüero y Osma se terminó
de imprimir el 27 de enero, festividad de
San Juan Crisóstomo, Obispo, Doctor y
Confesor, del año del Señor de mil
novecientos sesenta y tres en los
Talleres Gráficos P. L. Villanueva,
en Lima, calle Yauli 1440-50

LAUS DEO

VII—*Estudios de Historia Peruana: La Emancipación y la República.* Prólogo de José A. de la Puente Candamo.

VIII—*Estudios de Genealogía Peruana.*

IX—*Paisajes Peruanos.* Estudio Preliminar de Raúl Porras Barrenechea.

X—*Por la Verdad, la Tradición y la Patria.* Prólogo de Pedro M. Benvenuto Murrieta.

XI—*Ensayos Jurídicos y Filosóficos.*

XII—*Escritos Políticos*

XIII—*Discursos Académicos.*

XIV—*Epistolario.*

XV—*Epistolario.*

XVI—*Diario e Impresiones de Viaje.*

XVII—*Antología de estudios sobre Riva-Agüero y su obra.*

XVIII—*Indices.*

